BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

# ASIR

REVISTA DE LITERATURA

## CONCURSO DE CUENTOS

*ACTA DEL JURADO*
PRIMER PREMIO
*EL DAIMON DE LA CASA LOPEZ — SELVA MARQUEZ*
SEGUNDO PREMIO
*BICHERO — JULIO C. DA ROSA*
TERCER PREMIO
*EL PADRE — JULIO ROSIELLO*
*COMENTARIOS SOBRE LOS CUENTOS PREMIADOS*
*MENCIONES PREMIADAS*
*EL IDIOTA — MARIA INES SILVA VILA DE MAGGI*
*CUENTO DE NEGROS — JULIO C. DA ROSA*
*LA FAMILIA — ALFREDO DANTE GRAVINA*
*CHASQUE — RUBEN IBARRA VAZQUEZ*
*LOS PAYRO — ANDERSEN BANCHERO*
*COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PREMIADAS*
*MENCIONES CON PUBLICACION*
*LA TORMENTA — ANA HOCHMAN*
*EL SUPERIOR — JORGE ARIAS*
*LOS ESPEJOS — ANTONIO VEGA*
*CHONGUITO — ALFREDO DE LA PEÑA*
*HE DE MORIR. ARMONIA — ANDRES M. DE ARMAS*
*VALERIO VA A UNA CITA — SAUL PEREZ*
*LA FIESTA — OTTO G. BENITEZ*
*COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PUBLICADAS*
*COMENTARIOS SOBRE CUENTOS MENCIONADOS SIN PUBLICACION*
*COMENTARIOS SOBRE EL RESTO DE LOS CUENTOS*
*CONSIDERACIONES SOBRE EL CONCURSO*

25-26

DICIEMBRE - ENERO 1952

MERCEDES — URUGUAY

# ASIR

*Cercano está, mas es difícil de asir el dios Patmos. — Hölderlin*

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

DIRECTORES

REDACTORES RESPONSABLES:

*WASHINGTON LOCKHART*

*DOMINGO L. BORDOLI*

CONSEJO DE REDACCION

LÍBER FALCO, ARTURO S. VISCA

HÉCTOR BORDOLI, GUIDO CASTILLO

ADMINISTRADOR:

OROSMÁN MARTÍNEZ ANDRADA

# 25-26

FUNDADORES:

H. PEDUZZI ESCUDER, M. L. DE KLINGER, W. LOCKHART.

18 DE JULIO 535, MERCEDES, URUGUAY — NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1951

"ASIR", aparece 8 veces por año:

| | | En Mercedes |
|---|---|---|
| SUSCRIPCION ANUAL ..... | $ 6.10 | $ 5.10 |
| SUSCRIPCION SEMESTRAL ..... | " 3.05 | " 2.55 |
| NUMERO SUELTO ..... | " 0.80 | " 0.70 |
| NUMERO DOBLE ..... | " 1.60 | " 1.40 |


# SUMARIO

Pág.

BASES DEL CONCURSO DE CUENTOS ..... 4

ACTA DEL JURADO ..... 5

PRIMER PREMIO

EL DAIMON DE LA CASA LOPEZ — SELVA MARQUEZ ..... 7

SEGUNDO PREMIO

BICHERO — JULIO C. DA ROSA ..... 18

TERCER PREMIO

EL PADRE — JULIO ROSIELLO ..... 23

JUICIOS SOBRE LOS CUENTOS PREMIADOS ..... 30

MENCIONES PREMIADAS

EL IDIOTA — MARIA INES SILVA VILA ..... 37

CUENTO DE NEGROS — JULIO C. DA ROSA ..... 48

LA FAMILIA — ALFREDO DANTE GRAVINA ..... 53

CHASQUE — RUBEN IBARRA VAZQUEZ ..... 61

LOS PAYRO — ANDERSEN BANCHERO ..... 69

COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PREMIADAS ..... 74

MENCIONES CON PUBLICACION

LA TORMENTA — ANA HOCHMAN ..... 77

EL SUPERIOR — JORGE ARIAS ..... 81

LOS ESPEJOS — ANTONIO VEGA ..... 83

CHONGUITO — ALFREDO DE LA PEÑA ..... 87

HE DE MORIR, ARMONIA — ANDRES DE ARMAS ..... 91

VALERIO VA A UNA CITA — SAUL PEREZ ..... 97

LA FIESTA — OTTO G. BENITEZ ..... 100

COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PUBLICADAS ..... 105

COMENTARIOS SOBRE MENCIONES SIN PUBLICACION ..... 108

CONSIDERACIONES SOBRE EL CONCURSO ..... 112

# CONCURSO DE CUENTOS

ORGANIZADO POR LA REVISTA DE LITERATURA "ASIR"

Con el exitoso concurso efectuado por "ASIR" en el año 1949, para escritores menores de 25 años, se alcanzó el propósito de dar a conocer nuevas firmas y alentar la promoción de la nueva generación literaria. Este nuevo llamado responde al interés que ha manifestado siempre la revista "ASIR", por la difusión de la literatura narrativa y al pedido de sus lectores que han celebrado la seriedad y responsabilidad con que se ha llevado a cabo el primer concurso de cuentos.

( B A S E S )

PRIMERA. — *Podrán intervenir los escritores nacionales o extranjeros radicados en el país, sin limitación de edad, que hayan publicado trabajos con su firma o bajo seudónimo usual en diarios, revistas o libros.*

SEGUNDA. — *Los trabajos, de los que han de enviarse cinco copias, no podrán exceder las VEINTE páginas, a máquina, con treinta líneas escritas a doble espacio, en una sola carilla y respetando un margen de cinco centímetros.*

TERCERA. — *Los participantes firmarán sus trabajos con seudónimos y, separadamente, el autor entregará dentro de un sobre lacrado, su nombre y dirección. Dicho sobre tendrá en la parte externa, el título del cuento y el seudónimo.*

CUARTA. — *El plazo de presentación de los cuentos vence el 15 de Setiembre y los trabajos serán recibidos en Eduardo Acevedo 1475, en horas de oficina.*

QUINTA. — *Se han fijado las siguientes remuneraciones:*
*1er. PREMIO: $ 300.00; 2.° PREMIO: $ 150.00; 3er. PREMIO: $ 75.00.*
*El Jurado podrá otorgar menciones que se retribuirán con libros, por un valor máximo de $ 50.00, a elección de los autores.*

SEXTA. — *Todos estos cuentos serán publicados en un número especial de "ASIR", conjuntamente con la crítica que hayan merecido de los integrantes del Jurado.*
*En la seguridad de que los escritores nacionales o extranjeros, con obra representativa o incipiente, responderán dignamente a los altos propósitos de este concurso, se establece que el Jurado no podrá declarar desiertos los tres primeros premios.*

SEPTIMA. — *El Jurado estará integrado por los señores Dionisio Trillo Pays, Líber Falco, Arturo Sergio Visca, Domingo Luis Bordoli y Guido Castillo, y deberá expedirse antes del 30 de octubre del corriente año.*

OCTAVA. — *Los trabajos premiados y mencionados quedarán en propiedad de esta revista, cediendo los derechos sus autores.*



# ACTA DEL JURADO

*En la ciudad de Montevideo, a los veintinueve días del mes de octubre del año mil novecientos cincuenta y uno, el Jurado del Concurso de Cuentos organizado por la Revista de Literatura "ASIR", integrado por los señores: Dionisio Trillo Pays, Líber Falco, Domingo Luis Bordoli, Arturo Sergio Visca y Guido Castillo, procedió al fallo respectivo para otorgar los premios correspondientes.*

*Reunidas las opiniones presentadas por escrito, resultaron elegidos los siguientes cuentos:*

*PRIMER PREMIO. Por unanimidad: "El daimón de la casa López", seudónimo Noral.*

*SEGUNDO PREMIO: Con tres votos: "Bichero", seudónimo Batoví.*

*TERCER PREMIO: Con tres votos: "El padre", seudónimo Trece.*

*MENCIONES premiadas con libros:*

*"El idiota", seudónimo Sirio; "Cuento de negros", seud. Pampero; "La Familia", seud. Miguel II; "Chasque", seud. Mi sombra y "Los Payró", seud. Anteo.*

*MENCIONES con publicación:*

*"La tormenta", "La cortina", "El superior", "Los espejos", "Valerio va a una cita", "Piel de Judas", "Chonguito", "He de morir, Armonía", "La fiesta", presentados bajo los seudónimos de Jacarandá, Anteo, Teseo, Benjamín, Rosebú Tercero, Vozamarga, Valvar, Ascárido e Imar, respectivamente.*

*Seguidamente se procedió a la apertura de los sobres, siendo los autores de "El daimón de la casa López", Selva Márquez; "Bichero", Julio C. Da Rosa; "El Padre", Julio Rosiello; "El idiota", Marinés Silva Vila de Maggi; "Cuento de negros", Julio C. Da Rosa; "La Familia", Alfredo Dante Graviña; "Chasque", Ruben Ibarra Vásquez; "Los Payró", Andersen Banchero; "La tormenta", Ana Hochman; "La cortina", Andersen Banchero; "El superior", Jorge Arias; "Los espejos", Antonio Vega; "Valerio va a una cita", Saúl Pérez; "Piel de Judas", Antonio Vega; "Chonguito", Alfredo de la Peña; "He de morir, Armonía", Andrés M. De Armas y "La fiesta", Otto G. Benítez.*

*Para constancia, firman la presente:*

*Dionisio Trillo Pays, Líber Falco, Domingo Luis Bordoli, Arturo Sergio Visca, Guido Castillo.*

PRIMER PREMIO

# EL DAIMON DE LA CASA LOPEZ

*por*
*Selva Márquez*

Hace muchos años había, por la Aguada, una panadería cuyo dueño contó, una sola vez, solamente una vez, una historia. La panadería era limpia; tenía anaqueles de vidrio, sosteniendo lucientes frascos y escaparates con ristras de rosquillas ensartadas en una cinta (roscas de oro) y panecillos dorados y bizcochos también de oro. Detrás del mostrador atendían a la clientela dos mujeres: madre e hija. La primera era uruguaya, la segunda española. A esta última, a poco de conocerla, podían asociársele, por ejemplo, brazadas de ramas de encina quemándose en el hogar bajo un puchero ennegrecido; o majadas de ovejas balando; o tierras grises, cansadas, pedregosas... Cosas así. En un rincón, detrás de estas mujeres había otra aún, viejecita, que, por las tardes, se ocupaba en dar de comer al nietecillo. Mientras tanto, como el chicuelo se empeñara en conversar y no comer, la abuela le contaba cuentos:

—Fun-un sábado pol-a noite...

La cocoa se enfriaba en la taza floreada y las moscas atraídas por el olor pegajoso, se quedaban prendidas en las ropas negras de la vieja, que, en el cuento, se perdía en sus recuerdos:

—...me roubaron minha casiña branca... Come, rapaciño, come!

Un olor especial, parecido al de los merinos negros, delataba siempre la cauta presencia de la vieja. Rezongaba:

—Eu traeré un hirmanciño novo, que no falle y coma! Come, rapaciño, come...

Cuando la más joven no estaba presente, la otra que estaba atendiendo el mostrador, gustaba de contar, a las parroquianas más asiduas, viejas historias o relatos inconexos. Hablaba con añoranza de sus jornadas de mozuela, iniciadas en el alba y con los ojos todavía pegados por el sueño, saliendo a la ventisca de nieve desde el calor del cobertor de lana de cabra que cubría el lecho común; contaba del olor alentador de las primeras ramas todavía verdes, quemándose en el hogar sobre el que humeaba la sopa del medio día (magra sopa de verdes, casi siempre con un solo pequeño trozo de tocino tan menguado para tantas bocas). Recordaba la niñez y los primeros años adolescentes: el alegre revoltijo de las coladas de las primaveras y el áspero olor de la lejía hirviendo; el chirriar de las ricas filloas de los carnavales nadando en el caldero con aceite; el sonido de una gaita en las fiestas del Santo; el

olor inolvidable del dormitorio cerrado en donde se espesaba tanto el aire que, al llegar abril, parecía que iba a poder cortarse con un cuchillo; las veladas de diciembre, con familias reunidas junto al fuego, castañas asadas (nunca hubo castañas tan sabrosas como aquéllas!); campanitas de nochebuena; bailes en memorables fechas; tiempos de faena, embutiendo morcillas con algaraza general; jabones finos comprados por alguien que una vez fuera a Otero del Rey; jabones perfumados que dejaron su esencia en las ropas hiladas para las bodas futuras... Ay, Dios! Cuántas cosas! No se terminaba nunca de contarlas! Seguramente, muchas más cosas podía haber contado el marido, ese don José sesentón que había andado muchas tierras distintas y distantes; incluso, José podía haber contado, de haber querido, acerca del daimón; empero no quería contar si no eran cosas vagas, inasibles, en el aire, con titubeos y en broma. Don José era un hombre práctico, que estaba afirmando un cimiento para una nueva familia americana e iba cortando, poco a poco, el cordón umbilical que los unía a la tierra madre. Todo en la casa marchaba como una seda. La única que se quejaba siempre, repitiendo un estribillo casi ininteligible, era la abuela gallega, arrinconada debajo del almanaque sin fecha pero con una linda oleografía, la abuela que por las tardes daba la merienda al niño:

—Virxe santa! Meu santiño? San Antonio! Coitada de min... Unha vella sin dineriño...

No se había acostumbrado y ya no se acostumbraría más, a los panes de oro, a la cosecha abundante que estaba levantando su yerno en estas tierras de manera tan fácil, así, justamente, como si de veras tuviera la ayuda de los duendes.

Esa vieja no era la del retrato con marco redondo que estaba en el comedor de la casa al lado de un viejo de boina que había sido alcalde. Aquella vieja del retrato era la madre de José y el viejo, el padre (Manuel, Francisca López fueron), que habían vivido su vida en Castroviejo, una aldehuela de las montañas astúricas, con sus hijos y sus animales. Vivieron bien por muchos años, porque fueron buenas sus cosechas, porque tuvieron bien abastecidos sus corrales, porque parían sus animales sin tropiezo y habían tenido fama las lechigadas que se revolcaban en los chiqueros, por su número y su calidad, todo lo cual les significó largos años sin hambre y sin zozobras. Y todo el mundo sabía y lo susurraba, que todos esos bienes eran producto del daimón.

Unos cuantos eran los hijos de Manuel y de Francisca, y entre ellos, ni mejor ni peor que los demás, estaba José. Los mayores estaban ya casados y ausentes, cuando un día cualquiera, tan cualquiera como José mismo, llegó a la aldea un señor Ingeniero de las minas de Lagreo, que andaba buscando "cosas" (qué cosas serían, nadie pudo decirlo en concreto) y pernoctó en casa del señor alcalde Manuel López. Antes del sueño hablaron largo el señor Ingeniero y el señor alcalde; nadie supo qué cosas hablaron, pero, de tales cosas resultó pues, que días más tarde la familia mayor indicara a José que se aprontara a partir. No le dieron rumbo. (En Lagreo había profundas minas de carbón, pero es sabido que los duendes suelen trocar, si les parece bien, el carbón en oro). En seguida José aprontó su corazón para la marcha, con unos diez y seis



años un poco achaparrados pero sanos y puros; y después de las despedidas, el padre, solemnemente, le entregó la llave del baúl (más bien una especie de arca ferrada no muy grande, que hacía dos o tres generaciones que estaba en la familia, en cuyo interior se guardaban los papeles importantes) y un duro. Nada más. Dentro del arca había una poca ropa; pero José supo inmediatamente que otra cosa había allí adentro, aunque nadie habló, por supuesto, de esa otra cosa, aunque tampoco se viera ni se oyera. El arca le fué entregada en préstamo: "hasta que las cosas te rueden bien"... Era la suerte, la prosperidad de la casa lo que se le entregaba en ese préstamo, a él, que no era el primogénito. Porque José estaba enterado por él mismo, que dentro del arca iba el duende de la casa López. Así, detrás del señor Ingeniero, con su baúl a cuestas, bajó aquel José sus montañas un día de agosto, cuando el calor pesaba tanto para todos menos para el mozo que iba volando hacia su primer aventura. José estuvo por aquí y por allá; conoció cosas deslumbrantes: llanos y ferrocarriles; luces de Oviedo; despachos llenos de gente apresurada; pueblos mineros; estaciones con despedidas... ¡Tántas cosas! Pasaba por todas esas cosas sin entenderlas. Tuvo veinte años y más de veinte años y un día se casó con una moza de las montañas también (pero era de las montañas de León), que servía en una casa rica de Lugo. Y otro día, la pareja se fué al puerto y se embarcó en un gran vapor para cruzar el inmenso mar. El arca de José llevaba en ese viaje, ropas de lienzo tejidas por la moza, randas gruesas de hilo de cáñamo, papeles importantes, algunos centenares de pesetas habidas con mucho trabajo y sudores y un retrato que le enviaran desde la montaña natal: el de los viejos López, que posaron un día, tiesos y sobresaltados, delante de un trashumante vendedor de fantasías; y más adentro, en un rincón desconocido, también iba el daimón. Mientras iban cruzando el mar, el cielo se fué rayando con un prodigio que lo fué cruzando de parte a parte. Los inmigrantes hacinados, absortos, contemplaban el prodigio. Un castellano viejo dijo que era la espada del arcángel Gabriel. Otro hombre de quién sabe qué país, dijo que era el cielo que se estaba abriendo en grietas. Las mujeres lloraban y rezaban. Mientras tanto, muchas otras mujeres en el mundo abortaban y muchos timoratos preferían arrojarse a los mares desde las más altas rocas antes que exponerse a lo desconocido. El Gran Cometa fulguraba y casi podía creerse que, de haber callado el rumor del mar y el del barco todo, hubiérasele escuchado crepitar allá en lo alto.

Era un mal presagio. La mujer de José (Angela), dió a luz en cuanto llegaron a tierra, una niña demasiado flaca. Habían ido a casa de unos parientes de Angela, panaderos también como luego llegó a serlo José. Montevideo era una ciudad tranquila; tenía calles arboladas, plazas de aldea, tranvías arrastrados por caballos y gente ya sosegada después de las convulsiones revolucionarias. Angela y José, que vivían entonces por las cercanías del Miguelete, sufrieron por dos veces el sobresalto de sus aguas lamiéndole las paredes de las habitaciones; se acostumbraron al rugido del pampero de los inviernos; fueron, durante los veranos, algunas veces hasta la distante playa de Ramírez, a sentarse en la arena debajo de la terraza: todo era simple y los sobresaltos pasaban pronto.

Tenían dos niñas ya, cuando llegó el año 14, con la Gran Guerra que había anunciado años atrás el cometa de Halley. Y en seguida comenzó otra vida, como si en aquella inmensa hoguera encendida en Europa se hubiera quemado el siglo diez y nueve. Cosa singular! Toda la gente comenzó a caminar con ritmo diferente, como al compás de un redoble de tambores invisibles. Hubo escasez y alarmas. José comenzó a aprender qué eran acciones. José abrió una panadería por la Aguada, una panadería solamente suya, que estaba en un local estrecho y húmedo, pero que le pertenecía. José compró a plazos a Piria, unos terrenos que se vendían por las costas distantes y que le valieron casi nada. La casa de José marchaba también como al compás de un redoble. Por el cielo pasó un aeroplano, dos, tres aeroplanos... Angela fué muchas veces al cine, con alguna vecina y las niñas. Después, cuando ya no lo esperaba, llegó por fin el varón que deseaba, el hijo que debía ser el heredero obligado del daimón. Ya no había más guerra; José estaba cambiando apresuradamente sus carbones de las minas, en oro. Todo su bienestar, la prosperidad de la casa, todo era debido al duende. Jamás hizo José alusión a tal cosa en serio, porque tales cosas no pueden contarse entre gente civilizada sin que la gente civilizada se resienta por ello, se escandalice, se mofe de ello. No: José (Don José, en fin) no hablaba en serio de esas cosas; empero, en ocasiones muy pero muy especiales, alguna vez, riendo como si bromeara, se refirió al personaje que, según fama, pertenecía a la casa López y vivía en el fondo del arca. Y, naturalmente, por si acaso, el arca estaba allí, en el comedor, en su rincón. Todo en broma, riendo. De España hicieron venir a la abuela, madre de Angela, pues que los otros viejos, Manuel, Francisca, habían muerto ya; y con la abuela, la casa pareció más entera, la familia completa. Sólo que esta abuela gallega era un mujer gemebunda, que parecía rodar constantemente en su torno, encerrada en un laberinto sin salida, en el cual se perdía golpeando débilmente las paredes:

—Virxe santa! Ay! Coitada de min...

Era un lamento muy triste! Angela se exasperaba y los niños se reían. ¿Qué razón tenía la abuela para gemir así, continuamente? ¿No se henchía la casa como las trojas en las buenas cosechas, ¿No rodaba todo tan bien como por carriles enaccitados? ¿No era, acaso, la vida tranquila y el porvenir seguro? (y, para sí mismo sin duda decía José: "¿No está el daimón para protegernos?"). Las dos hijas mayores tuvieron un piano en el cual aporrearon sin mayor provecho aunque con gran contento del padre, los estudios de Czerny o de Dussek hasta llegar a los tangos y a los foxtrots. Después se casaron como es debido y se fueron de la casa. Quedaba el hijo, Manuel Francisco, el heredero. Pero el hijo ¡vaya broma! el hijo, vea usted qué cosa, el hijo no prosperaba. Era, sí, espigado; era, sí, despierto, vaya si lo era! Sin embargo, continuaba flacucho y desganado y displicente; y de pronto violento y enfebrecido. Flaco, en una casa de gente cada vez más gorda (salvo la viejecita gemebunda); turbulento, discutidor, en una casa de gente conforme y pacífica; desganado, en una casa de mesas con manjares ricos; detenido en contemplaciones vagas, en una casa donde nunca era noche, donde el trabajo era continuo y donde era necesario velar siempre como si fuera una torre desde la cual se avistaran todos los caminos que podían conducir sorpresas enemigas! El padre no entendía al muchacho y tampoco se atrevía a tratar de entenderlo, a sondearlo. Parecía un pozo demasiado profundo y cuando se asomaba a su orilla y llamaba, en contestación le llegaban sus propias voces ahuecadas como un eco:



—Paco! Eh, Paco! Estás dormido?

—Paacooo! Eeeeh! Paacooo! — le respondía el pozo que era su hijo, lo mismo que si se burlara. Y quizás se burlaba, nomás.

No había manera de entenderlo y mucho menos se entendía cuando se enojaba y decía palabras desconocidas, palabras de universidades, de libros inquietantes. Alguna vez, escuchando al hijo, don José lanzaba sin querer una miradita asustada y desconfiada hacia el arcón. Don José comenzaba a no dormir; se le ahondó una arruga en el entrecejo. Cuando quiso comunicarle sus vagos temores a su mujer, ésta se echó a reir:

—A ver, hombre! —había contestado—. Si te supones que el chico va a estar toda la vida debajo de tu sombra!

Y don José quería conformarse diciéndose que era "cosa de la edad, visiones de muchacho, fantasías..." y que todo iba a pasar, como habían pasado las cosas malas (tan pocas) que le habían ocurrido; porque la casa de López era sólida; porque la caja fuerte tenía cerraduras a toda prueba; porque la vida era sencilla y pacífica; porque, además, quizás, quién sabe... pudiera ser... es posible... que el duende velara... Y por qué no?

Había traspuesto ya el muchacho los veinte años y no quería seguir estudiando. Entraba y salía de la casa pero como ajeno a ella, encerrado en sus pensamientos secretos, alerta para discutir sin embargo y para pelear si llegaba el caso. Era, en verdad, una persona extraña a todo el mundo de la casa de López! Una persona extraña! Pensando bien, hasta causaba un poco de miedo verlo. Pero, no, no, no: "cosas de muchacho! Visiones! Ya le pasará; tendrá que pasarle, claro y será un López como lo que tiene que ser. Porque es igual a mí y yo, Angela, bien sabes que también tuve mis cosas... No hay que alarmarse, bueno! Es el hijo, es "mi" hijo, Angela, es el heredero de ... En fin: no hay más que hablar! Debe estar enamorado!"

Quizá estuviera enamorado, sí. Pero, no. Habían vuelto a encenderse las guerras, otras guerras por otros lados, hogueras que se juntaban en una sola hoguera. En realidad, después del tiro con que Princip pareció iniciar la trágica carrera de un mundo nuevo, aquella primera guerra pareció haber continuado sin cesar, con brotes por uno y otro lugar. En la casa se hablaba muy poco de esas cosas y cuando se tocaba el tema, las mujeres (la madre, las hijas si estaban), decían fastidiadas: "Oh! Basta! Estamos hartas de oír esas cosas! Nosotros no tenemos nada que ver!" De todas maneras, aunque se vivía con cierta angustia como suspendida en el aire o como retenida en el aliento de la gente, la casa López no perdía nada. Ah! No, señor: nada. Don José gastó una barbaridad en arreglos, le hizo poner fachada nueva, escaparates, mostradores de mármol, cristales. Los viejos caballos de la jardinera se vendieron y se compraron, en su lugar, dos pequeños autocamiones. La casa entera brillaba!

El problema de Paco no parecía importante. Estaba asomando ya al

invierno, cuando una tardecita arribó a la panadería un hombre y preguntó por Paco. Le hicieron pasar. Era un español que parecía, igual que Paco, enfebrecido y arrebatado. Cenó en la casa y después de cenar se fué con el muchacho. Luego, otras veces volvió. Se acostumbró así a detenerse en la casa y a conversar con Paco por largas, larguísimas horas, acodados los dos a la mesa del comedor, de donde la madre retiraba despacito el mantel y recogía la vajilla para poder escuchar. En verdad, no le gustaba escuchar. Los dos hombres decían cosas que la disgustaban, como si hablaran de enfermedades o de asuntos prohibidos por la decencia. La mujer iba a quejarse al marido:

—Has visto lo qué están diciendo ésos? No me gusta ese hombre!

—Pero, mujer! Vas a ver fantasmas, ahora? No hay que preocuparse por tonterías! Bah! Bah! Bah!

Pero, él también, don José, iba y se ponía a escuchar; y él también fruncía la boca y el entrecejo y remecía la cabeza:

—No me gusta nada... No me gusta nada... Un día de éstos voy y le digo cuatro frescas... En esta casa no quiero que se cometan ciertas cosas...

Estaba pasando el invierno y el intruso no iba tan amenudo. Así, pues, también ese asunto que prometía ser desagradable, había pasado, y todo volvería a su ritmo de siempre. Don José andaba por la casa dormida, escuchando el ruido de la amasadora en los fondos; un ruido pacífico y honrado. La amasadora, amasando el pan, parecía decir:

—Todo va bien... todo va bien... todo va bien...

Una vez, había dicho José (en broma, claro está!), que el daimón correteaba por la casa por las noches o por las madrugadas; y que se iba a la cuadra a hostigar a los caballos de la jardinera y los caballos espantados daban coces contra las paredes; o se metía en las cuevas de las ratas (cuando la casa estaba sin remozar tenía cuevas de ratas) y las hacía correr chillando por el cielo raso o por los pisos de tablas carcomidas; o montaba guardia frente a la cerradura de la caja fuerte. Y, sobre todo, trasmutaba el carbón en oro. Sus palabras, naturalmente, no eran éstas, pero la esencia sí. Y como los qué escuchaban se rieran, había agregado, medio en serio, medio siguiendo la broma: "Y, bueno: quién puede decir si no es cierto? Sabemos, nosotros, acaso?... Puede asegurar usted que no haya cosas... algunas cosas?... Eh?" Su frente de raíz hamletiana obtuvo en respuesta encogimientos de hombros, miradas confusas y sonrisas que quisieron aparecer escépticas y no fueron más que hipócritas, puesto que disimularon remolinos y dudas.

—En fin, yo, yo mismo he visto al duende — exclamó luego; y nadie pudo asegurar si deseaba continuar bromeando.

—No diga, don José! Y no le hizo cosquillas?

—Ríase, no más. Yo, por mi parte, bien que me felicito de tenerlo. Eh, mujer? No es cierto, mujer? Después se lo pasaré al hijo, porque es el hijo varón mayor el que hereda el personaje. Ya verán.

Todo eso, más o menos, lo dijo una vez y Angela le preguntó después por qué había contado esas locuras. Ella, por su parte, nunca había visto duende ninguno y por tanto no tenía por qué suponer que tales cosas pudieran acontecer en un mundo que rodaba tan fácilmente y



que, sin embargo, necesitaba que sus habitantes estuvieran siempre alertas; porque en ese mundo, fácil y todo, había mucho trabajo que hacer; y había personas que vigilar; y un negocio que atender; e hijos que daban quebraderos de cabeza. Montañas de cosas! El marido no supo qué contestarle, más que monosílabos:

—Y... bah!... Yo... Psh!

Lo cual no significaba nada. Pasando los años, don José parecía ir creyendo más y más en el duende. Más y más cada vez. No lo decía, pero alguien más avisado que Angela podía suponerlo, viendo, por ejemplo, cómo se quedaba sentado en el comedor, sin hacer nada, con los ojos en el vacío; o como aprendió a tocar la armónica, él solito y se encerraba para sacar antiguos aires de bailes aldeanos, que lograba al fin después de infinitos tanteos y barrabasadas musicales. Encerrado y tocando la armónica! Angela iba y le decía, con voz rotunda y sus expresiones de persona sensata:

—Pero, hombre! Te has vuelto lelo? Anda, anda! Si te vieras!

Tocaba, encerrado, solamente en las tardes de los domingos o de los días de fiesta; debía ser por eso que adelantaba poco y los aires no sonaban nunca como debían ser y se enredaban unos en otros. Se disculpaba haciendo como que se reía de sí mismo:

—Eh! Son cosas de viejo!

De haber tenido valor frente al hijo, de haber supuesto que el hijo lo iba a entender, le hubiera prestado la armónica para ver si el hijo sacaba los aires con mayor precisión, con más ritmo, con más verdad. Y no, no, señor; no le decía nada, porque el hijo hablaba palabras que él no entendía. Delante del hijo don José parecía severo y como enfurruñado. Y más aún después de las visitas de aquel amigo extraño del invierno, que andaba vestido con una blusa de cuero muy vieja y muy dura y pantalones embarrados y conversaba con tanto apasionamiento de cosas tremendas. Al fin se había ido, quién sabe adónde. Que no volviera. Ya iba corriendo la primavera, con vientos helados pero que parecían galopar como potros por una llanura, sueltos, jóvenes, llenos de vigor. Se hacían proyectos para el verano y doña Angela rechazaba la idea de una temporada de playa lejana. No, no. Ella no estaba para trotes de esa especie. Barajaban posibilidades, contentos, tranquilos, cuando héte aquí que llega el hijo, Paco, y llama al padre y le dice: "Tengo que hablarte". Y enseguida los dos hombres se encerraron en el despacho del padre, en donde estaba el escritorio con papeles y la caja fuerte. Y el hijo habló inmediatamente, como persona que no tiene tiempo para perder y que tiene la seguridad de que no habrá obstáculos que vencer. Dijo sencillamente: "Me voy".

—Qué te vas! Y adónde?

—Oh! No es necesario que te lo repita! Ya te lo he dicho antes. Estamos muy apurados, porque debemos salir dentro de quince días.

—Dentro de quince días!

—No quisiera que mamá se enterase por ahora, no? Me haría escenas, lloraría... Estas cosas las tenemos que arreglar entre nosotros, los hombres. Yo estoy contento.

—Pero, hijo!

—No me dirás nada, no? Ya estamos de acuerdo.

—Pero, hijo! Cómo es posible?... Y tu madre? Y nosotros? Y la casa? Y si te hieren?... Si te... matan?

—Mala suerte! Qué le íbamos a hacer! No? Y bueno: ya estamos de acuerdo, no? Para qué hablar más?

Entonces, el viejo don José, haciendo con la mano una seña en el aire, como si quisiera hacer detener un tren invisible que iba a pasar, con calma, con parsimonia acaso, sereno aunque le temblaba la voz, se puso a contarle al hijo su historia. El hijo no la conocía, porque nunca había tenido José tiempo suficiente como para contársela o humor para ello o confianza en ser comprendido. Así le habló de sus años infantiles, cuando en la madrugada le enviaban a cuidar los animales en la montaña; de sus fríos; de sus miedos; de su soledad; de sus menguadas meriendas de tocino y pan de borona... Cinco años, seis años y cuidando ovejas! Le contó cómo una vez había encontrado tendido un buey que se estaba muriendo; cómo lo hizo andar hasta el cobertizo de tablas que tenían junto a la casa; cómo robaba el forraje de los otros animales para llevarlo al animal moribundo y cómo el buey fué cobrando fuerzas y pudo, al fin, ser uncido de nuevo al arado... Cosas y cosas fueron saliendo en su relato, que seguía un camino, retrocedía, se perdía en veriguetos, saltaba sobre los abismos, se quedaba detenido en un punto... Parecía que no iba a acabar jamás de contar! Hasta que llegó, sin saber cómo a contarle su encuentro con el duende. "—Un duende!" — exclamó el hijo, asombrado pero sin reir. —Un duende, sí, hijo. Aunque no lo creas.

—Pero, vamos a ver, papá. Yo quisiera que me contaras, no?

En el mismo instante de comenzar a relatar el espinoso caso, don José hesitó, posiblemente avergonzado de su credulidad o temiendo demostrar con demasiada evidencia unos propósitos más ocultos. Mas de pronto, decidido, se puso a contar. Contó, pues, cómo una tarde en que lo habían dejado en la casa, solo, porque tenía un poco de fiebre, quizá (en la casa no había termómetro; qué iba a haber!) estando junto al fuego, salió el duende por una esquina del arcón (ese mismito que está con nosotros en el comedor, hijo). El duende lo miró y se sonrió y le hizo una seña con la mano que el niño que era entonces José interpretó como gesto de paz, de protección, de cariño. Después correteó de aquí para allá. En una de esas se escuchó el gruñido de un animal... (vamos! Es posible que fuera el fuego que crepitaba...) allí, allí nomás, cerca del fuego: y el duendecito fué y tomó un cucharón de palo que estaba colgado sobre la olla en el hogar y salió blandiendo el cucharón rumbo al lugar donde se había escuchado el singular gruñido; y en seguida comenzó a dar cucharonazos en un rincón. Daba y daba y daba! Los gruñidos se hicieron más fuertes, tan fuertes fueron que las gallinas en el corral y los patos y los cerdos en su chiquero, se alborotaron. El cucharón daba contra el gruñido, hasta que éste se fué haciendo otra cosa, gemido o sollozo agónico. Eso es: como "algo" que se moría. Y cuando ya no se oyó más nada, el duende fué, puso el cucharón en su lugar y volvió a meterse dentro del arca. Y antes, volvió a sonreír al niño. Que si el niño había sentido miedo? Pues, creo que no. Estaba



asombrado, alelado, sin osar moverse, aunque no de miedo sino por respeto al duende; porque el niño, José, claro, supo en ese instante que el duende le era propicio, que había luchado con el trasgus o con el mal espíritu, vamos y había salido victorioso. A nadie contó nunca nada; esas cosas no se dicen! Y cuando los padres le regalaron (en verdad: se lo habían dado en préstamo) el arcón, ya entendió José que el duende iba a ser suyo. Entiendes, Paco? Sí, Paco parecía entender. No se reía, sino que estaba pensando. "Papá: y cómo era ese famoso personaje?"

—El duende? Pues... chiquito, vestido con una especie de levita...

—Barbudo, no?

—Creo que no, hijo. Pero no tiene importancia. Lo que quiero decirte...

—Con gorro y con botines blancos, no?

—Creo que sí. Y en la levita grandes botones. Pero no tiene importancia...

—Una carita de viejo, de viejo alegre... No?

—Sí, sí, sí. Es que tú lo has visto también, Paco?

—No sé, padre...

Ay! El padre sintió de pronto una inmensa alegría y una gran desconfianza a la par. Se estaba engañando él? Lo engañaba el hijo o era, pues, cierto que el daimón estaba allí? Pues, sí, debía estar! "Ay, hijo! Ojalá lo hayas visto! Ojalá lo vieras! Entonces, ya ves: toda la casa es del duende, dicho esto aquí, entre nosotros; toda la casa es del daimón y tú tienes que quedarte con él. Entendido? Es el presente y es el futuro de nuestra familia lo que quiero entregarte en este momento. He pasado horas muy negras, a pesar de todo. He trabajado sin descanso, honradamente, para dejarte todo a ti, mi hijo; lo entiendes?"

El hijo decía que sí, pensando, pensando... Don José iba tomando mayor impulso, se hacía tierno y se abandonaba a la confidencia. En ese momento solemne quería entregar al hijo la responsabilidad de un duende. El corazón le batía en el anhelo por explicarse, en la emoción del momento; se volcaba hacia afuera, encontrándose sorpresivamente en sus rincones más ocultos, muchas cosas que él mismo ignoraba que estuvieran allí, tan guardadas: eran cosas dulces y floridas: yemas recién abiertas; panales; gusto de besos antiguos; cantares remotos... Una ladera de montaña con hielo que se derretía y con sol caliente... Tantas cosas, además, inexpresables! Balbucía en su charla inconexa, tenía la voz mojada. Ah! El hijo estaba allí, el hijito hombre recién encontrado, el compañero a quien se entrega, tan gravemente, el fardo para seguir andando. El fardo era, esta vez, un duende, pero el hijo lo aceptaba, comprendía...

—Hola! Son las tres de la mañana? De veras?

—Cómo ha pasado el tiempo! Yo no tengo ni pizca de sueño. Al contrario.

—Bueno, papá. Me alegro, no? Pero tenemos que ir a dormir.

—Entonces, hijo?...

—Sí, sí, sí, papá. Ya hablaremos más tarde. Mañana.

Mañana no hablaron ya, ni pasado, ni después, ni nunca más, hablaron del asunto. El hijo andaba atareado, de aquí para allá, entraba,

salía con mucha prisa, con papeles y documentos.

La madre, finalmente, tuvo que ser enterada de que el hijo se iba a la guerra. No a la guerra de veras, sino a las emboscadas, a los subterráneos. No quería escuchar; gritaba; se desmayaba, decía cosas feas y maldecía a aquel huésped del invierno que llevaba una blusa de cuero duro y seco. El padre, aún en la inminencia de la partida, se mostraba esperanzado y como ansioso.

Los quince días pasaron así, plenos de movimiento, de fiebre. También llegaron las hermanas, también las hermanas gritaron, también las hermanas imprecaron, las hermanas que vivían como se debe vivir, con sus hijuelos bien guardados, los oídos cerrados, el honor entronizado en sus respectivas casas.

El día antes de la partida volvieron a encerrarse padre e hijo en el despacho, aunque ya no había tiempo (qué iba a haber!) de contarse más nada ni de hablar del duende. Sin embargo, el duende fué traspasado solemnemente, sin palabras innecesarias, de padre a hijo. Para qué, palabras? Tampoco el hijo consintió en llevar el arca, porque era incómoda, un chisme anticuado y ridículo casi; de manera que quedó en la casa, pero también otra vez como en préstamo. José debía quedarse de nuevo con el duende prestado. Eso es. Nada de palabras; esas cosas se sobrentienden, se anudan en los aires o entre las raíces alargadas en tiempos hacia atrás. El padre, incluso, demostró que estaba contento, orgulloso del hijo que partía para una misión sagrada. Tampoco dijo nada de eso, porque, aunque él tocaba la armónica y había visto un duende no podía permitirse saltos en el aire, juegos de juglar completamente inadecuados para un señor don José barrigón, calvo, serio, que tenía las riendas de un negocio próspero, hijas casadas, mujer que había sabido ahorrar trabajando sin descanso durante años... No. Cómo se iban a hablar de esas cosas! Qué vergüenza! Además, ya no había más tiempo que de decir adiós; un abazo muy fuerte, muy fuerte, entre padre e hijo, pero encerrados allí, en el despacho. Que nadie viera nada. Un abrazo muy, muy apretado; algunos balbuceos que sólo tenían significación por el aura que los rodeaba, algunos sollozos detenidos en la garganta. Ah! El padre estaba viejo! Después salieron los dos hombres a la atmósfera de las mujeres, salieron con calma, serenos, como si se hubieran dicho todo lo que tenían que decirse, prestado juramentos con la mano sobre el pecho.

Al otro día Paco se fué a la Aduana y quiso que solamente lo acompañara el padre. Ya se iba, ya se iba, finalmente. El padre, de pronto, con una de esas decisiones que llevan el santo a la hoguera o el héroe al muro de fusilamiento, llevó la mano al bolsillo y sacó un objetito brillante que metió en el bolsillo del hijo. "Para que te acuerdes, hijo, A lo mejor, a ti te sale una música como debe ser..."

—Pero, viejo: te vas a quedar sin la musiquita...

—Bah! No hables más...

Eso es: para qué hablar? La armónica con todas sus posibilidades de sueño, de recordación (posibilidades casi mágicas, si vamos a pensarlo bien) pasó de una mano a la otra. Ya estaba. El barco despegó del



muelle y se fué. Qué cosa más sencilla! Se iba iluminado como para una fiesta!

Así fué, como don José quedó de nuevo en posesión (en préstamo) del daimón. Su casa esperaba; se hizo cada vez más redonda, más gorda si es que podemos expresarnos así. Nadie podía pensar, ni remotamente, que pudiera reventar como un globo de niño. En realidad no reventó, sino que fué cambiando de aspecto.

Todo eso fué sucediendo luego que don José murió casi de repente, con un papel en la mano, un papel con muchos sellos. Las mujeres jóvenes hicieron vender la casa. Muchas otras cosas se vendieron también, entre ellas el arca del comedor, que ya no servía para nada, que se estaba apolillando. El arca fué a parar a una casa de compraventas de la calle Misiones y allí se estuvo mucho tiempo sin que nadie se interesara por ella, a pesar de sus esquinas herradas, de su tapa cubierta de dibujitos de colores adornada de clavitos de bronce. Quizá alguna vez la quemaron, por inservible.

Por otra parte, nadie sabía su secreto, nadie. El que hubiera podido repetirlo, se había quedado tendido en una sierra del sur de España (¿cuál sería?,) acribillado de balas por la Guardia Civil. A lo mejor, su cuerpo fué comido por los lobos. Era una lástima que se hubiera perdido un muchacho así, un muchacho lleno de esperanzas y que estaba aprendiendo a tocar en una armónica, los tangos de la orilla del Plata.

En unos apartamentos, en una casa de Montevideo, lloraron a ese muchacho por mucho tiempo. Mientras esa gente lloraba, una viejecita muy viejecita, que no entendía ya más nada, repetía en su rinconcito de sombra:

—Coitada de min...! Ay! Coitada de min... Meu santiño. ..Una vella sin dineriño... Come, rapaz, come, rapaz...

SEGUNDO PREMIO

# BICHERO

*por*

*Julio C. da Rosa*

Apenas empezaban a blanquear las primeras heladas, ya andaba Antonino preparándose para las salidas. El oficio no era de los más livianos. Andar solo, noche adentro y campo afuera, chapaleando escarcha, no es para el primero que se ponga. Pero él lo hallaba lindo; lindo como todo lo que se hace con gusto y gana. Y eso, siempre le había sobrado. Junto con una pasta especial.

—Qué te pangarió! A vos primero t'hicieron el molde; dispué te metieron adentro.

Para aquella ocupación, tenía que ser así. Si no, quien sabe si habría aguantado tanta cosa.

—Ahi vien'el bichero jediendo a cuero...

Serafín tenía un pedo azulejo. Pero se había dado siempre por amigo. Además, todo fué entre machos. Si hay mujeres, es posible que salga velorio; porque el chuzazo lo había tocado hasta la médula. Se lomeó y se refregó la mano por el pelo; como para sosegar el hervor de la sangre. Después se le fué acercando al "mamau". Le hizo palanca en el hombro y se le pegó al oído. De allí le largó un grito que le hizo chicotear la cabeza contra la pared.

—Tas que ni te lambés, hermano!

Aquello no pareció grito de hombre. La rabia le había picado hasta la voz; el "hermano" apenas le había salido. Pero él quería que oyeran todos los presentes.

—No es custión que vayan a confundir...

Que recordara, era la primera vez que un asunto así lo sacaba de casillas. Calenturas de gurí grande de las que hacía mucho que venía de vuelta.

—Bichero?... Sí; no hay caso. Soy eso no má. Cazo bichos... Y jeder, jiedo sin güelta. ¿Que se le v'hacer, pué?!

Se quedaba contento de poder razonar así.

—De no haber tráido este modo e'ser, me lo había comprau. Me lo había comprau!...

Bichero en general. Especialización en zorrillo. Alguna que otra comadreja, de cuando en cuando un zorro y gracias. En campos medio trabajados, el bicherío se escurraza. No se halla una nutria ni para



remedio y el lobo de agua dulce es un lujo. Capinchos y gatos monteses, casi se van convirtiendo en entretenimiento de gente de pueblo. El turismo va arrasando con todo eso. A donde entra el hombre, se hacen humo hasta las lombrices.

Para vivir del cuero silvestre, sólo se puede contar con el zorrillo. Como matarlo por deporte no divierte a nadie, abunda. Es animal de sueño cambiado; hace vida nocturna. Muy andador; un zorrillo es capaz de galopar un buen rato dejándose arrear. Eso sí, en campo limpio y sin apurarlo mucho; porque cuanto se cansa, se empaca. Fácilmente se le van aprendiendo las mañas; después se hace muy lidiable. Con cualquier cuzco medio rastreador, el más chambón se hace una noche.

—Yo, qué quiere que le diga? M'entiendo más con un zorriyo que con un cristiano. Es como todo, ¿no?

Cuando se ponía a pensar un poco, llegaba a la conclusión de que no había vuelta que darle: él había nacido para aquello. Y se le ocurría que tal vez algo de eso había presentido cuando llegó a aquel lugar. Era la única explicación que encontraba, para que un guacho como apenas era, le pudiese haber salido nada menos que al padre, con aquella semejante "pata e' gayo". Que pegaba la disparada de la chacra, le había dicho. Por más traídas y llevadas que le daba a aquello "desde que había empezau a darse cuenta de las cosas", no hallaba con qué empardarlo.

Don Arturo, el padre, era canario. De los nacidos sobre tierra arada. Y envejecidos. Estaba dispuesto a firmar aquel papel. Un papel lleno de los dos lados con letra menudita. No entendía nada pero era lo mismo. Medianero toda la vida, no era la primera vez que firmaba sin entender. Pero no acababa de decidirse. Remolineó, conversó de bueyes perdidos. Allá a las cansadas, desembuchó:

—Estéce... problema v'a ser con el gurí.

—¿Quiay con el gurí?

—¿Quiay? Que no quiere saber de la güerta! Casi nada lo quiay!

—Metalé leña!

—E. Pero yo digo, ¿no? Si lo conchavásemo en que sea pa lavar plato? De graserito no má?

Fué así como nació la última cláusula del contrato. Una cláusula especial para el gurí; el gurí era Antonino. Cortita; la hicieron caber en el último "claro" que iba quedando. Peoncito para adentro, por la comida y lo que sacara de los cueros. Los bichos tenían el gallinero a mal traer.

Así empezó. Pidió perro y se lo negaron. No era ocupación para perro de estancia; demasiado puerca. El orín de zorrillo acobarda al perro y el tufo lo rebaja. Tuvo que criárselo especialmente. Enseñarlo y aprender con él; hacer al perro más hombre y volverse el hombre más perro. En estas cosas de bichos suele ser así. Decía que era tan fácil lo uno como lo otro. Al último se entendían como dos personas. O como dos perros. Porque él, hasta olfato de perro había ido agarrando.

---

Cuando murió el padre, Antonino era tamaño hombre. Y no había

aprendido otra cosa. Nunca supo lo que le pudo haber tocado de aquel montón de cacharpas del finado, que había visto encerrar bajo llave después del entierro. Ni quiso averiguarlo. Sabía que detrás de todo eso, siempre hay autoridades, papeles y "otras yerbas". A cambio de su renuncia, se le dió vía libre en los campos de la estancia, respetando las invernadas. Tiró cálculos; dividió aquello como cosa propia: un invierno en tal potrero, el siguiente en tal otro. Tenía para añares. No precisó pensar mucho para resolverse. Resolverse a seguir con lo mismo. Bien o mal, había ido tirando en aquel oficio. Además, se acordó del perro y se le hizo cosa para toda la vida.

Llegó a conocer la "especialidá" como a sus propias manos. Aquellos campos se le volvieron un patio grande. No existía rincón donde no hubiera andado con un bicho a las vueltas. Y eso que hacía caza rotativa; invierno con invierno cambiando de potrero, ocasiones pasaba años sin volver al mismo lugar.

—Cuand'usté dentra de nuevo, l'ostá esperando l'hervidero e' zorriyos.

La zafra terminaba con las últimas heladas de agosto. Antonino acomodaba la corambre en un carrito toldado; le metía llave al rancho, alzaba el perro y enderezaba para la Isla Patrulla. Tironeaba con los gallegos un rato; o un par de días si se cuadraba. Cuando le llegaban a precio al barrer, liquidaba. Siempre hacía negocio, porque allí mismo se surtía. Llenaba aquel carro como para viaje de meses. Y meses le llevaba la recorrida que empezaba allí. Una recorrida entre la parentela; tíos, primos y sobrinos desparramados por todo el departamento de Treinta y Tres.

—Y una porretada de ahijaus que aumenta cada nueve meses.

El carro se empezaba a vaciar por allá por "Los Avestruces" y terminaba en el Rincón de Ramírez. Remataba con las caídas del otoño, que era la señal del regreso. Antonino volvía solo; pero contento de aquella repartija.

—Este'sun gusto que me lo puedo dar sólo yo.

---

Muchas veces hizo yunta. Algún acosado de por ahí, siempre le caía; y sin mucho esfuerzo se le pegaba. Pero por poco. Un invierno o dos, cuando más. La mayoría abandonaba, mal pisaba julio. Algunos, hasta las arroceras preferían.

—Al que lo aguante a usté tengo que verlo!

—Custión de andar medio seguido, mire.

—¿Seguido? Déjese'é joder, hombre!

—Seguido, esués. Y no pensar más qu'en esto. Nada más. Ah! No hay buelta.

—Dios lo conserve! Pero lo qu'es yo, me mando mudar a la gran perra!

Muchos desfilaron. Desfilaron como sombras; sin hacer bulto ni marcar huella. A él lo dejaban tan tranquilo al llegar como al irse. Se daba cuenta que no era gente para mucho rato. Le ocupaban un lugar en el rancho, pero ni le tocaban el alma. Cuando llegaban, los ponía al



tanto de las costumbres, les abría la despensa y les enseñaba el oficio. Cuando se "alzaban", les compraba los cueros y les deseaba buena suerte. Muchos desfilaron.

Con Santana fué distinto. De entrada no más, se había dado cuenta que se trataba de otra clase de hombre. Hasta en el modo de agradecer, aquel rubio lampiño tenía algo que a los otros les faltaba. Macanudo por donde lo mirasen. Y con cada agachada de sacarle el sombrero.

—Un individo que hablaba mal hasta del presidente de la república. Sí, señor!

Pero entonces, un compañerazo. Guapo como un enano; de esos hombres que no le tienen asco a nada que se llame trabajo. Eso sí, siempre protestando.

—Usté l'oía y él siempre tenía qu'estar peliando con alguno. Pero de boca; si era más bueno que la marcela.

A cualquier tema le sacaba punta. Pero siempre llegaba a un mismo lugar donde se explayaba. Parecía un loco hablando. Ocasiones era plena madrugada y aquel sujeto sin cerrar el pico.

—L'importaba un ajo pisar campo ajeno.

De un sin fin de cosas, le hablaba. De un mundo distinto; con hombres también distintos. Todo distinto. Antonino no entendía la mitad de todo aquello. Y de la otra mitad se daba cuenta que no tenía "goyete". Todo al revés, con la cabeza para abajo.

—Pero yo qué sé... Cosas lindas, le garanto.

A veces los encontraba el amanecer con uno o dos zorrillos en bolsa. Entonces se miraban sorprendidos, largaban un par de carcajadas y rumbeaban para el rancho. Satisfechos de aquella "panzada e' prosa".

—Te garanto qu'en este tren no sacamo ni pa calzonciyo est'invierno — comentaba alguna vez Antonino.

—Los hacemo e' cuero e' zorriyo, con tal que saquemo pa conversar.

Un tipo superior, aquel Santana. Cuando se fué, casi le arranca el alma. Nunca se perdonó haberlo dejado irse solo. Una mañana temprano al terminar la zafra. Una mañana perdida tiempo afuera, pero que siempre lo pinchó en el recuerdo. Cuando se lo anunció, ya fué sobre la partida; sabía que la noticia lo iba a dejar de cama. Mas, también sabía que era imposible moverlo. Muchas veces lo había tanteado, pero lo encontró lleno de raíces. Antes de marcharse le regaló los cueros; decía que entre hermanos no puede correr plata. A Antonino, esto se le había enredado en la garganta. Apenas pudo verlo irse; irse solo, perderse horizonte adentro. Pensó que hasta la inmensidad del campo le quedaba chica.

—Era tan loco... y tan güeno aquel viviente...

---

El invierno traía los colmillos afilados. Y los hincó sin lástima sobre el ranchería. Las primeras en sentirlo, fueron las ovejas. Los segundos, los dueños de las majadas. Los terceros, los milicos. No hay nada que acobarde más al milico, que las rondas. Les dispara como a víbora de la cruz. No tanto a la ronda misma, como a la noche. Una noche grande como un animal parado entre cielo y tierra. Hay que tener aguante para

soportarla arriba, sobre piso de escarcha, una quincena o dos. El milico se empieza a relajar de a poco y al último duerme en ronda como en "tarimba". Y entonces, hay que hacerle sonar algo para que se entusiasme. Sobre todo, cuando es milicada vieja y fogueada de años.

La tarde tenía cara de agua. Tempranito, Antonino estaba cuereando a la orilla de la zanja. Allí dejaba el bicherío en remojo "pa descatingar" mientras dormía. La noche llegó sin novedad. La tormenta amenazaba, pero prometía. Al fin se decidió a dar una vueltita.

—Con qu'el agua me haga un aflojecito e'dos horas, tú.

Noche toldada y húmeda. Terreno blando e insectería a flor de tierra. La zorrillada se ha volcado cuevas afuera. En tropillas. Por todas partes menudean los embuditos cónicos de los hocicos puntiagudos. Y el terutererío se deshace en escándalo. Noche de bolsa llena.

Antonino levanta perro y herramientas de cueva, "por un siacaso". El perro es un estorbo una noche así. Y los bártulos se vuelven inútiles. Se puede decir que los zorrillos se brindan solos. Como es bicho que mea para atrás y los costados, hay que allegársele por adelante. Un golpe bien dado en el hocico, no le da tiempo a largar el primer chijete.

A la media noche no más, ya se da por satisfecho. La bolsa hasta la boca, es una masa tibia; casi un cuerpo viviente.

Aquél sería el último. Ya bajaba el garrote, cuando se le atravesó el perro. Por salvarlo, pegó mal. Herido, el zorrillo se desploma por el barrancón rumbo a la guarida. Entonces, lucha de cueva. Dos o tres baldes de agua, obligan al bicho a retroceder. Es cuando entra a tallar el enredador, pedazo de alambre negro desfibrado en un extremo. Unas cuantas vueltas sobre el pelo para que sujete bien. Cuando no da más, un tirón seco y se "pela" como con tirabuzón.

Desde lo más oscuro de la barranca, la yunta de milicos "se da una vueltita po'el mundo", después del primer sueño. Los ha despertado el bochinche. Al principio no quieren convencerse; de a poco llegan a ponerse de acuerdo en que tienen enfrente a un hombre carneando.

—¿Tamo o nostamo?

—Seguro que tamo. Capón gordazo, po'el bulto.

Casi sin darse cuenta, van resbalando las manos hacia las carabinas. Casi sin darse cuenta, se empiezan a recelar. Casi sin darse cuenta se están odiando. No pestañean por no hacer ruido; pero se despedazan a miradas. Sospechándose, apuntan temblando. Piensan menos en la presa de enfrente, que en el enemigo de al lado. Y es contra éste, que aprietan con rabia los disparadores. El odio juntado en pocos minutos, ruge feroz en el estampido unísono de las dos armas.

Como leones hambrientos, caen los milicos sobre los despojos. Como a perros heridos los deja el desengaño. Les da asco aquel capón gordo, transformado en una bolsa de zorrillos moribundos. Y los pasma aquella mirada cargada de inocencia y asombro, del bichero agonizante.



TERCER PREMIO

# EL PADRE

*por*
*Julio Rosiello*

La pelota mojada, que había caído recién en el charquito, brilló curiosamente en el aire cuando el puntero tiró el centro. Marcos, echado de espaldas en el pasto, al costado de la cancha, la vió detenerse un instante contra el cielo; después quedó mirando el paso lento de las nubes. Ya hacía rato que el partido había perdido para él toda importancia. Tendido al lado del cañaveral que enmarcaba el campito, miraba solamente el cielo y adivinaba formas en las nubes: caras extrañas, animales deformes cuyos límites se desdibujaban poco a poco, transformándose en otras cosas.

De pronto oyó a su lado la voz de Lauro:

—"Dame la ropa", Rusito.

Al costado estaban la tricota, los pantalones y el saco que había estado cuidando. Se los alcanzó y le dijo:

—¿Ya te sacaron?

El sol se escondió por un momento y un viento frío atravesó la cancha. Lauro sintió los gritos de los jugadores a su espalda y el aire se le coló entre las piernas flacas y magulladas. Todo el calor parecía haberse retirado de su cuerpo. A través de los mechones negros que caían sobre sus ojos miró a Marcos, que ahora mordía un largo tallo de hierba. Le sonrió y se metió entre las cañas crujientes, para cambiarse los pantalones. Volvió y se sentó al lado de su amigo, cuyo pelo rojizo se extendía como una mancha viva sobre el verdor uniforme.

—No sé cómo no te aburrís sin hacer nada — dijo Lauro.

Marcos no contestó. La cara pecosa se contrajo penosamente y arrugó la nariz, pequeña y respingada.

—Aquella nube se parece a mi viejo— dijo por fin, y se estremeció.

Lauro, por complacerlo, levantó sus ojos, pero no distinguió ninguna forma especial. Asintió, con todo, y luego miró sus zapatos. Al oír un griterío confuso en la cancha se levantó. Dos de los muchachos estaban trenzados en una pelea, a la que se unieron después casi todos los demás. Ya iba a salir corriendo cuando sintió un suspiro de su compañero. Al mirarlo vió que una sombra le enrarecía el rostro. Marcos se llevó una mano a los ojos y se sentó; parecía temblar. Lauro, enternecido, olvidó la pelea y pasó el brazo sobre los hombros del otro.

—Vamos, Rusito, no te preocupes. ¡Vos ves a tu papá por todos lados!— Ensayó una risa breve y forzada. Marcos siempre le hablaba de su padre. El lo compadecía; no podía comprender que un padre pudiera pegarle a su hijo. En el fondo se sentía orgulloso de que a él nunca lo hubieran castigado.

Ya amainaba la pelea, mientras tanto. El juez, un rubio chiquito de pantalones largos y camisa de jersey blanco, sudaba y corría de un lado a otro, apartando a los más belicosos. A un lado se había formado un grupo en el que iban y venían explicaciones, comentarios y reproches. Por fin el juez colocó a cada cuadro en su lado y siguió el juego.

Lauro y el Rusito se fueron caminando por el costado del campo y salieron por un agujero del alambrado que separaba el baldío de la calle. Iban callados, absortos en sus pensamientos. Aunque los dos tenían doce años, Lauro parecía mucho mayor. Un crecimiento prematuro le había estirado las piernas y los brazos, que aparecían bajo la ropa, largos y torpes; el tronco y la cabeza, entonces, parecían demasiado chicos para él. En conjunto daba una impresión de triste desamparo. Sin embargo era alegre; pero se hubiera dicho que tenía que esforzarse para conseguirlo.

Marcos era completamente distinto. Había venido a Montevideo, con su padre y sus dos hermanas, hacía cinco años. Al principio, como no entendía nada de lo que hablaban los muchachos del barrio, se quedaba siempre en su casa; apenas si alguna vez los miraba jugar en la esquina, oyendo gritos que sólo su corazón podía comprender. Después de un tiempo se aventuró y pudo inventar una jerigonza que sólo él entendía. Pero de esto ya hacía mucho tiempo; sus amigos ya no recordaban las burlas que hacían a sus palabras enredadas y a sus esfuerzos por aprender; sólo retenían esta figura actual, pequeña y fuerte, estos ojos clarísimos que, en medio de una cara pecosa reflejaba su brillo celeste como el agua; esta cabeza hundida entre los hombros; este aire desvergonzado al que reprimía su taciturna gravedad.

No sabían por qué, Marcos y Lauro se hicieron amigos inseparables; tal vez porque la tristeza del primero era la misma que auguraba la figura del otro; acaso porque en los gritos y la alegría de su compañero, Marcos olvidaba su melancolía de niño.

Caía el sol entre las casas de la costa cuando llegaron a los viejos eucaliptus. Era su lugar predilecto: cuatro árboles enormes que daban al fondo de la casa del quintero. A su sombra iban en verano, después de bañarse en sudor por los campitos; allí iban en invierno, a subirse a sus ramas gruesas, a mirar las frutas de la quinta que maduraban y crecían, en las lentas tardes, ante sus ojos pacientes.

Marcos apoyó un pie sobre la espalda gacha de su amigo y se prendió a la rama más cercana. Lauro apenas necesitó saltar y pronto estuvieron los dos sentados en las altas horquetas del árbol. El eucaliptus estaba cargado de semillas olorosas; de vez en cuando alguna caía, rebotando entre las ramas.

Lauro hurgó en su ropa y sacó dos cigarrillos de tabaco negro. Ofreció uno a su amigo, con el gesto que él veía en las personas mayores.



Marcos estuvo a punto de rechazarlo, pero al ver al otro encenderlo con displicencia, tomó la caja de fósforos que aquél le alcanzaba y repitió con torpeza la operación. El humo se le metió en las narices y una picazón insoportable cosquilleó en su garganta. Con los ojos llenos de lágrimas reprimió apenas la tos.

—Se los saqué a mi hermano—' explicó Lauro. Y echando humo por la nariz, agregó; —Mirá como trago el humo.

Marcos chupaba apurado el cigarrillo. El humo empezó a marearlo, pero no se atrevió a abandonar. Sentía vaga, lejanamente, los gritos de los muchachos en la costa, como si llegaran, perdidos, desde una lejana memoria; como recuerdos imprecisos. El sol ya desaparecía en el mar y el horizonte se encendía en resplandores rojizos. Nubes estiradas y violetas se seguían, unas a otras, y escrutaban la huída del sol. El pelirrojo recordó a su padre y aprovechó para decir: "Es tarde. Me voy". Sentía el estómago revuelto. Tiró el cigarrillo y, como no oyera contestación alguna de su compañero, repitió sus palabras. Lauro estaba con los ojos duros; en el medio de sus labios sostenía el cigarrillo humeante. Parecía hipnotizado.

En un momento Marcos estuvo en el suelo; sentía náuseas. Quiso soportar un rato, todavía, pero en el mismo instante en que Lauro se desprendía del árbol, no pudo más y vomitó.

—Chau, Rusito— oyó decir a su amigo. Luego, inclinado, lo sintió correr. Cuando el otro dobló la esquina, vió que llevaba la mano sobre su boca. Ya no tuvo vergüenza.

Se echó el pelo hacia atrás y empezó a caminar, apurado. Ya hacía rato que su padre había vuelto del puerto; sin duda lo estaría esperando. Se estremeció al pensar que podía pegarle de nuevo con el cinto, como la otra vez. Sintió la picazón y el gusto amargo del tabaco en la boca. ¿Y si le sentía el olor? Cuando pasó por un almacén compró pastillas de menta. Pero no podía demorar; ya las sombras alargaban los árboles; ya el cielo oscurecido agrisaba el mar; ya, a los lejos, un barco empezó a guiñar su luz. Sin ganas, apuró aún el paso. Ya estaba por llegar a su casa cuando Ana, la hija de la bordadora, salió a la puerta y le sonrió.

Marcos la saludó apenas y siguió caminando, preocupado. Pero enseguida, como si recibiera tardíamente las sensaciones, se le apareció con claridad la cara delgada de la muchacha, con sus ojos pardos y sus trenzas. El creía amarla. Siempre pensaba, en las noches, que sería hermoso sentir la mano de ella acariciando su pelo, o apoyar la cabeza en su falda un largo rato y oír su vocecita diciéndole: "Te quiero, Marcos". Miró hacia atrás para alcanzar todavía su menuda figura de pollera azul, pero ya Ana había desaparecido: sólo una calle larga y vacía, hileras de árboles, más oscuros en la creciente sombra, apareció a sus ojos.

El cuarto de su padre, que daba a la calle, tenía las luces encendidas. Esto lo alivió un poco, porque cuando ello sucedía era porque algún compañero de trabajo iba a discutir con su padre asuntos del Sindicato. Nunca supo bien que era el Sindicato, pero en esos momentos

lo oía nombrar con frecuencia. Trató de pasar delante de la puerta sin ser advertido, pero la voz de su padre lo detuvo de golpe.

—A ver, Marcos, venga para acá. ¿No se saluda al padre cuando llega?

Entró a la habitación y se detuvo ante el hombre calvo y de cara colorada que leía unos papeles. Con las manos sobre las hojas, el padre desenvolvía cuidadosamente, con curiosa lentitud, un caramelo de miel. Marcos pisó una envoltura pegajosa que se adhirió a sus zapatos. Había otro hombre en el cuarto, pero Marcos apenas lo miró. Arrimó su cara a la del padre, quien lo besó fríamente en la mejilla.

—¡Ah, estás sudando! ¡Has jugado a la pelota! Marcos quiso negarlo, pero el hombre seguía hablando. Se notaba su deseo de contenerse ante el otro. ¿Y ese pelo revuelto? Ya te dije que te lo ibas a cortar. Mañana mismo vas a la peluquería y te hacés rapar. ¿Oído? Bueno, a comer y a la cama. Tomá la plata.

Cuando Marcos salió, alcanzó a oír la voz monótona de su padre, quien siguió leyendo, como siempre, cosas incomprensibles: "...Tercero: luchar contra todo intento...". Las palabras se perdieron en sus oídos cuando llegó a la cocina. Recién entonces se dió cuenta, al sentir un resto de gusto a menta en la boca, que no le había descubierto el olor a tabaco. Pero no se alegró. Después de beber una taza de café con leche subió a su altillo y se tendió en la cama a pensar.

Le resultaba insoportable la idea de quedarse sin su pelo rojo. El estaba orgulloso de tenerlo; no sabría decir por qué, pero así era. Imaginaba las burlas de sus amigos y creyó oír a su lado, tan fuerte lo pensó, un grito largamente repetido: ¡Pelado! ¡Pelado! Se revolvió inquieto en la cama, pero otro pensamiento, más fuerte que los demás enfrió de golpe su cuerpo, dejándolo inmóvil: ¿Y cuando Ana lo viera?

La luna se asomó por el costado de la casa de apartamentos y lo sorprendió, todavía, con los ojos abiertos. Cuando apareció del todo, con su faz sonriente, desparramando una luz misteriosa y casi tangible, Marcos se desvistió y se metió en la cama. No puede ser, pensaba; era la única frase que venía a su cerebro. Sin embargo, una idea distinta se esbozó tímidamente. ¿Y si se escapara? Pero al recordar que una vez se lo había propuesto a Lauro y que su amigo lo había desanimado, el pensamiento se le escapó de a poco, con la misma timidez con que había llegado. Miró otra vez la risa de la luna y cerró los ojos; tenía los párpados pesados de sueño. Cuando se durmió, la cara de la luna era la de Ana, estirada y deforme; y era, la suya, su risa.

---

Por esta vez, al menos, era una lástima que estuviera en vacaciones. Esto pensaba Marcos mientras iba hacia la esquina, donde estaba Lauro y los demás, pateando sin ganas una pelota. Con una mano en el bolsillo tocaba la moneda que le había dado su padre. Cuando lo vieron venir, uno le gritó:

—¡Apurate, Rusito, así hacemos partido!

Marcos hizo un gesto negativo con la cabeza y repuso:



—Hoy no tengo ganas.

—Lo que pasa es que no te dejan en tu casa, no que no tengas ganas.

Marcos insistió, con rabia:

—Yo juego cuando quiero. ¡Pero hoy no tengo ganas y se acabó!

Lauro se acercó y fueron a sentarse en el cordón. Su amigo le propuso ir a la quinta a robar fruta, pero también se negó. Se sentía molesto allí, como si estuviera de más. Lo colmaba un extraño sentimiento de culpabilidad que no podía comprender. De nuevo tuvo ganas de estar en la escuela; por lo menos allí otras preocupaciones lo retendrían alejado de sus pensamientos. Miró a los muchachos, uno por uno: Raúl, Tito, Walter, Daniel; todos le parecieron de pronto estúpidos y despreciables; hasta el mismo Lauro, que mostraba ahora la manera de cabecear varias veces seguidas la pelota.

Se despidió con un "hasta luego" que no tuvo ecos y resolvió volver a su casa. Pensó en sus amigos. Hubiera querido explicarles todo lo que le pasaba, pero se había arrepentido apenas estuvo con ellos. Al doblar la esquina vió que en su casa había una rara animación. Algunos vecinos miraban para adentro, otros entraban y salían. Antes de llegar sintió unos gritos agudos de mujer, en los que reconoció la voz de su hermana. Echó a correr, extrañado, y cuando fué a subir los escalones de la entrada tropezó con un hombre que lo retuvo. Marcos creyó reconocer el rostro de quien había estado con su padre la noche anterior.

—No te asustes, querido, no es nada grave. Entonces sí Marcos se asustó. Tu papá se lastimó en el trabajo. Pero no es nada; es... una lastimadura, nomás. Vení, vamos a tranquilizar a tus hermanas.

La mayor estaba sentada ante la mesa de la cocina y lloraba, escondiendo su cabeza entre los brazos. Sonia, en cambio, lanzaba gritos agudos mientras caminaba de un lado al otro del patio. Algunas mujeres querían detener su deambular nervioso, pero ella se soltaba de sus brazos y renovaba su ir y venir, incansablemente. Entre sus gritos estridentes dejaba escapar a veces palabras que ninguna de las vecinas pudo entender. Cuando vió a Marcos se detuvo, llevó sus manos a las sienes y se abalanzó sobre el muchacho, a quien estrechó contra su pecho. Al cesar sus gritos, sólo se oyó en la casa el llanto de Xenia, la mayor. Marcos, que tenía la cara apretada a los senos de su hermana, sintió vergüenza y se soltó. Fué a sentarse, temblando, en un banquito contra la pared.

El amigo de su padre hablaba en voz baja con una vecina y le explicaba el accidente. Un fardo se había desprendido de la grúa y había caído entre varios estibadores; se sucedió una confusión, un griterío, ayes de dolor. Algunos apenas quedaron atontados por el golpe, pero el ruso tuvo tanta mala suerte que el fardo lo lanzó contra el pie de la grúa, donde golpeó con fuerza su cabeza. Lo habían llevado desvanecido y ensangrentado al hospital; al parecer estaba muy grave.

Cuando las vecinas se fueron, Marcos quedó más aliviado. Miró a sus hermanas y tuvo ganas de estar como ellas, desesperado, deshaciéndose en sollozos, llorando simplemente. Pero, a pesar del temblor irre-

primible que lo sacudía levemente, sólo la incredulidad y la extrañeza subían, como respuestas a continuas interrogantes, desde lo más hondo de su pecho. Aunque veía ahora a aquel hombre y a sus hermanas entrando y saliendo de las habitaciones, Marcos se hundía, sin embargo, sin poder escapar de ella, en una helada sensación de estupor. "Esto no ha pasado. Esto es un sueño. Quiero despertarme, quiero despertarme". Y abría muy grandes los ojos para adivinar en aquella vida indecisa que se agitaba en su torno, alguna cosa absurda que le brindara la pauta de su sueño. ¡Pero todo era tan lógico! Ahora salía Yenia poniéndose un saco, seguida por el hombre y por su hermana. Yenia insistía en que Marcos debía acompañarlos, pero el hombre dijo:

—No, él tiene que quedarse a cuidar la casa. El ya es un hombre— agregó dirigiéndose a Marcos—. Este lo miró y asintió, indiferente.

Fué así cómo, sin darse cuenta, se quedó solo en la casa. Salió a la puerta, pensando en que debía avisar a Lauro. Ya era cerca de mediodía. Pasaban carros de verduleros bajo el fuerte sol. Mujeres venían de la panadería, con sus asaderas cubiertas por servilletas, y se paraban frente a él para hablar entre sí en voz alta. Una criatura de meses, en los brazos de una enorme señora rubia, pasó chillando con todas sus fuerzas. Sus gritos levantaron un coro de ladridos en la cuadra. Marcos miraba con ávidez estos pequeños sucesos de todos los días, como si el mundo le fuera inédito, como si hubiera caído recién en el medio de la vida y quisiera beberla de un golpe. Se quedó un rato en la puerta; un rayo de sol, esquivando las hojas de los árboles, caía rectamente sobre su cabeza.

Cuando entró, fué a recorrer una a una las habitaciones, con una creciente sensación de libertad. La casa parecía tan grande ahora, vacía de toda presencia extraña, resonaban tanto sus pasos sobre las tablas de los pisos... ¡Qué vacío, qué silencio, qué ganas de llenar aquellas piezas con la vida múltiple de la calle! Al pararse frente al espejo del cuarto de baño, una pregunta nítida llenó su cabeza. ¿Así era la muerte? Se miró fijo en los ojos, endureciendo el rostro para darle una mayor inmovilidad. En ese momento pensó en su padre y lo vió desmayado, la cabeza abierta en un costado por el que salía, brillando al sol, un chorro finito de sangre. Tuvo que realizar un esfuerzo para apartarse del espejo.

Entró, después, en el cuarto de la calle. Como habían cerrado las celosías, la habitación estaba a oscuras. Atemorizado, abrió la ventana. Al lado de la cama turca, sobre la mesa de luz, había un porta retratos con una fotografía amarillenta. Eran sus padres; estaban tomados del brazo y sonreían. Su madre tenía un gorro de piel ya muy antiguo que empalidecía su rostro. Al fijar la vista en la figura del padre, aquel hombre delgado y rubio, casi irreconocible, Marcos sintió una pena grande que lo estremeció. Se apartó de allí y después de mirar en su torno, súbitamente enternecido, se dirigió hacia la puerta. Antes de salir tropezó con una silla, de cuyo respaldo colgaba el saco nuevo de su padre. Un torpe pensamiento que no pudo resistir lo apoderó con fuerza; sus latidos aceleraron y metió la mano en un bolsillo del saco. Pero



tocó tan sólo un objeto pequeño, envuelto en un papel pegajoso. Al sacarlo vió en su mano un caramelo de miel. Se quedó inmóvil, con un agudo sufrimiento atravesándole el pecho, y luego se tiró en la cama a sollozar.

---

Lauro fué el primero en verlo regresar y se volvió hacia los demás para llamarles la atención. Lo alcanzaron y lo acompañaron entre risas. Marcos, con su cabeza rapada, caminaba en silencio. Uno de los muchachos le pasó la mano por aquel pelo erizado, y le gritó: "¡Para la suerte, Rusito!" Marcos no dijo nada. Cuando pasó frente a la casa de Ana miró hacia adentro, con la esperanza de verla otra vez, pero ella no estaba. Después todos se fueron, menos Lauro, quien siguió con él hasta su casa.

—Recién vino tu hermana. Me dijo que tu papá estaba mejor.

Marcos lo miró sonriente y agradecido. Pero cuando Lauro, sin poder soportar más la tentación, le pasó la mano por la cabeza, el Rusito se quedó, esta vez sí, definitivamente solo.

---

# JUICIOS SOBRE LOS CUENTOS PREMIADOS

## *EL DAIMON DE LA CASA LOPEZ*

*Considero que de todos los trabajos presentados a este Concurso, el único que reune las condiciones para merecer el primer premio es el relato titulado "El Daimón de la casa López".*

*No es el cuento revelador, aunque imperfecto, que espera "ASIR", pero es un relato lleno de intención reveladora y que muestra un camino de motivaciones literarias poco explorado. No tiene la brevedad que conviene más al género; la concisión lograda por las formas agudas de la expresión; el nerviosismo, y esa vaga claridad o turbada confusión que tenemos que esperar de los jóvenes escritores uruguayos. Porque si su idiosincrasia no es distinta de la del pueblo de cuyo seno surgen y de cuyas vivencias se nutren, lo natural es que se expresen de acuerdo a las características señaladas. Nos cuenta literalmente un hecho que hubiera cobrado mayor amplitud bajo una forma menos explícita, y hay evidentemente en el autor, un fuerte lirismo contenido para lograr de propósito, la prosa convencional del relato.*

*En cambio, está escrito con mano segura y emoción cierta y se refiere con toda felicidad a un aspecto de nuestra compleja y poco frecuentada realidad: la sociedad que integra el inmigrante, la tónica de su influencia en el medio en que se radica y la suerte casi milagrosa de sus empresas. La síntesis se ha logrado con la creación de un símbolo que es producto de la imaginación popular. Lo milagroso se corporiza en la mentalidad simple, sin complejidades psicológicas, de los seres sencillos, empeñados en el trabajo de cada día. Y con muy poco esfuerzo llega, inclusive, a integrar la realidad pedestre que informa los actos de las existencias laboriosas.*

*Hay una nota en este relato, clara, penetrante, de serenidad y sabiduría otoñales; profundidad humana, y por encima de personajes o caracteres y de la anécdota sorprendente, se destaca un aspecto de nuestra ineludible realidad rioplatense a través del temperamento poético de un escritor que domina su oficio.*

*D. T. P.*

*
* *

*Muy buen cuento. Está escrito con el estremecido reposo y con la intimidad objetiva de una profunda nostalgia. La narración tiene una meditada, aunque no premeditada poesía, que se revela, principalmente, en algunos pasajes donde la minuciosidad en los detalles no está al servicio de un esmerado naturalismo, sino urgida por la presencia tibia de las cosas que, vistas o leídas, son, al escribir, soñadas. Con todo, al evocar ambientes españoles, el cuento cae a veces, en la literatura del lugar común. Creo que el proceso de un escritor es ir de la literatura*



*ajena a la propia realidad y de ésta a la propia literatura; pero la ajena poesía no debe suplantar la realidad haciéndola típica —"el arte desclasifica" decía Marcel Shwood— sino revelarla haciéndola significativa. Sin embargo, estas caídas son muy poco frecuentes y, las más de las veces, el lugar común, como en los cuentos de hadas, está exigido por una expresa voluntad poética de señalar los elementos característicos de la acción de contar para encerrar en ellos, reviviéndolos, una auténtica peripecia humana; como si el autor nos dijera: "Esto es un cuento como todos los cuentos ,pero, además, es verdad". A los personajes les pasa lo que a la narración: su típica generalidad posee, casi siempre, un especial encanto poético-legendario, a pesar de aquellos momentos en que se desdibujan en lo estereotipado. Por ejemplo: el personaje de la abuela, que está muy bien concebido como abuela típica: se desvirtúa al convertirse en recurso literario. La segunda vez que dice: "Come rapaciño, come", ya suena a hueco, y el "come, rapaz, come" del final, es totalmente efectista.*

*G. C.*

*
* *

*Aunque de fabulación exigua y exclusivamente subjetiva, este cuento está hecho con la materia de que nacen los mitos. Si un inmigrante afortunado lee estas páginas, no podrá menos de rememorar algún absurdo talismán de su fe, equivalente a este arcón de la buenaventura.*

*Es un sentimiento representativo el que se difunde por el cuento y obra como designio consciente del autor, no sólo en la confianza de José, el protagonista, sino también en su nostalgia, madre de toda fe. Por tal motivo, se excluye toda situación que pueda hacer de esta figura, un personaje singular. Se le ha impuesto como símbolo, y así determinado, pierde en profundidad lo que gana en superficie.*

*Sin embargo este cuento merece el Primer Premio por las siguientes cualidades: Una construcción de cuidadas proporciones; una prosa llena de experiencia, de pulcritud y agilidad; una fabulación que responde a un tema muy nuestro y lo expresa con poética levedad; y, finalmente, una atmósfera tibia de sentimiento y de nostalgia, que palpita constante en todo el cuento.*

*Confesamos que en un primer momento, nuestra preferencia por las narraciones que implican una creación de personajes o de una intensa situación, no nos permitió ver las cualidades de este cuento por buscar aquellas otras que juzgamos esenciales.*

*D. L. B.*

*
* *

*No obstante sus virtudes, entiendo que este cuento muestra en demasía el trabajo del escritor, —frecuentes acotaciones, etc.,— un trabajo que más bien que descubrirnos a los personajes, los recubre, impidiéndonos rescatarlos en sus más hondas vivencias. Sin embargo, pienso que el escritor necesitaba este procedimiento, el que le permite la utilización de un cierto tono irónico, con el que logra una mayor eficacia res-*

*pecto a los propósitos que el cuento lleva en sí. Entre esos propósitos se halla una crítica lateral a la pequeña burguesía y, de contragolpe, el relevamiento de una figura simpática, compartible, tal como se nos aparece Manuel Francisco.*

*Podría decirse que en este cuento aparece demasiado el marco en que el autor ha encuadrado a sus personajes, sin concederles una mayor libertad. Pero asimismo —o por eso mismo— es este el cuento más hecho, más acabado o redondeado, de todos los del Concurso. El asunto en sí es muy hermoso, y aunque a veces el autor parece rehuir algunas de las situaciones que él mismo crea, logra salvarlas, no obstante, con gracia y poesía. El final es verdaderamente bello. En este balance de preferencias y rechazos, las primeras han pesado más que los segundos, decidiéndome así por un cuento bien llevado y sin defectos —dentro de su propio ámbito— tal como entiendo que es "El Daimón de la Casa López".*

*L. F.*

*
* *

*Hay en este cuento riqueza de elementos narrativos: creación de personajes, atmósfera, un realismo que no excluye el contenido sobriamente poético y una anécdota hábilmente manejada. Todos esos elementos han sido articulados en una estructura sólida, en la que ninguno de ellos resalta sobre los otros. Todos los personajes son auténticos, aunque creados con distinto grado de profundidad. Entre ellos, los que adquieren mayor valor significativo, perdurando con rasgos más definidos e individuales en la memoria del lector, son el padre y la abuela, aun cuando sea objetable en la creación de esta última la utilización de ciertos elementos de ternura un poco convencionales. Convencionalismo que, por otra parte, afecta también al tono poético de las rememoraciones de los personajes (recuerdos de Galicia, etc.), donde se evidencia demasiado el esfuerzo de la autora para ubicarse y ubicar al lector en el alma de sus personajes.*

*Creo en cambio muy acertadas las referencias a los hechos del pasado (al cometa Halley, por ejemplo), que nos colocan en una época y nos dan su tónica. Pero lo que da verdadero contenido a la creación de este círculo familiar, que sentimos tan vivo y entrañado en nuestra realidad, es la historia del Daimón, que tiene un cierto valor simbólico. No se trata de un símbolo definido y deliberadamente buscado por el autor. Esa calidad le nace de una visión profunda de la realidad, que la convierte en significativa porque la interpreta y le da un sentido. Es la historia de ese Daimón, anunciado delicadamente desde el principio, la que da a esta narración ese tono poético que evita en todo momento que ella quede reducida a la mera crónica de la historia de una familia.*

*A. S. V.*



## *BICHERO*

***Este cuento, es de todos, el que mejor revela una experiencia y dominio del asunto. Se siente el placer con que el autor rebusca los más pintorescos detalles y expresiones.***

***Al mismo tiempo se advierte la seguridad, la fuerza, la eficacia de estas frases; la intencionada violencia que las recorta a golpes. Una sola de ellas basta, a veces, para que un personaje surja de pie, instantáneo, viviente y acabado. Pero todo estilo, como todo, tiene en la misma razón de sus virtudes, la de sus limitaciones. Estas frases devoran al tiempo y al espacio. Son, muchas veces, desmesuradas síntesis. Entre una y otra, suelen pasar días, semanas o meses, y leguas y leguas. Agréguese a esto la viril contención que hace la musculatura de este estilo.***

***Cierto tipo de lector, sobre todo el de la más moderna literatura, puede ver aquí, tal vez, una excesiva sobriedad, un seco esquematismo o una simple tipificación. Sin embargo, antes que la minucia delicatista, o el psicologismo pesado y estéril que revela este tipo nuestro de lector, —cuando escribe— preferimos nosotros, esta personalidad enteriza, esta fuerza, esta salud de viento campero que nos ofrece en sus páginas el autor de este cuento.***

***D. L. B.***

*
* *

*Resulta imposible engañarse respecto a Julio da Rosa, el fecundo y diestro colaborador de ASIR a quien, en plena juventud, descubriera y recomendara nuestro amigo Morosoli. Su estilo inconfundible hizo inútil que encubriera bajo seudónimos los dos trabajos que presentó a este concurso: "Bichero" y "Cuento de Negros". Por esta razón extra literaria y porque anhelaba encontrar el escritor de sus condiciones pero aplicado a otra temática, escenarios y preocupaciones, más afines con mi modalidad y gustos personales, aplacé la lectura de estos cuentos hasta que hubiera examinado en su totalidad el resto de los trabajos. En este momento, y luego de cotejar los dos cuentos de da Rosa con EL "Daimón de la casa López", tuve para mí que sólo "Bichero" merecía los honores de un segundo premio. No obstante, considero que "Cuento de Negros" no le va mucho a la zaga.*

*En la línea de la literatura que abreva su inspiración en los motivos del campo —lo cual informa al parecer inagotablemente lo más representativo de nuestras letras nacionales—es posible comprobar la existencia de dos grandes tipos de autores: los que escriben objetivamente sobre los temas que proporciona la campaña y los que reflejan al hacerlo su especial vivencia del campo. Y bien, da Rosa, que aparece haciendo sus primeras armas en la literatura campera como autor objetivo, pasa de inmediato a la otra corriente, y de tal modo se perfila en ella que es él mismo un personaje de esta literatura: el narrador de cuentos. No se le ve todavía ese imponderable que distingue al artista—como a su hermano mayor, Espínola— pero une al don de observador sagaz de tipos comunes y de hechos intrascendentes, el de tener la pluma pronta*

*—como lengua sobada— la facilidad, la soltura, el gracejo amargo y chispeante y, sobre todo, la fecundidad y hasta la necesidad histriónica de contar, que caracteriza al tipo de nuestra campaña que el propio da Rosa protagoniza.*

*D. T. P.*

*
* *

*De todos los cuentos presentados al concurso es éste el que me ha dejado más profundamente la sensación de que fué escrito como consecuencia de una verdadera necesidad de expresarse. Es evidente que el escritor conoce bien los hombres y ambientes que describe; es evidente, vivencia con ellos, sino porque los ama profundamente. Estas dos cualidades —dominio de sus temas, necesidad de expresarlos— están acompatambién, que los conoce no simplemente a través de una ocasional conñados por una real capacidad expresiva: el autor domina el lenguaje que debe expresar el alma de sus personajes y describir sus ambientes, logrando una adecuada correspondencia de fondo y forma. Los personajes no son enriquecidos por el autor por medio de artificios literarios; se ofrecen desnudos en la simplicidad de su condición humana y de ahí su riqueza. Antonino tiene esa autenticidad literaria que nace de la veracidad de visión. Con un breve trazo, perdido casi en la narración, el autor nos hace tocar el fondo del alma de su personaje (cuando dice, por ejemplo, que recordó al perro y se decidió para siempre).*

*La única objeción que encuentro a este cuento es que el autor, preocupado casi exclusivamente en ofrecer un personaje, no ha tomado en cuenta más que los elementos de composición que sirven a este fin. Como consecuencia el aspecto anecdótico con que se cierra el cuento (la muerte de Antonino) no ha sido preparado y aparece un poco artificial. Aunque el lector comprende que esa muerte, refluyendo sobre la vida del personaje, termina de crearlo en su irredimible soledad, no puede sustraerse a la impresión de que el cuento se cierra así no necesariamente, sino para terminarlo de algún modo.*

*A. S. V.*

*
* *

*Puestos a pensar sobre el procedimiento con que está hecho este cuento, encontramos que cabe aquí hablar, más que de otras cosas, de la actitud del escritor. Esa actitud es de simpatía con los personajes, de coparticipación casi, y fincaría —nos parece— en un espíritu puesto a disponibilidad de esos personajes; en un estado pasivo, digamos, en el que el escritor aparece más ocupado por sus criaturas, que preocupado por ellas. La propia manera de acotar que aquí se usa, lleva al máximo ese estado de dependencia, al establecerse en el cuento una especie de mimetismo, en el que el autor desaparece, usando en sus anotaciones el lenguaje con que hablan sus personajes. Todo ello por su soltura, por un ensamblamiento natural y espontáneo de todos los elementos que componen el cuento, se siente aquí como algo legítimo, verdadero.*

*Sin embargo, de cierta manera, también sentimos que esa actitud*



*de que hablamos más arriba, incluye algunas limitaciones, limitaciones que muy probablemente el autor no ha intentado sobrepasar, evitando así un riesgo que no entra en sus proposiciones. Por eso mismo acaso, "Bichero" es un cuento que, sin ambicionar lo máximo, alcanza su propia órbita, mostrándonos a un escritor, a alguien, en fin, que conoce y sufre los secretos de una profunda vocación.*

*L. F.*

*
* *

*Todo el amoroso cuidado del narrador está dirigido hacia la creación de un personaje: el "bichero". Hasta los elementos narrativos se aquietan y se resuelven descriptivamente, y el cuento todo adquiere una estática apariencia de estampa. Aquí nada acontece, y todo se va dando como si no transcurriera, como si fueran los rasgos de un rostro que se descubre lentamente. Es una delgada superficie que no guarda secretos, pero que se muestra entera con una tranquila verdad y una melancólica gracia. El autor maneja el lenguaje campesino con desenvoltura y deleite, sabiendo descubrir su áspera poesía. Sólo el final, es a mi entender, innecesario y efectista.*

*G. C.*

## *EL PADRE*

*El autor ha visto sagazmente una psicología infantil; ha dibujado nítidamente a los otros personajes y ha escrito el cuento con estilo limpio y objetivo. El esfuerzo de creación está centrado en la figura del Rusito y en su conflicto interior, determinado por el temor a su padre. Para objetivar esa situación el autor ha utilizado dos elementos: ciertas escenas iniciales preparatorias y la línea anectótica que arranca de la escena en que el padre ordena al Rusito que se corte el pelo. El autor ha conseguido adecuar la situación interior del Rusito con los elementos que la objetivan, obteniendo un cuento equilibrado y evitando las digresiones psicológicas. En muy pocos momentos el autor cuenta directamente lo que pasa en el alma de sus personajes, haciéndonoslo conocer a través de su presencia física, de su actuación viva y directa. Se obtiene así una forma de composición narrativa en que predomina el elemento plástico, que visualiza a los personajes y a las situaciones. En resumen: personajes auténticos, bien vistos y bien comunicados, elogiable economía de elementos y objetividad de composición, constituyen las virtudes narrativas esenciales de este cuento.*

*A. S. V.*

*
* *

*Un aire de friolenta ternura, de soledad temblorosa, flota sobre los seres y objetos de esta narración. A ello contribuye no sólo el estilo sino también la técnica empleada por el autor. El estilo carece de firmeza,*

*de precisión. Le tiembla el pulso. Nos damos cuenta que el escritor tiene una vaga visión de los decorados, y por eso mismo omite los "detalles sensibles" o sea esos detalles cuya sola presencia prueban el conocimiento profundo y la observación aguda producto de una lenta y larga vinculación con los ambientes. También la técnica empleada gusta de lo tortuoso. Los diversos pasajes orientan imprecisamente hacia la escena principal. Al comienzo y al término del cuento, el tema presentado parece ser, a mi juicio, el de la amistad, y solamente como un producto hállase relacionado con el tema principal, el que da título a la narración.*

*Sin embargo, estas características no obran aquí como defectos sino como virtudes. Esta imprecisión en el estilo y en el plan son los determinantes de ese clima aterido, de ese sentimiento de soledad infantil, difundida en el ámbito amplio y abierto que nace de los sucesivos escenarios. Pese a la precisión del título, yo siento este cuento como un cuento de atmósfera. Exigir al autor mayor penetración y fuerza, sería exigirle otro cuento. El ha logrado su propósito.*

*D. L. B.*

*
* *

*Este cuento abarca y resume bien, la experiencia de un niño que sufre en soledad su desencuentro con el mundo que lo rodea.*

*Quizá el autor se haya apresurado al decretar desde el principio el drama que vive Marcos, y quizá también el personaje sufra en demasía, —sin alternativa alguna— ese drama. Sin embargo, esto que anotamos, refiere únicamente una preferencia nuestra, puesto que Marcos es un personaje totalmente logrado.*

*Encontramos que el autor describe bien los personajes, así como el paisaje que les circunda. Además, con qué sabia distribución de los elementos que lo componen está hecho este cuento! En verdad el asunto no es de los que por sí mismos promueven un interés inmediato, mas aquí logra salvarse, en instantes de verdadera creación.*

*Me agrada además el ambiente y los tipos que trata este autor, tipos y ambiente que, en general, nuestros escritores no han abordado.*

*L. F.*

*
* *

*EL PADRE*

*Es un cuento bien hecho. El autor ha comunicado fuerza e intimidad a sus personajes, y ha sabido aprovechar las situaciones. Pero, no se ha superado el tema, atravesándolo en profundidad para encontrar el otro lado artístico de la verdad, la antípoda poética que toda emoción debe alcanzar en literatura. Todo esto es, posiblemente, el resultado de un sometimiento a ese realismo estéril, hoy tan común, que ha sustituído la poesía y el pensamiento y la realidad, por la psicología, el sentimentalismo y la fotografía retocada. Creo, en fin, que en Rosiello hay un verdadero escritor que padece de una circunstancial equivocación. La escena en que los niños fuman no está bien hecha ni tiene razón de ser en el cuento.*

*G. C.*



MENCIONES PREMIADAS

# EL IDIOTA

*por*

*María Inés Silva Vila de Maggi*

De adentro, desde el aparador oscuro donde latían sin cesar los relojes, se adelantaban las doce campanadas por los patios abiertos, rozaban apenas los escalones blancos de los zaguanes en penumbra hasta llegar a la puerta y romper fila para escandalizar, con perfecta inocencia, la vereda. Porque aquel era el toque de retirada. El vecindario se decidía entonces a levantar su campamento de sillones de paja, chinchibirre o maridos en mangas de camisa. Se detenía el lento oleaje del aire que corría por toda la calle: nadie se hamacaba ya.

Los zaguanes se veían ahora poblados de gente. La tía Luisa marchaba detrás de Juanita —que llevaba toda la carga a cuestas como una hormiga imperceptible con un único vaso de cristal en sus manos blancas. En el fondo del vaso repiqueteaba un azucarado resto de jugo de naranjas que Juanita daría cuenta de él no bien llegara a la cocina. El coronel Aguirre parecía llevar el mismo sillón que Juanita para adentro, con la casa todavía a oscuras, porque doña Jacinta se demoraba en el patio tanteando la llave de la luz y sólo conseguía enredarse con la cuerda del toldo. El juez de Santis, con un pie en el escalón de la puerta, confirmaba la hora en su reloj bolsillo y en un fastidio acostumbrado, balbuceaba "dónde estará ese mocoso". Después marchaba también para adentro con su silla de paja, mientras alguien atrás, su mujer seguramente, clausuraba la casa con un golpe seco que resonaba lejos, en el fondo. De haber estado José hubiera sentido un frío ahora. No le gustaba aquel momento de cerrar la puerta. Era algo definitivo. Cuando no quedaba nadie fuera, echaban también los pasadores y él se sentía dentro de un convento o de una cárcel. Pero José no estaba. Se demoraba en algún lugar, saboreando la media noche, entreteniéndose con el gusto del cigarrillo y el marco de la tercera caña. El Juez cruzaba ahora el patio. El cielo parecía desplomarse por la claraboya abierta, aclarando el damero de las baldosas, las grandes macetas, la mitad del comedor que luego se perdía en la oscuridad hasta retomar algún temblor y algún brillo en el sitio de la platería y del espejo.

No había un alma en la plaza. La confitería había cerrado también.

Y el club. Cuando no hay nadie en una plaza igual parece que alguien camina sobre las hojas secas. Aún en verano hay hojas secas en las plazas. Y más cuando es de noche, y no hay nadie. "Dónde estará ese mocoso", se había preguntado el Juez.

José había salido del café de Gamboa y caminaba hacia el centro con el gordo Aguirre. El gordo andaba inquieto, caminaba ligero, nervioso. José se quedaba rezagado y el otro tenía que esperarlo vuelta a vuelta para seguir juntos. —"Llegamos tarde de nuevo. Hoy el viejo me pesca. Decime, ¿a vos no te oyen? —"Según, a veces sí". —"Y no te dicen nada?" —"Claro. Encienden la luz y me gritan algo desde la cama, para hacer ver que están despiertos y que me reprueban". —"Conmigo son más bravos. Si el viejo anda de mala, me curte. Si está bien, es al revés. Me invita a tomar un trago y me empieza a hablar de cuando era joven. Por tirarme la lengua... Pero nunca se sabe como se le va a encontrar. Cuando voy a abrir la puerta me dan ganas de salir corriendo. Eh, José, en qué pensás? Mire que estás raro de un tiempo a esta parte! Ni siquiera te ves con Isabel últimamente. Estoy seguro de que te traes algo entre manos, pero no decís ni jota. Hablá, qué papel juego yo en este asunto. Soy tu amigo, eso lo sabés". —"No es nada, Gordo, no te preocupés". Ya habían llegado a lo de Aguirre. José también podía ver la puerta de su casa. —"Bueno, hasta mañana". —"Hasta mañana, Gordo". Cuando el gordo Aguirre ya entraba en su casa José lo llamó despacito por el apellido, como en el Liceo: —"Eh, Aguirre!" El Gordo se volvió asustado, y entornó la puerta nuevamente, detrás de él. —"Calláte, que van a oír... Qué querés? Hablá bajito". —"No, que no digas en tu casa. Después se lo cuentan a papá". —"Qué no cuente qué? Si no me has dicho nada... Sacando lo que veo por mi mismo y que cualquiera puede ver... que vas de un lado a otro...". —"Calláte". —"Y que averiguás de los Melgarejo todo lo que podés, como si te fuera la vida en eso". —"Dios mío. No digas ni palabra, Gordo. Basta ya. No sé lo que harían en casa. Lo menos me mandarían a Montevideo". —"Qué más querés? Pero decíme, que te pasa con esa gente? Querés descubrirles la madriguera? Si hasta vino uno de investigaciones de Montevideo y no dió con ellos... Además te has puesto a pensar si se enteran? Te aseguro que no contás el cuento. Y yo tampoco. Sin comerla ni beberla. El otro día soñé que me seguían". En ese momento se encendió una luz adentro de la casa y una voz de hombre, gritó: —"Sos vos, muchacho?"

Asustado, el Gordo Aguirre se pegó casi contra el marco de la puerta. —"Ay Dios, te dije que hoy me pescaban!", balbuceó. De adentro volvió a oirse la voz, que repitió: "Sos vos?" —"Sí señor, soy yo"— contestó el Gordo con la cola entre las piernas. —"Y qué espera para entrar, ¿qué aclare?" —"Enseguida voy. Un momento nomás". El Gordo se agitaba entre el miedo a su padre y la curiosidad por saber, por conocer el misterio de su amigo de Santis. —"Hasta mañana, Gordo, se va a enojar tu padre... —"Pero decime, (Aguirre lo había tomado por una manga y lo sacudía un poco). Me muero por saber... Te juro que soy



una tumba". José lo miró y con una voz calma y segura, sin advertir la importancia de la frase, dijo: —"Quiero salvarlos", y dió la espalda al otro que lo miraba como alucinado.

---

Entró sin que lo oyeran. Cruzó el patio iluminado por la claridad de aquella noche veraniega que caía sin tropiezos por la claraboya abierta. Al pasar por el comedor tanteó sobre la felpa de la carpeta el botellón con agua y los vasos. Tenía sed. Después salió cuidando aún más de no hacer ruido. Pasó frente al dormitorio de sus padres, atravesó el segundo patio, cercando el aljibe que levantaba en el borde, como pequeños monstruos, las alegres macetas de su madre, y llegó por fin a su cuarto. No encendió la luz. Abrió la ventana que daba al fondo y se dejó caer en la cama cuán largo era. Tenía pereza de desvestirse. ¡Qué verano! Si se levantaba temprano, se creerían que había vuelto antes. No quería más líos. Lo agotaban. Estiró la mano y buscó el despertador. Le fué fácil. Era luminoso. Se quedó así, un rato, con el reloj en la mano, sintiéndolo latir debajo de su caparazón de lata colorada, apoyado sobre un brazo hasta que se le acalambró. ¡Qué pocas ganas de dormir! Como hundido en el calor, así se sentía. Le pesaban los brazos y las piernas. Tiempo malo. Se entreabrió la camisa y descansó la cabeza en la almohada. De pronto sintió que se iba a morir. No enseguida: alguna vez. El vivía sin advertirlo, vivía con naturalidad, como un animal que no sabe nada de lo que le ha de pasar. Pero había momentos así, que le venían de golpe, momentos en que todo él sentía un bajón, y parecía tocar fondo. Y no había manera de evitarlo. Aunque saliera corriendo se iba a morir. Si se sentaba para siempre en un banco de la plaza, se iba a morir. Si se hacía abogado, como quería su padre, también. Podía casarse con Isabel y tener hijos. Sin embargo, a pesar de lo ocioso que era todo, el prefería que le pasaran cosas, que era lo mismo que salir disparando. No podía estarse quieto. Hubo un tiempo que le gustaba enamorarse. Lo buscaba. A los trece años amaba frenéticamente a María Luz, la que cantaba en el café del Sueco, en el puerto. María Luz vivía en el cuartito de un conventillo de al lado del café. Se había hecho una puerta y pasaba de un lado a otro sin salir a la calle. Por eso hablaba siempre, con tanto orgullo, de su camarín. A José no le dejaban entrar en el café por la edad, pero ella le permitía mirar desde su cuarto. Cuando él entraba, ella le decía, sonriéndole: —"¿A qué no sabés lo que tengo hoy en el cajón?" Y entonces él se avalanzaba y hundía las manos entre los cosméticos y los pañuelitos hasta que rescataba dos o tres caramelos, o un bombón, o cualquier otra golosina. Pero un día se le ocurrió que aquellas golosinas se las debía regalar algún hombre y no quiso comerlas más. No aclaró nada, se negaba, simplemente. Al principio ella se extrañó y preguntaba: "Pero vaya, estás malo?" Después se acostumbró y no le ofreció más. María Luz no sospechaba lo que Joselito, como le llamaba, sentía por ella. Tenía sobrinos en Montevideo, "de tu edad" agregaba siempre en cualquier conversación. Así explicaba ella el cariño que le había tomado. Un día él había hablado con el negro Urquiza que tenía como tres años más que él. No sabía

como se había encontrado contándole su historia —si a lo que había se le podía llamar historia— con María Luz. El Negro se había reído y haciéndose el hombre lo había palmeado en la espalda. "Pero si a esa la arreglás con plata...". Le había parecido repugnante aquello. La frase y la cara de superioridad del otro al pronunciarla. Sin embargo la frase le perseguía todavía una semana después. Ese domingo, aún sin tener nada decidido, no fué al cine. Un mes después, tenía ahorrado un peso cincuenta. El no sabía si eso alcanzaba. Trataba de no pensar en el asunto. De haberlo hecho se hubiera asustado de veras. Solamente echaba las moneditas al bolsillo. Una semana seguida había ido a verla sin animarse a nada. Se tocaba el dinero en el fondo del bolsillo y lo hacía sonar un poco. Pero ella no parecía advertirlo. El día de su cumpleaños salió de su casa a las siete de la tarde. Entró por el corredor largo y golpeó en la piecita.

—"Adelante"— contestaron de adentro. María Luz estaba poniéndose las medias. Eran medias negras y transparentes, como las que usan en el cine. —"Ah, ¿sos vos? Qué tal?" María Luz apenas lo había mirado. Seguía en su tarea de vestirse ajena al chiquilín que la miraba hipnotizado. Haciendo todo un esfuerzo, ya sin saber ni para qué lo hacía, se había acercado a una pequeña cómoda que tenía la mujer y había dejado caer allí el dinero con timidez. Eran dos monedas, una de un peso, y otra de cincuenta. Tenía un poco más de cambio en el bolsillo, unos vintenes de la última semana, pero no se animó a dejarlo. Le pareció que podía humillarla. María Luz había vuelto la cabeza, atraída por las monedas golpeando en el cristal que cubría la madera, preguntando. —"¿Qué haces, Joselito?" Todavía ahora, dos años después, José veía la falda de María Luz cayendo sobre las medias negras, al levantarse, hasta cerca del tobillo. Después se había acercado, solícita: —"Pero querido, se lo pediste a tu papá?" Hosco, molesto de que le nombraran a su padre en aquel momento, había respondido: "no". —"Pero si sos un ángel! Lo que te van a agradecer esos pobrecitos! Porque ellos reconocen la gente que los quiere". El la había mirado sin comprender. —"Cuando yo vivía en Maldonado tenía uno...". Apenas si había oído la última frase. Estaba mirando un papel pegado en el espejo de la cómoda. Decía: "Colecta a beneficio de la raza canina". En el ángulo izquierdo aparecía la fotografía de un esmerado perrito lulú, blanco y peludo, que asomaba de un cochecito negro, como un niño de meses. Parecía un artículo de tocador. Sentía que todo había sucedido recién. Se le encendían las mejillas como antes, al desprenderse con brusquedad de la mujer que amagaba abrazarlo y que tal vez ya empezaba a comprender. Había dado un portazo al salir; sin darse cuenta, tomó por el lado del café. Estaba lleno de gente. Dos o tres lo miraron y se rieron. El se había detenido un momento y sin ocurrírsele mejor insulto, había dicho: —"Perros!" Nunca más la había vuelto a ver.

Después de María Luz habían habido naturalmente otras. Pero estaba aburrido. Había terminado por pensar que el amor repetido se agota en sí mismo. Era como decir y decir una palabra hasta el cansancio. Se le pierde el sentido. Se vacía y no permanece más que el sonido,



la obsesión, esa tristeza que nos viene cuando no queda nada, nada ya por hacer o por pensar. Plantarse ante el espejo y hacer y repetir una misma mueca con la cara, hasta desconocerse, hasta convencerse que enfrente hay un fantoche que mira y mira impertinente, sin saber que busca o qué pretende. Y al fin quedarse solo. Porque nadie entiende ni quiere entender nada. Solo, hasta tener lástima de sí mismo, solo, hasta querer gritarle en la cara a la gente: yo sufro, yo me muero, y todo esto solo, o es que no se dan cuenta? No se dan cuenta que no hay nadie que se muera conmigo? Y aunque alguien lo hiciera, no se dan cuenta que igual me moriría solo? Usted, señor, usted, la del sombrero, que se levantan, toman el té de tarde, van de compras y a Misa los domingos, nunca han tenido ganas de abrazarse y llorar, de intentar de algún modo, terminar de una vez con esta caparazón que nos separa, y acompañarnos aunque más no sea un poco? La angustia crecía y crecía durante el día hasta hacer crisis por las noches, en la cama, cuando buscaba adrede la posición de los muertos, boca arriba, las manos en cruz sobre el pecho desnudo. (Porque hay un tiempo en que la muerte atrae y espanta en igual grado). No sabía ya como hacer para descansar en paz. Por eso imitaba la inmovilidad, por eso buscaba el frío permaneciendo horas enteras sobre la frazada, sintiendo el calor áspero de la lana debajo de él, imaginando los dibujos que le rozaban las costillas y que parecían adquirir movimiento hasta que no podía soportar más aquel lento reptar que le horadaba la piel y lo escalofriaba. El aire que entraba por la ventana abierta le entumecía la piel de su cuerpo hasta que la sentía como una costra rígida y ajena que lo envolvía todo y amenazaba crecerle para adentro hasta no dejarle lugar. Por un momento el otro ocupaba su lugar en la cama. Hasta que la muerte perdía de pronto, sin razón, su prestigio. Y el horror y la soledad lo volteaban sobre las almohadas intentando acurrucar el llanto y esconder para él solo la angustia. Y sobrevenía de nuevo la desesperación, las ganas de aferrarse a algo con alma y vida. Sentirse. Palparse. Oírse respirar. El corazón late. Estamos vivos. Hay que hacer algo. Sí, por sobre todas las cosas, hay que hacer algo. Para no esperar quietos nomás. Para salvarse aunque no se crea en la inmortalidad. Hay que hacer algo. Como una campana. Hay que hacer algo, hay que hacer algo, algo, algo. Como una campana. El reloj de la Iglesia estaba dando la hora. Se oía muy bien desde la cama. Era triste, como todas las cosas que se repiten. Aún no se desvanecía la primera campanada, cuando ya la segunda intentaba revivirla, y la otra, y el eco de la otra. Sin razón, tal vez para dormirse convencido de algo, se dió vuelta sobre el lado derecho, y pensó: "Tengo que ver a Isabel".

---

Se le pasó el día sin ir a verla. Sin advertirlo buscó un pretexto tras otro hasta que ya por la hora, se hizo imposible. No podía ir a casa de Isabel después de las diez de la noche. Aunque no lo sabía tenía puesta toda su voluntad en pasarlo mal. Isabel era demasiado alegre, demasiado joven, llevaba como una culpa —para él— una cinta azul en el pelo y guardaba cuadernos de matemáticas arriba del mármol de su mesita de luz. A veces él se complacía en torturarla, quería hacerle cam-

biar la cara, que se adelgazara un poco y se le velaran los ojos al mirarlo. Quería hacerle sentir que podía ser infinitamente desgraciado para toda la vida. En general la asustaba un poco. Ponía cara de animalito que se ve venir una paliza. Pero nada más. Al rato se le pasaba. Y él se quedaba sin saber que hacer. Se avergonzaba un poco, manipulaba un rato más con su metafísica de todos los días, hasta que al fin, vencido, terminaba por guardársela en el bolsillo junto con el yesquero al que parecía haber estado tomando el peso todo el rato. Un día ella le había dicho: "Ya sé lo que te gustaría: que vistiera de negro, jugara a la ruleta y me declarara al borde del suicidio. Pues bien, buscáte una vieja". Y le había dado con la puerta en la cara. Fué la única vez que consiguió sacarle algo que podía ser una respuesta a sus planteamientos trágicos. No había caso, ella no le daba entrada. Era totalmente infantil y sin embargo estaba seguro que se sentía mayor. A veces había creído descubrir una mirada de superioridad, como de estar de vuelta, en ella cuando él le hablaba de todas sus angustias y todos sus problemas. Y sin embargo, estaba seguro que nunca se los había planteado, que solamente se planteaba aquello que era simple, lo que podía resolver. Matemáticas, bah! Sobresaliente en matemáticas. Bah!... Como si eso importara! Por eso, sí, por todo eso no había ido. A pesar de tener ganas de verla. ¿Para qué?

Había dedicado todo el día a hacer sus planes. Conocía una persona que parecía saber algo... Decidió ir esa misma noche. Vivía cerca del río. Eran más de las once cuando abrió la puerta a su último visitante. —"No te esperaba ya. Es medio tarde. Sabés que trabajo temprano, de mañana". —"Si te viene mal, me voy". José se había puesto serio, con cara de ofendido y había detenido la marcha por el corredor largo. —"No ,no es eso". La mujer se achicó en seguida. —"Sólo que me gusta atenderte bien, y estando cansada, no se...". —"No te preocupes. Tengo que hablar contigo. Es cuestión de un rato, nomás". Melchora se acercó al muchacho y le pasó el brazo por los hombros, mientras reanudaban la marcha por el corredorcito; las baldosas estaban levantadas, bamboleantes. Se tropezaba a cada paso con la falta de luz. Allá en el fondo una puerta se abría al baldío, la luna iluminaba las últimas baldosas y prestaba una aureola al marco de la puerta. Parecía que alguien iba a pasar furtivo por allí, por ese rectángulo de claridad; un malhechor o un gato. Por esa puerta entraba también un fuerte olor a tambo. Qué ganas de tomar un jarro lleno y espumoso de leche! Habían llegado. Melchora abrió la puertita del cuarto y la claridad lunar y el olor y la leche recién ordeñada cayeron de golpe tras el portazo, mientras se levantaba, más sucio, más espeso, la cama con el forro azul, de arabescos dorados —cuántas figuras, se veían, se adivinaban, en esos arabescos— y después el armario con un espejo grande hasta el suelo partido en dos como si se le hubiera quedado para siempre un látigo incrustado, como castigo por alguna imagen, por algún pecado capital del espejo. Arriba de una de las mesas de luz había una lamparita, con su forma de viejo calvo, sin sombrero. Sobre la cama, en el medio de la pared, José había reconocido ya la primera vez que visitó a Melchora, la imagen del Corazón de Jesús. Había uno también en el cuarto de sus



padres. Advirtió que la mujer le estaba hablando. Se había tendido en la cama y había tirado los zapatos al suelo. Ahora movía los dedos de los pies, con satisfacción. —"Caminé mucho hoy. Sabés que casi no te oigo? Apenas si se oye el llamador desde aquí. Y como ya me iba a acostar. Pero apenas oí los golpes me dí cuenta de que eras tu". —"O de qué era para ti? Es un poco distinto, no?" —"Qué cosas tenés!" "Por qué no te ponés cómodo? Hace calor, eh!". La mujer se levantaba el pelo buscando el tacto fresco de las almohadas. José permanecía todavía parado junto a la puerta. Se sentía como cuando era chico y estaba a punto de confesarse los domingos. Se recordaba todavía junto al confesionario, esperando que terminaran los que le precedían, pensando en como empezaría, que diría después, y después, y aún más tarde. Y cuando le llegaba el momento, el padre Andrés decía "Ave María Purísima" y el contestaba "Sin pecado concebida", y cuando el silencio y la espera se agravaban pedía: "Padre, me pregunta usted?" Tenía ganas de acercarse a la cama y arrodillarse a un lado de Melchora y pedirle que le preguntara. Sentía ganas de hablar, sabía que iba a hacerlo, pero no sabía como empezar. —"¿Qué te pasa, José? Estás pálido. Querés un café. Tengo caña también". —"No, estoy bien. Pero quería hablar contigo. Lo decidí recién. Tengo que terminar con esto. Melchora, ¿dónde puedo hablar con Pancho Melgarejo?" — "Pero querido, algo de eso me preguntaste ya, y te dije que hace años no lo veo. No sé por dónde andará... Como sabrás nos peleamos y..." —"Sí. Ya conozco esa historia... Pero como pasan los días el único camino que veo sos vos, insisto. Pienso que si todavía tuvieras relación con él, dirías precisamente eso, que no sabés nada. Escuchame Melchora, necesito hablar con ellos...".

—"Ellos? Con todos ellos? ¿Para qué? —"Es largo de explicar... y difícil tal vez. Mirá, en resumen, les tengo simpatía, aunque no me lo creas. Ni yo mismo sé por qué. No los conozco y los quiero. ¿Te extraña? Bueno, pero vos me conocés, sabés que yo no miento, Melchora. Yo... yo quiero salvarlos". La cara de la mujer cambió de pronto. —"Salvarlos? ¿De qué? Es que están en peligro? Alguna emboscada? Tu padre tal vez..." —"No, no. Mi padre no tiene nada que ver. Y no están en peligro tampoco, no en ese sentido, por lo menos". —"Y entonces, qué querés decir? Explicáte". —"No sé si podré, pero... nunca pensaste en la vida? Si, en tu vida y en la vida de todos los demás?" —"De eso me habló el señor cura; te voy a decir, que me tuvo cavilando unos días. Es decir, no se si te referís... Pero por qué no hablás más claro? Y qué tienen que ver los Melgarejo? Hablaste de salvarlos, que quisiste decir?" Se notaba ansiedad en la voz de Melchora.

José se había dejado caer en la cama. Tenía las manos cruzadas debajo de la nuca y miraba obstinadamente el techo. Sin volverse a la mujer, dijo: —"De repente me parece inútil hablar. Vos no entendés y seguramente ellos tampoco. Pero qué angustia horrible no poder hacer nada! (José hablaba pausadamente, sin hacer caso ya de la mujer). Es extraño, uno siente que hay un destino más alto para el hombre, lo siente mirando vivir a los de casa, a los amigos, a todos los que tenemos más o menos cerca. Todos se encargan de vivir día a día como si en

eso, en el simple hecho de vegetar, cumplieran con creces su misión. Ah, sí, porque son todos honrados padres de familia. Gente que se afana y se desgasta realizando las mismas miserables tareas. Gente que vive como digiere, sin darse cuenta. Y no hay nada que se pueda hacer...". —"Jesús, hablás en un tono... Me das miedo, José". —"Jesús, sí, Jesús estaba salvado, y quiso salvar a los demás. Pero solo pensó en el pecado. Sólo le interesaba salvarlos del pecado y no de la idiotez. Y ahora los que no se pierden por malos, se pierden por idiotas. Pero con los idiotas no podemos hacer nada, como nadie los condenó, sienten que siendo como son cumplen con su deber. Los malos pierden el alma y los idiotas la vida. Pero los malos aún son capaces de temblar y perder pie y los otros, en cambio, son invulnerables. Y aún más, se creen con autoridad para juzgar y condenar. No hay pecado que se escape a su censura. Entre oficina y oficina, entre expediente y expediente, entre jornal y jornal, no hay más que un ceño fruncido y una vara de medir. Lo bueno y lo malo están en juego en todas las sobremesas. Pero hay alguien que piense en la cara de imbécil consuetudinario que tiene su vecino? Hay alguien que mire con horror el hecho de calcar un día de otro y festejar el domingo con una imbecilidad diferente que se arrastrará todos los domigos de la vida? Porque es más fácil enseñar a ser bueno. Pero cómo enseñar a respirar, a asombrarse, a vivir a grandes bocanadas, sin desmayar, sin caer en inercia o en costumbre alguna, cómo aprender a festejar día a día la gloria de estar vivo? Claro que a veces estamos tristes de estar vivos, pero eso mismo es maravilloso porque viene a confirmar nuestro contento. Sin saberlo no nos entristece la vida, sino por el contrario, la muerte o el miedo a la muerte o a estar enfermos o solos o desvalidos. Y todo es lo mismo, muerte, pura muerte. Nos sentimos languidecer, extenuar hasta sentir que apenas existimos y es ahí que nos nace una melancolía, un hastío nostálgico que no sabemos a qué atribuir. Y creemos equivocadamente que estamos hartos de vivir cuando lo que tenemos es que estamos cansados de tener que morir. Pero cómo comunicar a los idiotas que es necesario también entristecerse? Que es bueno, sí, que es sano, que es humano, llorar por pura metafísica? No hay modo. Podemos gritar, gritarles las cosas a la cara que igual no oyen. Yo he querido hablar con mi padre. Pero no puedo. Es otro idioma. Su tarea, su imbecilidad cotidiana, diremos, es hacer justicia. Qué lástima, Dios mío, qué dolor... Qué hacer?!"

—"Pero ¿y ellos? La mujer pálida, se había vuelto hacia el muchacho y esperaba ahora, la contestación. —"¿Ellos?" Me crié oyendo cómo los perseguían. A veces soñaba que los acorralaban y me despertaba con angustia. En mis mejores inventos, lograba hacer por ellos algo grande y hermoso y me recompensaban admitiéndome en la banda". —"Ah, ¿querés eso?" —"No, no ahora. Yo era chico entonces. Pero quiero hacer algo. Me pongo de frente a mi padre. Saco la cara por los Melgarejo!" El muchacho había ido subiendo el tono. Ahora casi gritaba, sentado en la cama, levantando un puño cerrado, amenazante. —"No quiero oír más sermones. Pasó el tiempo de escuchar. Pasó el tiempo de hablar. Es fácil contentarse con la palabra, pero de nada sir-



ve. Allá voy, quiero salir al cruce a los Melgarejo y salvarlos. Porque todavía merecen ser salvados, porque todavía viven y hay sangre que les corre en las venas. Quiero mostrarles que aún están a tiempo de sacudirse el mal de encima, sin perder por eso la vida libre y maravillosa que han llevado hasta ahora. A salto de mata, sí, sin puertas, sin horarios, libres, sí, libres. Ah! Si los malos se hicieran buenos, cuánto mejores que los buenos de ahora, de siempre serían. Porque serían buenos con libertad, buenos con imaginación, buenos con sangre y un poco de locura. Por eso quiero hacer todo para conseguirlo". La mujer lo miraba inmóvil. Había algo en su cara que preparaba el llanto. —"Dios mío... —dijo y hundió la cara entre las manos. El muchacho era absolutamente invulnerable. Nada le importaba la mujer. Nadie la perseguía. Más aún, era amiga de todos los imbéciles. Sin darle importancia, cortó la pausa que había sobrevenido: —"Y cuando podré ver tus amigos?" La respuesta se hizo oír lastimera, entrecortada: "Mis amigos? Si no son mis amigos... Son mis hermanos".

—"Bueno, tus hermanos, lo mismo da, ¿cuándo?"

—Ay, no te entiendo, pero me das miedo—, susurró apenas.

---

El día había amanecido áspero, totalmente ajeno a aquel tiempo de verano. Había salido de la casa sin que lo vieran. La carta escrita la noche antes, ya estaba sobre la mesa escritorio del juez. Allí explicaba, intentaba explicar, lo que iba a hacer. A estas horas ya el juez debía haberla leído. ¿Qué efecto le habría causado? Cada vez que pensaba en ello José se sentía avergonzado. Pero no había tenido más remedio que escribir. Era una manera de obligarse a cumplir lo que se propuso, de no echarse a correr de vuelta. Pero eran solo momentos de flaqueza. En general tenía fe. Melchora caminaba a su lado, arrastrando las zapatillas sobre el pasto. —"Por acá cortamos camino", había dicho. Tenían varias horas para andar. Ella no había querido llevar caballos, ni conseguir un auto, ni nada. —"Una de las condiciones es de que vayamos caminando, es más disimulado para salir del pueblo y además no se corre el peligro de que nadie reconozca el auto o el caballo y pueda reconstruir el camino. —"Cuántos cuidados", había murmurado José malhumorado por la caminata que amenazaba no tener fin. —"Y bueno, sos la primera persona que va a visitarlos. Yo a este escondite nunca había ido". —"Cambian a menudo". —"Sí, no les conviene quedarse mucho tiempo en un sitio. Ahora, por ejemplo, con esta visita tuya, los obligás a irse. Sea lo que sea lo que venís a decirle, se irán. Por algo no los han pescado nunca".

El frío había ido retrocediendo poco a poco. El cielo se estaba haciendo tormentoso y parecía pesar en el aire y tironear de los brazos y de las piernas para abajo. —"Se está poniendo bravo el día. Parecía que iba a hacer frío...". —"Por qué no te sacás el saco, hombre?" —"Me cuesta más llevarlo al brazo. ¿No estás cansada tú? —"Un poco. Pero vamos, no hay que ser flojos... Un tirón más y llegamos". —"La vuelta la vamos a hacer caminando, también? Tal vez por la mitad del camino podamos tomar un auto. Traje dinero encima". —"Tan seguro estás de volver? Y sobre todo, tan seguro estás de que te dejen el di-

nero? —"Tengo confianza". Las zapatillas de Melchora eran coloradas, y el vestido también, pero las zapatillas se notaban más porque se aplastaban contra el pasto verde y brillante. Por otra parte, José iba mirando para abajo, así que poco veía de aquel vestido que lo seguía; apenas un poco más que el ruedo amplio y flotante que acompañaba el movimiento de las zapaillas. A veces José levantaba la vista y veía, después del perfil moreno y enérgico de la mujer, más lejos en el espacio o en el tiempo, las grandes manchas coloreadas del campo, aquí más amarillo como si una gota de sol se hubiera derretido espesa y lenta sobre la tierra; un poco más allá un verde helado y triste de ciprés; más cerca, a la derecha, una superficie rojiza como si un pueblo de ladrillos se hubiera hecho pedazos para quedarse luego convertido en polvo. Otra vez le pareció que esos lugares más que cosas distantes eran cosas que habían pasado ya. Ahora venían las piedras. Grupos de veinte, treinta, cuarenta piedras blancas en el medio del campo. Parecían tumbas. —"¿En qué pensás? Te está entrando el chucho?" —"No, estaba pensando que esas piedras parecen tumbas". —"A mí más bien me parecen nubes. Hasta se pueden descubrir figuras como en el cielo. No ves un burro allá? —"Si se ve un burro a lo mejor es un espejo. Estamos pasando enfrente". —"Se verían dos...". —"Este espejo no sería tan cruel con una dama... Además me siguen pareciendo tumbas". —"No me gusta pensar en eso. Es triste, de mal agüero". —"Si pensás nada más que en lo alegre entonces no pensás en nada". —"No seas tétrico, hombre. Te va a dar mala suerte". José había ido advirtiendo a lo largo de la conversación que la mujer procuraba darle ánimo. Se veía bien claro que no tenía ninguna fe en la entrevista con sus hermanos. Gracias a Dios a él se le había ido totalmente el miedo. De cualquier manera los dados estaban echados. El pensar eso siempre tranquiliza. Hacía mucho ya que caminaba. Apenas si habían descansado dos o tres veces. Y las zapatillas seguían hundiéndose una tras otra sobre el pasto. Tal vez hubieran quedado marcadas, señalando el camino recorrido, tal vez y para siempre, cientos y cientos de manchitas rojas quedaran allí, en el campo, agazapadas, esperando a su dueña que volviera por ella. Pero nadie vuelve por el mismo camino. Y las manchitas quedarían quietas, hasta que pasara mucho tiempo y perdieran el color. Entonces todo el mundo las confundiría con el pasto. De pronto advirtió que estaba pensando cosas sin sentido. Se estaba obsesionando con las zapatillas de tanto mirarlas, de tanto verlas y verlas repetirse. Levantó la cabeza. Melchora se había detenido. —"Ahora tenemos que cruzar el camino", dijo. Ya del otro lado, pasaron junto a otra piedra blanca. —"Acá hay otra". —"Sí, era mi guía para llegar. Ya estamos. Un poco más allá, junto a aquel monte. Si no me equivoco... Melchora se adelantó un poco hasta llegar a una loma. José llegó después. —"Corrés cuando querés, ah!" —"no es que corra tanto. Lo que pasa es que vos sos un flojo. Allá es". Melchora señalaba un rancho que había al lado de una arboleda, en el bajo. —"Vamos ya". Cuando llegaron la puerta estaba abierta. No se oía nada. De pronto, atrás de ellos, como viniendo del montecito, un silbido cruzó el aire y pareció encontrar respuesta en el otro lado, detrás de unos árboles cortados y unos grandes barriles. —"¿Qué es eso?, preguntó José,



"oiste". —"Son ellos. No pensaba encontrarlos acá adentro, verdad? Si alguien te seguía los pescaban como a ratas. Deben estar en el monte. Pasá nomás". Tuvo que agacharse un poco para entrar. La puerta era muy baja. Apenas si había luz adentro. Las ventanas eran microscópicas. En el medio del rancho se veía una mesa formada con unos cajones de kerosene. Habían tres o cuatro bancos además y en los rincones unos colchones arrollados. Melchora se sentó en el suelo, sobre unas maderas. —"Ya estamos, ¿querés armar?" La mujer había sacado un paquete de tabaco y unas hojillas. —"No, gracias, tengo armados". José metió la mano en un bolsillo y sacó un paquete de rubios. Estaba bajando uno ya, cuando Melchora les advirtió. —"Hacé lo que quieras, pero les vas a impresionar mal. Mejor te armo uno si no sabés". José dudó un momento, pero antes de decidirse, se recortó una sombra en la puerta. Ya no tenía tiempo, pero con todo quiso guardarlos. —"Estese a gusto, mocito. A su edad yo ya fumaba lo que quería. No se va a dejar mandar por las poyeras, ¿verdad?" José no contestó. No podía contestar. Tenía un nudo en la garganta y la cara colorada. Sentía el calor en las mejillas y los ojos inyectados en sangre. Manoteó con el paquete y sin saber ya qué hacer porque de las dos maneras quedaba mal parado, fué a guardarlos y se le cayeron al suelo. Uno a uno salieron de la caja, blancos, sobre el piso de barro. Por un momento titubeó. Después se agachó y los fué recogiendo, primero uno, después otro.

---

Era lo último que recordaba con claridad. Después todo se le confundía. Saltaba de una imagen a otra sin descanso, sin orden, sin tiempo. Sabía que apenas si había logrado balbucear algo. El esperaba empezar de otra manera. imponiéndose de entrada. Todavía no lo abandonaba la sensación de ridículo, el papel de payaso triste que había hecho. Ahora estaba en su casa, en su habitación. No quería abrir a nadie. De tanto en tanto, su padre se acercaba a la puerta y llamaba despacio: "'José". Permanecía un rato allí, esperando, y se alejaba nuevamente.

Había llegado al pueblo cuando ya atardecía. Nadie había reparaba en él. Melchora había quedado allá, con sus hermanos. Seguramente quería justificarse ante ellos, explicarles de alguna manera. —"Gurises a mi" había sido la última frase de Francisco Melgarejo. Después lo habían dejado ir. Aún no se explicaba cómo había regresado. Horas y horas caminando. Seguramente se había perdido. Y además estaba el cansancio que le trababa las piernas y la humillación y la rabia que lo demoraban en el camino.

Había entrado directamente a su cuarto, esquivando a todo el mundo. Ahora sentía nuevamente cómo se acercaban los pasos de su padre. Pero él no quería abrir. Quería estar solo, se sentía viejo, más viejo que su padre que llamaba como un niño detrás de la puerta. De pronto tuvo lástima. Una ternura que le lagrimeaba en los ojos. Con tristeza, como si estuviera perdiendo algo para siempre y con cada paso lo perdiera más definitivamente, se bajó de la cama y fué a abrir la puerta.

# CUENTO DE NEGROS

*por*

*Julio C. da Rosa*

A Felipe le gustaban aquellas reuniones en lo de Don Chico. Reuniones de ellos dos, los domingos. Le gustaba la prosa con el hombre; la yerba de Montevideo y la cañita blanca que siempre tenía. Le gustaba que el dueño de casa tomara en el mismo mate y en el mismo vaso que él. Don Chico no era hombre de andar con bobadas para tratar a un negro, por más negro que fuese. Pero lo que más le gustaba a Felipe, era ser él el invitado entre tanta gente "cortada por la misma tijera". El, que desde que volvió del pueblo, se daba cuenta de que para no estar en el mundo, lo único que le iba faltando era morirse.

Se había ido para Treinta y Tres, porque le habían dicho que tenía que irse.

—Su mujer jodida y usté que y'anda reboliando los cuarto... El pueblo siempr'es el pueblo.

Vió claro lo que aquello quería decir sin decir.

—Qu'iandamo los dos entreveraus con difuntos.

Y era eso mismo. Negrerío muy débil, aquel de "Los Ceibos". La mayor parte moría joven. Los baúles y las paredes estaban siempre llenos de retratos; retratos de gurises, hombres y mujeres. Todo muerto. Infinidad de morenitos todavía con diente de leche, se veían.

Pidió que no le dijeran nada más .Buscó pieza medio cerca del hospital y se pasó dos años largos, esperando. Al día siguiente del entierro de la mujer, ya andaba tratando de "colocar" los cachivaches. No esperaba una sola noche. Le había dado miedo la pieza desolada. Y las manchas de humedad en las paredes, que parecían potreros de grandes. Y aquel chiflidito camposantero del viento, que de había "hecho casa" en los oídos.

Llego a "Los Ceibos" que "ni pa enfermo". No lo conocían.

—Pero si tas yaga que sos un miedo!

Sacó en limpio que ya ni se acordaban de su figura. Y eso lo dejó "contra el suelo". Se acurrucó como quien se echa a morir. Entregado hasta lo último. Meses así. Bien cuidado, fué repuntando. Cuando se convenció del todo de que no moría, ganó la cocina y se hizo piedra contra un rincón. Con otro par de meses, se "puso hech'un potriyo".

—Jué cuando recién me vin'alvertir que toavía había negro pa rato.

A alguna changuita muy liviana, se le empezó a animar. Pero lo más del tiempo se pasaba "carajiando" entre los tizones. Rabioso de inservible.

Un día le cayó Don Chico. Había oído que estaba así y asao, que no salía, que cincuenta mil cosas. Le traía una invitación.



—Tas al pedo. Te venís el domingo, matiamo y chupamo caña.

Para disimular el halago, buscó inconveniente.

—Medio lejito...

—Te mando cabayo.

—Ajá...

—¿Tamo?

—Tamo tamo.

Domingo con domingo, aquellas reuniones se volvieron una seguidilla. Tomaban mate y caña "hasta quedar petisos". Conversaban de cuanta cosa hay. De postre, leían cuentos. Era la debilidad de Don Chico. Cuentos que iba marcando en libros y revistas que traía del pueblo. Decía que "pa desburrar aquella manga de negros redondos". Pero parece que era un gusto no más. Hallaba lindo leer cuentos, como otros hayan lindo contarlos. A quienes no les hacía mucha gracia aquello, era a los propios negros.

—Unos cuentos más largo que viaj'e turco.

—Y enredaus a más no poder. No entendés un pito; y si entendés, aqueyo no jiede ni tiene olor.

Ocasiones pasaba tiempo sin "candidato". Una de ellas, cuando supo de Felipe. Tenía cantidad de cuentos preparados. Y andaba loco de ganas de hacerlos oír.

---

—¿Y? ¿Hoy lemos o no lemos?

—Güe; y si usté quiere, lemo.

Don Chico elegía y empezaba. Felipe se echaba para atrás a escuchar. Al principio, iba haciendo alguno que otro comentario. Después, se iba corriendo despacito en la silla, buscando el respaldo con la nuca. Calzaba y enseguida estaba roncando. Don Chico le daba un sacudón y seguía. A los pocos minutos, otra vez. Después lo dejaba. Al llegar al final, despertaba al negro con las risotadas. Felipe largaba la suya y terminaba el cuento. Así pasaban tres o cuatro hasta el domingo siguiente. Un día, entre charla y charla Don Chico recordaba algún pasaje.

—Te acordás qu'en aquel cuento...

—E verdá, e verdá —lo atajaba Felipe.

—Pero sos negro defrachatau! Si no sabés de qué cuento te toy hablando!

—Pucha y tiene razón mismo.

Se reían los dos.

---

Las reuniones habían empezado a fallar. No por el dueño de casa que siempre estaba al firme y ocasiones esperaba hasta media mañana. Por Felipe, que se estaba poniendo medio "recalcau".

—Ta hoy le vi'echar un faltazo al capitán.

Por las dudas se quedaba en la cama haciendo mañas. Don Chico no decía nada. Por unos cuantos domingos, suspendió la lectura. Ni se habló más de cuentos. Después que lo tuvo bien intrigado, una mañana, mal llegó Felipe, le salió:

—Te tengo una sorpresa.

—¿Solpresa?
—Flor de sorpresa.
—¿Cuala?
—Qué jorobar! No te la voy a largar ahora, así...
—¿Por?
—Y... pa ser sorpresa tiene que sorprender.
—Ta bien... ¿Y pa cuándo?
—Pa su tiempo.
—¿Solpresa! Vamo a ver.

Temprano habían agotado el programa de costumbre. Ya conversaban por no estar callados. Ni sabían de qué conversaban. "Allá cuando dios quiso", el dueño de casa se levantó diciendo:

—Bueno, Felipe viejo, yegó la hora e'la sorpresa.

Se fué para adentro y volvió con una revista. Felipe lo vió venir y se arrugó todo. Se estaba acomodando en la silla, cuando oyó:

—Te voy a leer un cuento...

El que oía ni se movió de "helado".

—...de negro —agregó Don Chico buscando el efecto.

Felipe le volcó los ojos, desconfiado.

—¿Cuento e'qué?
—De negro.
—Jm!
—Sí; de negro.
—Vamo!
—¿Cómo, "vamo"!
—Pué seguro. Cuento e'negro! ¡No embrome, hombre!!
—Cuento e'negro, t'estoy diciendo.
—Nunca he visto.
—Oh! Mirá.

Felipe se estiró y alcanzó a ver la ilustración. Un negro hecho y derecho. Se quedó de boca abierta.

—Y es negro mismo!
—Claro qu'es negro. ¿No ves las mota?

No pudo aguantar más. Le sobraron fuerzas para aquel salto y para aquel grito que le venía del fondo de las entrañas.

—Oh! negro viejo y peludo no más, carajo! Es'es de los mío. E...s'es... de los m...í...o!

Y se retorcía en carcajadas frente a la figura nunca vista. La acercaba y alejaba de los ojos, para convencerse de que la vista no le estaba mintiendo.

—Yo conozco este negro. Li'aseguro que lo he visto n'algún lau. Es él mismito.

Y seguía "corcoviando en la vuelta".

Don Chico no salía del asombro ante la reacción inesperada. Miraba y no creía. Sobre todo, no creía que el sorprendido estuviera resultando ser él. Estaba en eso, cuando lo interrumpió Felipe medio lagrimeando:

—Leamé, capitán. Leamé, qu'ese negro ha di'haber sido un grand'en l'historia.



Entonces agarró el papel y tartamudeando comenzó:

El del cuento era un tal Sosa Grande. Negro con historia larga y con más oficios que años. De vérselo tan pronto con el agua "hasta las verijas" en las arroceras, como "haciéndose lunanco" adentro de un fardo de lana. Jinete, jugador y "mala bebida".

—Ah! ternero —interrumpió Felipe que era "todo orejas"—.

Sólo contrabandeando y tropeando yeguas para el Brasil, aquel Sosa se había recorrido media República. "Ande quiera que yegaba, hacía pat'ancha".

—Ese moreno! —agregó Felipe—.

Estaba domando Sosa, en una estancia de Costas del Cebollatí, cuando llegó la noticia de unas pencas muy grandes allá por el Parao.

—Tomá! —acotó el que oía—.

Corrían los mejores caballos del departamento. Pero había que ganarles al gateado de los Termezana y a la zaina "vendada" marca de Araújo, que cuidaban los Méndez.

—Me gusta el cabayo gateau —se adelantó Felipe—.

Sosa Grande no podía faltar. Juntó cuanto peso tenía y no tenía "p'apilarse" en todos los ternos y sacó permiso para él y el resto de los peones.

Los pareceres estaban divididos. A los otros les gustaba el gateado: caballo con veinte carreras ganadas de veinte corridas. Un animal "qu'era un lujo e'lindo".

—¿No le dije? —volvió a interrumpir Felipe—. Ese los pela con luz. Lejo, los pela.

Y se paseaba de aquí para allá.

A Sosa le gustaba la yegua. Decía que de las veinte corridas por el gateado, ninguna había corrido con la zaina. Que él la había visto en el trillo y era un rayo: que había marcado tanto y cuanto. Felipe se había quedado quieto. Se fué echando el sombrero a la nuca. De repente, se descancaró:

—Voy a la zaina no más, toda la vida! Doble contra senciyo! Pago, pago!

Don Chico lo miró por arriba del papel y suspendió.

—Ta pero sos negro mismo...

Llenó un vaso y mojó los labios. Felipe le vió el fondo.

A las doce de la noche antes, Sosa y los otros ya estaban en el camino. Para llegar sobre las caídas del mediodía. Y a las caídas del mediodía, andaban entreverados con aquella multitud cerrada. Gente de los dos departamentos y hasta del Brasil había venido. En estos casos no precisa ser borracho para levantar caña. Y Sosa era. Del viaje no más, venía con la lengua bastante pegada.

—Negro, pa no ser borracho —dijo Felipe más sereno.

Por allí andaba un par de brasileros buscando contrarios uruguayos para un truco. Sosa enseguida formó yunta.

—Venga compañero, vamo a pelá estos macacos.

—Oigalé: ese negro s'está saliendo e'la vaina —saltó Felipe—.

No se habían sentado los otros, cuando ya estaba el negro "tirando reyes".

—Qué lo peló! —se hizo oír una vez más el otro negro, refregándose las manos.

Empezó el truco y siguió la caña. El negro del cuento se estaba poniendo "'más pesau que mondongo e'burro". Y ahí no más empezó a cantar flores falsas; cada "yaguanesa más grande que una casa". El que escuchaba se colocó el revés de la mano en la frente y volvió a gritar:

—No vé qu'ese negro les revuelca el gorro a eso portuguese! ¿No vé!

No había terminado, cuando el brasilero que tenía a la derecha largó al "cantor" "ráiz p'arriba de un tatequieto".

—Você é un porco sinvergoña!

—Aparten, carajo! —gritó Felipe desesperado, en un salto que casi derriba al lector.

Pero no había nada que apartar. Sosa Grande se había quedado "mamando el suelo com'un angelito". El otro negro cayó fulminado en su silla, con el sombrero hasta los ojos.

—Este motas de oyín...! Te metés a gayo, pa no aguantar, negro viejo y jodido! Uta desgraciau...!

Sosa Grande fué llevado medio de arrastro hasta una estiba de cueros donde quedó "durmiendo la mona". Quedó hasta la madrugada del otro día. Cuando se levantó, estaban los otros peones con los caballos ensillados para volver. Entre mate y mate, comentaban los resultados de las peneas. Y lo lindas que habían estado.

—Terminó—, dijo apenas Don Chico, doblando el papel y sin levantar los ojos.

Felipe escondió la cabeza entre los hombros. Se fué levantando despacito, hundió las manos en los bolsillos y salió midiendo pasos.

—Totrodía.

Por un rato no se le oyó más que el chicoteo de las alpargatas en los talones. Ya se había perdido nochecita adentro, cuando se desató a "putiar" a toda garganta. Don Chico lo estuvo escuchando hasta que lo apagó la noche. De todo aquello, lo que sacaba en limpio era que había perdido otro "candidato".

Al mucho tiempo, iba pasando una tarde por los ranchos, al final de una recorrida, cuando lo alcanzaron los gritos de Felipe. Se bajó, armaron cigarros y se pusieron a conversar. De todo hablaron; menos de cuentos. Ya se habían despedido, cuando se le arrimó el negro mirando para abajo:

—Digamé, capitán; es una curiosidá que tengo por saber: ¿cuál vino a ganar la peneas aquélla? ¿La zaina o el gatiau?



# LA FAMILIA

*por*
*Alfredo Dante Gravina*

Secundino Ruíz había trabajado desde joven una chacra allá por Lomas de Zamora. Habiéndosele muerto su compañera, y ya a las puertas de la vejez, el chacarero casó de nuevo, con una mujer cuarentona, viuda ella también, que no trajo sus hijos al rancho porque desde chicos los "acomodaba" en casas de familias pudientes para que no pasasen necesidades. Arlinda, que así se llamaba, era fertilísima y no podía darles de comer a todos. Al principio le había costado mucho contrariar sus instintos maternales, pero luego se fué acostumbrando hasta parecerle una cosa bastante natural.

Los hijos mayores de Secundino, hombres hechos y de oficio, ya no estaban en la chacra. Quedaban allí una niña de cuatro años, Hortensia, y dos muchachuelos que ayudaban a su padre a roturar la tierra.

Los muchachos no se avinieron con la madrastra. Los inquietaba esa mujer demasiado joven y buena moza para el padre, que andaba por el umbral de los sesenta y a quien querían y respetaban. Uno de ellos salió de "bostero" en una comparsa de esquiladores y al terminar la zafra, no regresó; el otro siguió su ejemplo marchándose de peoncito con unos ladrilleros que estuvieron trabajando por las inmediaciones.

Transcurrieron algunos años. Secundino no permitió, aunque soportaron de corrido un año de sequía y otro de langosta, que su mujer "colocase" a la pequeña Hortensia ni al vástago que nació de la nueva unión, Miguel.

—Gracias a Dios siempre pude criar a mis hijos —decía con orgullo—. Que se vayan cuando ya pueden valerse, es otra cosa, pero así, cachorritos, en manos de extraños, es una herejía. No ha de ser.

Los gurises siguieron criándose en la chacra, y resultó que Arlinda no fué ni mala madre ni mala madrasta porque como ella decía, se desprendía de las criaturas por necesidad y no por maldad:

—No iba a dejar que los angelitos se me muriesen de hambre. Yo sé que es pecado, pero como los pobres tenemos que pecar a la fuerza, es una condena, entre el pecado grande y el chico, hay que quedarse con el chico. ¿No hallás, Secundino?

Secundino se mostraba arisco en este punto de los pecados de mayor o menor tamaño.

—La tierra da —contestaba evasivo—, ha dado siempre, y pa muchas bocas... Eso sí, hay que trabajarla y cuidarla mucho, con cariño, hay que abrazarse a ella pa que rinda...

La mujer, supliendo la ausencia de los muchachos, supo abrazarse

también con la tierra, y la tierra continuó dando maíz, zapallos, papas, boniatos, cebollas, y con el fruto de la tierra se alimentaban, se vestían y pagaban el arrendamiento.

En ocasiones, durante los anocheceres estivales, mientras la brisa susurraba entre el maizal de hojas filosas, mientras iniciaban los grillos su hogareña canción y los gurises perseguían por la ladera de la chacra las fugaces lucecillas verdes de las luciérnagas, conversaban, sintiéndose en paz y hasta felices. La charla, por momentos, se hundía en el silencio. Un silencio apacible, por el que transitaban los pensamientos con la misma suavidad con que el mate iba de una mano a la otra.

Durante mucho rato, caída ya la noche, perduraba en el horizonte el resplandor cárdeno del crepúsculo. Y en los campos desiertos, en las llanuras inmensas que envolvían el grupito de chacras como el mar a un islote perdido, surgían algunos puntos luminosos. Uno... dos... tres... Nada más, en toda la anchura y la profundidad nocturnas.

Eran las estancias.

---

La mala nueva llegó de golpe, destrozó de golpe la paz en el hogar de Secundino Ruíz.

El hombre no se preparó jamás para una desgracia antes de que aparezca o de señales tan evidentes que desgracia y señales sean casi una misma cosa. Si se abate sobre él, la resiste, la sufre, la asimila, se resigna, arranca no se sabe de dónde fuerzas para luchar contra ella. Se templa. Pero no se prepara. Está hecho para la felicidad. Cuando parece que está preparado es porque una nueva desgracia ha caído sobre la que ya sobrelleva.

Así, de muy poco le sirvieron a Secundino las noticias que de boca en boca llegaban hasta el rancho sobre los desalojos de labradores en otros puntos del país. Una ligera alarma, si acaso, pero, ¿por qué había de tocarle a él también? ¿Por qué atormentarse inútilmente?

Súbitamente fué notificado, y con él los otros chacareros del contorno, que el dueño de las tierras las había vendido y que el nuevo propietario les daba el desalojo.

Secundino quedó aturdido. Había sufrido las sequías que agrietan la tierra, los soles que calcinan el mundo verde de las plantas convirtiéndolo en un montón de hojas mustias, amarillas, vueltas hacia sí mismas, enrolladas en un gesto postrer de agonía, terrible rictus de sus cuerpos secos, sedientos, camino de la muerte. Años malos, años de hambre, de penurias sin cuento.

Pero la tierra seguía siendo la tierra. Un poco de abono y la tierra, llegado el siguiente período de siembra, reverdecía y daba sus frutos. La tierra no tenía la culpa, era el agua que faltaba. Sólo el agua, sólo la lluvia del cielo, capricho de la naturaleza, capricho de Dios, no se sabía qué, tal vez castigo de fuerzas ocultas, por quién sabe qué pecados, designios misteriosos que el hombre no podía penetrar.

Por eso él no entablaba diálogo alguno con la tierra; la tierra era sencilla, sin misterios, sólo exigente como una gran amante poderosa y fecunda. El diálogo, secreto, donde ora se deslizaba la súplica, ora la



imprecación y la blasfemia, era con el cielo, con las nubes, con las potencias dueñas de la lluvia.

---

Con los hombres no sirvió ningún diálogo, ninguna protesta, ningún petitorio, ni oral ni escrito. Fueron desalojados.

Antes de entregar la tierra Secundino recorrió leguas y leguas, holló caminos, preguntó, averiguó y en parte alguna encontró tierra para arrendar. Enloquecido, se dirigió a los otros chacareros. ¿Qué hacer? En un arrebato, propuso no entregar la tierra, resistirse a mano armada.

Le hicieron ver que eran muy pocos, que no estaban preparados y que serían aplastados, encarcelados y sus hijos se morirían de hambre.

Y era cierto, porque si el hombre no puede prepararse para la desgracia, puede en cambio prepararse para la lucha y ellos no lo habían hecho.

—Igual se van a morir —replicó Secundino—.

Pero se le había disipado la furia y de pronto se sentía cansado y viejo.

Cansado, sí, y triste, y viejo, aunque no tanto como para entregar la guardia. Había que vivir, dar de comer a los suyos. A dos leguas de allí y a poco de media legua de un ranchería, sobre un ensanche del callejón levantó su nueva vivienda .La que habían dejado era de terrón, pero estaba recubierto de mezcla, blanqueada, tenía tres piezas, una sólida armazón, un buen quinchaje, ventanas con vidrios; y además galpón, horno, chiquero, gallinero, frutales. La de ahora era un rancho pelado sobre la tierra pelada.

Todo lo que salvara del desastre estaba reducido a un carro de dos ruedas y un par de caballos viejos con sus arreos. Se puso de carrero, ¿qué otra cosa iba a hacer? Miguel oficiaba de ayudante y el viejo no tenía motivos para quejarse de su desempeño. Por su parte, Arlinda tomó algunos lavados y con la ayuda da Hortensia arrimaba algunos pesos más al rancho.

Y por un tiempo, debatiéndose en medio de grandes dificultades, mal comidos y rotosos, siguieron tirando. Hasta que sobrevino un nuevo contraste. Alguien, en el poblado, compró un camioncito de carga y ocurrió que en la zona no había espacio para un camión y un carro y el camión desalojó al carro.

El primer impulso de Secundino fué de odio a la máquina y al dueño. Cada vez que el camión vencedor cruzaba frente a su mísera choza rugiendo y levantando remolinos de polvo, el viejo le lanzaba un grueso insulto. Más tarde, serenado, comentó:

—Es al ñudo, en este mundo, donde uno entra a ganarse la vida, otro tiene que morirse de hambre. Los más pobres no tenemos lugar. Pero yo pregunto: si no tenemos lugar en esta tierra donde nacimos y nos criamos, y nos deslomamos cinchando, ¿dónde vamos a tener lugar? Que me contesten.

La pregunta quedaba flotando en las conciencias. Se ensombrecía la vida de los cuatro habitantes del rancho, apretaba la hambruna, pero

aún seguían pensando como miembros de una misma familia, cada uno en la salvación de todos.

Hortensia tenía quince años y Miguel once.

---

Para volverse caviloso, al viejo chacarero no le faltaron motivos, que venían a sumarse a los que la vida le había dado de antes.

A una muchacha cuyas caderas se redondean, cuyo busto se empina poderoso, ¿qué le inspiran los jinetes que los sábados al atardecer, ataviados de domingo, cruzan hacia el rancherío? ¿Qué ve en los jóvenes estancieros que aminoran la marcha de sus autos para recorrer su cuerpo con audaces miradas? ¿Y qué hay en el rancherío cercano, aparte los almacenes abarrotados de comestibles y telas que lucirían a la maravilla en su cuerpo floreciente?

Las inquietudes de la edad, la curiosidad imperiosa por el otro sexo arrastraban a Hortensia hacia esos hombres. En ellos estaba la respuesta a los interrogantes del cuerpo y del alma, la continuidad natural de la vida.

Y ahora que la miseria se plantó en el rancho y el hambre y la desesperación tornan crueles las miradas sin esperanza que se cambian unos con otros, su pobre cabecita fantasea. En las noches, bajo el firmamento estrellado sueña, palpitante el corazón, con los rostros varoniles que el camino le depare. No ha elegido, pero ansía que el más osado venga, la tome y se la lleve consigo.

El viejo maliciaba los pensamientos de la muchacha:

—¿Qué te pasa, Hortensia? No te duermas; mejor que vayas a llevar esa ropa y te dejes de andar cismando. ¿Qué mirás?

Hortensia miraba el camino. En vez de salir con la ropa campo traviesa para acortar distancia, enfilaba por el camino, tardo el paso, contemplando las espaciosas curvas que describía antes de penetrar más allá, en el rancherío.

Y el camino, a fuerza de exigírselo, le dió todo lo que podía darle. Un hombre. No un estanciero, sino un tropero que le "puso" rancho en el pueblo y mal que bien le dió de comer todos los días.

Miguel, al enterarse, declaró, categórico, con su madurez de once años:

—Es una puta.

El brazo del padre se distendió con la velocidad de una sombra, revolcándolo por el suelo.

—¡Usté se calla, porquería! —bramó—.

Irguió su cabeza cana mostrando un rostro lleno de arrugas, contraído por la cólera y el dolor, en el que relampagueaban con odio los fatigados ojos pardos. Y se encaró con Arlinda. Amenazador. Jadeante.

—¡Y usté también se calla! ¡Ya sé lo que piensa! Se calla, si no la mato. ¿Ha oído?... M'hija no es una puta, como dice este lengua larga, ni va a ser feliz como usté se cree... ¡Tenía que resucitar la desparramadora de hijos!... Mi pobre hijita, lo que es, es una desgraciada. Debían saberlo. ¡Y respeten, aunque más no sea porque ustedes también son unos desgraciados! ¿Entienden? ¿No se dan cuenta que son unos desgraciados también?



Antes de que el viejo terminara su imprecación, la mujer se volvió y salió. El niño, con los ojos muy abiertos, se quedó hasta el fin.

---

Hortensia había lanzado el "sálvese quién pueda" y partido. ¿Quién la seguiría primero? ¿Lograría la mujer llevarse al niño?

Secundino, con el humor de un perro viejo, vivía callado y solo gruñía cuando alguien se le acercaba. Vigilaba y esperaba lo inevitable. Pero no esperaba simplemente. Su silencio estaba preñado de amargos pensamientos. Ora una sorda rebelión contra el destino lo revolvía y entonces parecía que de un momento a otro iba a estallar algo terrible en el rancho; ora se hundía en el hoyo negro de la impotencia y sólo se arrancaba de él al pensamiento de que después de todo era una suerte que la pérdida de la tierra y la miseria consiguiente hubiesen llegado cuando Hortensia y Miguel, ya crecidos, podían valerse por sí mismos. ¿Qué hubiese pasado si fuesen unos angelitos indefensos?

Pero en realidad, no se consolaba. Oleajes de furor, de odio contra los dueños de la tierra que lo habían arrojado a este callejón sin salida, se sucedían de contínuo. Y más que consuelo, más que resignación era aquello un lento desangrarse.

—Peor que si me hubieran hachado las dos manos —farfullaba mirándose las tendinosas extremidades como si estuvieran secas o muertas.

Y la esperanza, la única esperanza que lo sostenía frente a la amenaza de una soledad definitiva, era Miguel. El viejo comprendía que la actitud del niño a raíz de la marcha de Hortensia, condenándola, lo había definido en cierto modo; pero sabía de sobra que nada lo preservaba de un viraje, tan dura era la fuerza que los disgregaba.

¿Quién se iría primero? Por todo lo que él podía prever, Arlinda se iría primero. Sin el niño. No conseguiría arrastrarlo, si es que llegaba a proponérselo. Sí, ella se marcharía irremediablemente. A ella la había salvado la tierra mientras duró la tierra. Ahora había vuelto a ser la de antes, la que "colocaba" sus criaturas. Y aunque deseaba que ninguno lo abandonara, porque no quería verse abandonado, llegó a anhelar que Arlinda se marchara cuanto antes. Donde Miguel se marchara primero a cualquier estancia, a trabajar por la comida no más, ella no vacilaría en imitarlo, no se quedaría a vivir con un hombre viejo y empecinado, que para peor la odiaba sin reservas. Pero si se marchaba ella primero, entonces sería probable que Miguel no lo abandonase.

Y siguió ocurriendo lo que no se podía parar. Y hasta había que agradecerle a Dios que las cosas siguiesen ese curso. Entraba el invierno soplando por los campos sus silbantes ventolinas cuando una mañana, volviendo del rancherío, Secundino apoyó las manos sobre los hombros de su hijo y lo miró a los ojos como nunca lo había mirado.

—Usté es un hombrecito ya —le dijo gravemente con voz que pugnaba vanamente por disimular un temblor—. Sepa, amigo, que su madre no vuelve. Se queda de cocinera en la Estancia Grande... Dice que siendo dos solos nos hemos de arreglar mejor... Y yo digo que sí. En esto es en lo único que le doy la razón...

El muchachuelo no dió muestras de extrañarse mucho. Permaneció mudo, mordiéndose los labios.

—Sepa que yo tampoco la quiero más aquí —añadió el padre...—. Quedamos los varones.

A escondidas de su padre Miguel lloró amargamente. Primero Hortensia, luego su madre y ahora... quedaban los varones. Llevado por una fuerza tan poderosa como indefinible, Miguel se prendió a esta frase que lo convertía de golpe en hombre. Percibía que gracias al juego despiadado de la suerte él cobraba en la vida de su viejo padre y en la suya propia un valor que no había tenido antes. ¡Pobre viejo si se quedaba solo y enfermo!

---

Un mate de sabor gastado que va de las ásperas y nudosas manos del viejo a las menudas y ágiles del niño; los profundos silencios extendidos; el frío que cala los huesos; los recuerdos que calan el alma, y la tentación, la tentación que crece y se hace terrible, todo lo comparten.

En este minúsculo universo compartido, sólo la tentación se desborda. Es como un animal que aulla y estira sus garras hacia afuera, hacia los campos donde pastan miles y miles de vacas y ovejas. Si ellos se comieran una oveja, ¿qué pasaría? Todo quedaría exactamente igual que antes, menos el hambre de los dos cuitados. Una oveja no es nada para los campos, nada para los estancieros, y puede llegar a serlo todo para ellos. Sólo que el que carnea ajeno, si lo descubren va a la cárcel.

El nudo de la cuestión es no dejarse descubrir.

Secundino, muy golpeado, teme. Teme la deshonra. Teme dar ese paso, presiente que sería la confesión total de su derrota. Y más teme aún los peligros —y el robo es uno de ellos— que pueden separarlo del niño. Ha perdido la tierra, ha perdido una vida de trabajo, ha perdido la familia, parecería que lo ha perdido todo. Y sin embargo, está Miguel. Con el amor paternal se ha fundido un sentimiento de camaradería que ahonda más los lazos que lo unen al niño.

Miguel iba con frecuencia al pueblito a vender los cueros de zorrillo y comadreja que cazaba en los campos. Volvía con algo de yerba, sal y galleta. El viejo temía que en cualquier oportunidad su madre le saliese al cruce en el camino para "colocarlo" en la Estancia Grande, junto con ella, o bien en otro lado.

Claro que él confiaba en Miguel. No eran pocas las muestras de adhesión que tenía del muchacho. A veces hasta sacrificaba parte del escaso aprovisionamiento de galleta para traerle un poco de tabaco. Pero fuese como fuese, la experiencia era tan cruda, tan amarga, que el miedo de perder a Miguel no se le quitaba del corazón.

Y una tarde Miguel no regresó.

Se puso el sol, llegó la noche, brotaron en la oscuridad las débiles luces del rancherío, y Miguel ausente. Lentas pasaron las horas. Las luces se extinguieron. No tardaría en llegar la medianoche.

Entonces el viejo se dijo que había llegado el fin.

Dejó la puerta donde había estado escudriñando las sombras y helándose. Se deslizó pesadamente sobre el catre y se dejó caer en él con un bronco sollozo. Había quedado solo.



---

Silenciosamente, pero con la respiración agitada, entró Miguel en el rancho. Secundino se irguió, dejando escapar una exclamación de alivio y alegría.

—Anduve viendo si cazaba algunos bichos —explicó brevemente Miguel, anticipándose a las posibles preguntas de su padre.

Este no se atrevió a averiguar más nada. Lo embargaba la sensación de culpabilidad por haber desconfiado del muchacho, mezclada a la alegría por su regreso.

—M'hijo... con esta helada... —fué todo lo que alcanzó a lamentar—. Y como Miguel se tendiera en su catre sin encender siquiera un fósforo, el viejo guardó silencio.

A la mañana siguiente Miguel salió y unas dos horas más tarde estaba de regreso transportando a hombros una bolsa cargada.

—¿Y eso? —preguntó Secundino al verlo aparecer.

—Carne.

—¿Carne?... ¿Y cómo? ¿Vamos a comer carne apestada, m'hijo?

Miguel permanecía callado.

—Tan, pero tan infelices no hemos de ser —insistió el viejo—. Camine a tirar eso ¿Cómo se le ocurrió?

—No. Es carne buena, fresca —replicó Miguel con sospechosa naturalidad.

—¿Y cómo? ¿De animal muerto en el campo, buena?

—No, ahogado no más... Se ahogó anoche la pobrecita... Yo le pedí la carne al capataz de la Estancia Grande, y me la dió...

—¡Ah!... —dejó escapar Secundino abriendo los párpados de tal modo que lo blanco del ojo adquirió dimensiones inauditas.

Luego inquirió:

—¿Y vió a su madre por allá?

—No. No llegué hasta las casas. Lo encontré en el campo.

Y haciéndose el desentendido, Miguel empezó a desembolsar la carne. ¿Qué iría a salir de aquella espesura de silencio en que se había sumido el viejo? ¿Se imaginaría cuando menos el esfuerzo que le había costado esa carne? ¡Todo lo que tuvo que hacer para agarrar la oveja, manearla y ahogarla sin que se estropease! Recordaba la victoriosa lucha en las tinieblas. Había colocado la oveja al borde de una zanja, se había montado sobre ella y le había hundido la cabeza en el agua. La oveja se debatía desesperadamente lanzando resoplidos y balidos roncos, y él, jadeante, concentrando todas sus energías volvía a hundirle la cabeza, crispado por el esfuerzo, sintiendo debajo suyo las convulsiones del animal y oyendo el rumor de las burbujas que reventaban en la superficie... En realidad, ambos habían luchado por su existencia.

Secundino, como ido, miraba sin ver hacia los campos incultos y desnudos que se perfilaban más allá del camino. En un instante desfiló por su mente toda su vida. ¡Ah, la tierra, los oscurros terrones, los benditos terrones que dan de comer al hombre y aprietan la familia en

un nudo fuerte y honrado! ¡A dónde habían llegado! ¡Y a dónde llegarían!

Por fin, volviendo la cabeza, miró al niño, que le daba la espalda. ¡Pobrecito! ¡Qué pequeño era todavía! Contempló conmovido su cabecita desgreñada, sus débiles hombros. ¡Cómo se amañaba para que la unión de los dos no se quebrase ante el embate de fuerzas tan tremendas, para que no cayeran hasta el horror de aplacar su hambre con la corniza de animales apestados y el estigma de ladrones no acabara con el resto de orgullo de su padre!

Vió que en el niño crecería el odio que él abrigaba contra los que le habían robado la tierra, pero con más astucia, con más poder, con una experiencia que él no había tenido. Y otro orgullo, distinto al de no robar, al de no comer carniza, nació como una flor en su viejo corazón.

Miguel continuaba aguardando. Con movimientos habituales que ahora tenían un no sé qué de inexorable, se había puesto a preparar el fuego.

Entonces el viejo avanzó hacia él. Sabía que iba a sellar lo último y lo único que les quedaba, pero que ellos no tenían la culpa.

—Deje, m'hijo —pronunció suavemente—. Usté ya hizo bastante... Deje que yo preparo el fuego y aso un costillar. ¡Va a ver qué asado!... ¿Tomamos un amarguito, mientras? Deje, deje no más que yo también cebo...



# CHASQUE

*por*
*Ruben Ibarra Vázquez*

—..."Así, él cayó en la cuenta. Todo era de gusto".

—Eso fué.

—Seguro.

Callaron. El viejo Fontes tiró un poco de yerba en la ceniza.

Pablo se dió vuelta, buscando a través de la luz rojiza que bamboleaba en la cocina enorme, el rectángulo de la puerta abierta. Le semblanteó un momento, para cerciorarse de que ya estaba el aviso que esperaban.

Había llegado la hora.

Sin mirar el viejo calculó y se anticipó preguntando:

—¿Aclara?

Gravemente Pablo dijo:

—Sí.

El viejo alzó las cejas y propuso despacio:

—¿Marchamo entonce?

—Cuando quiera.

—Vamo. — Pablo ganó el patio.

Fontes agarró el farol, bajó la palanquita, sopló y al soltarla, sonó el chasquido del resorte.

Corrió el cerrojo con cuidado y se esforzó por alcanzar al muchacho, que cruzaba el patio, rumbo a los galpones.

No bien llegaron cerca vibró un relincho, corto, sonoro, imperioso. Fontes carraspeó:

—Güeno, güeno, Chásque.

La puerta se abrió hacia afuera, volcando un olor fuerte a estiércol y alfalfa.

Parado, con las patas enredades en las pajas de la cama, el oscuro esperaba.

—Déje, yo lo saco.

Pablo lo trajo del bozal, enmantado.

El caballo resopló varias veces y dió vuelta nervioso en torno suyo.

—Está alegre — comentó complacido.

—Pero medio pesao, entoavía — objetó Fontes.

—Quieto ché.

—Bueno viejo, vaya arrime su zaino — ordenó Pablo.

Suavizó enseguida.

—Mientras yo enfreno.

El viejo arrastró las alpargatas por el piquete, rumbo a la tropilla.

El hierro del bocado tintineó en los dientes del animal, la cabezada

dobló sus orejas, en quiebro de bostezo, la cadena de la barbada erizó los pelos del belfo.

Estiró Pablo el brazo por encima del tuzo del pescuezo y el oscuro se aquietó, recostando la cabeza.

La noche se diluía lentamente, en una claridad de agua, que ahogaba las estrellas.

Enfrente, a media cuadra, amanecían las paredes encaladas de la casa.

Amanecía y el murmullo indefinido que parecía llegar del infinito, lamía sus bordes con miedo, como si temiera que brotara de aquellas piedras viejas, un lamento.

Con ojos agrandados, Pablo las veía despertar.

El guarda patio destrozado.

Los corredores vacíos.

La azotea derruída.

Eran bocas silenciosas, por las que realmente debían de haberse ido, los que ya no estaban.

—¡Mire que era lindo esto! — murmuró.

—Antes.

Fontes regresaba con el zaino ensillado.

—¿Estamo?

Pablo recogió un cuero, lo acomodó en las cruces del oscuro y saltó en pelo.

—Estamos — repuso.

Se internaron al tranco, campo adentro, los cascos empapados de rocío chapoteaban gotas de barro en los lamparones de tierra.

Al rato:

—¿Responderá el oscuro, viejo?

—Y de güena casta es. Saliendo al padrillo no se le podería ganar aquí.

—Tiene que salir.

—Vamo a ver. El viejo no entendía bien ese afán de correr al oscuro, casi potrillo, contra lo que saliera. Así, sin firmar carrera — cavilaba— por puro desafío, sin saber a quien, a lo loco, talmente en ese pago de avivados que no daban puntada sin ñudo.

Si el finao Rivas viviera, sería otra cosa, pensaba. Habería otro cuidao, otra formalidá. Escoltando el respeto de la marca, él llegaría a la cancha arreando admiración, como con "Arbolito", "Sereno", "Cambá, o...

—¿Nos apuramos?

—Yo creo.

(Pucha se venía el día) o la Vincha aunque yegua, ligera abajo, pareja arriba.

Guapazos todos los triángulo y tarja en el cuadril.

Machos y hembras.

Todos.

Ganas tenía de echar p'atrás ahora.

Mismamente eso.

—Echar p'atrás.



Bordearon un cañadón, aún arropado en sombras, frío de berros y lamas, buscando el playito de arena, desde donde el agua, puerilmente asustada, corrió en ondas veloces, a esconderse en los juncos. Aparecieron las copas, oscuras de los coronillas, burbujeantes de gritos alados.

De allí en adelante, la cuchilla levantaba encima del horizonte, su palma nudosa, plana, hacia los astros desvanecidos, cortada por una sola línea, siete cuadras largas, de trillo apretado.

Desmontaron.

Pablo quitó la manta resbalándola para atrás en caricia que terminó en palmada, al llegar al anca. Encogióse el oscuro al golpe y un temblor nervioso corrió bajo la seda de su pelo, anudando músculos. Músculos que luego se estiraron, afilándolo, cuando su dueño le levantó un remo para limpiar, a punta de cuchillo, una herradura de canaleta.

Fontes ya no sismaba pesimista.

Ganado por la emoción del apronte, olía la tierra húmeda y sentía latente, la tremenda fuerza salvaje de aquella bestia hermosa, pronta a apurar entre campo y cielo, un trago vertiginoso de borrachera oscura.

Olvidada, su prudencia, urgió poseído.

—Ya'stá, bien, Rivas chico.

Se arqueó el oscuro, al sentir nuevamente el peso del jinete.

Cara al día, contenido, con un gimoteo entrecortado, bailoteaba sobre sus huellas, afirmándose, pronto.

Pablo se envolvió las riendas,, en la mano izquierda. A su espalda, de la noche, venía la voz, alcanzándole los consejos, nunca olvidados.

—Primero, lo pasás por el partidero, unas cuantas veces, hasta qu' esté tranquilo. Larga'l tranco. Cuando te l'agaches gritale. 'stá ganoso, pero sino s'emplea le bajás nomás la mano, sin asco. Cuidao con el arranque.

Pasó gritando:

—Si s'abre.

Fué estirando al silencio el galope de su caballo. Llevándolo osciló un momento su silueta a la distancia, hasta que de golpe, allá lejos, lo clavó, atravesándose.

Cauteloso Pablo enfrentó la senda.

Encogió las piernas acomodándose, oprimió las rodillas y sintió entre sus muslos tensos, la carne del animal, exasperada, hecha nervio, esperándolo. La isla había crecido.

Agazapada, gigantesca, se empinaba con un balanceo apenas.

Pablo nombró:

—Chásque, Chásque.

Cuatro veces la senda empalmó entre las orejas tiesas del caballo.

—Chásque.

La fusta —una varilla de acero, retobada en cuero— subió hasta casi rozar su ojo derecho.

—Chásque, Chásque, — repitió Pablo, preguntando. Eran respuestas incompletas, inciertas, pues tenían una punta enterrada lejos, las riendas, el pretal, la fusta de siempre.

La senda también era lo mismo.

Los años separaban.

¿Tres o cuatro?

Tres.

Tres años para traspasar en: levantó la cabeza y midió aproximadamente: hasta donde estaba Fontes, quinientos metros. Sí, tres años para traspasar en treinta segundos.

Nunca más.

Volver en treinta segundos. Treinta segundos.

—¡Cómo no! — Una rabia de poseído lo endureció, estereotipando su equilibrio.

Buscó un giro propicio. Espió un balance.

Acodilló. Cayó su cuerpo crispado sobre el pescuezo del animal como un gatillo disparado.

Detonó su grito:

—Aaap! Los cascos enloquecidos, azotaron el suelo. Vió abrirse el paisaje. Se hundió con el silbo de las crines en una inconciencia enardecida. Lo arrancó de ella, la figura sin rostro de Fontes cruzada fugazmente. Semincorporado, aminoró la carrera, con violento esfuerzo. La redujo a grandes saltos.

La detuvo al fin.

Se tiró rápidamente a tierra y el resuello entrecortado del caballo, aliviado, se hizo jadeo poderoso.

Miró hacia atrás.

Suspendido del aire, flotaba lentamente, un telón de polvo.

Lo agujereó Fontes.

Contentísimo, entre los sobresaltos de su trote apurado, recomendaba.

—Camínalo, camínalo, no sia cosa que s'acalambre.

Obedeció el muchacho.

Ya juntos:

—¿Y viejo?

—Le suenan las patas, no desmiente la cruza, sirve pal camino.

Pablo desmelenado, confirmó orgulloso, sonriente:

—Sirve.

---

—Cuatro pesos. Cuatro pesos.

Con su martillo, el hombre pálido y flaco, interrogaba, señalaba, amenazaba, dominando la reunión encima de un cajón de querosene.

—¿Cuatro pesos? No embrome. ¿Cuánto vale la yegua, señores?

—Cinco pesos. Cinco pesos. Por ahí rumbeamos. Seis pesos. Seis pesos. Siete pesos.

Bajó el martillo.

Garrapateó una boleta rosada y la entregó ceremonioso a un paisano.

Su ayudante escribió una cifra con tiza, en la pizarra al lado de un nombre: Simbra.

—¿Cuánto vale el favorito, señores?

—Diez pesos. Once pesos.

Dentro de un murmullo sordo la puja crecía, rodaba, enredada, embotada por un hálito espeso, de caña, sudor, polvo, asado, vino.



Estriada por gritos destemplados. Erizada de carcajadas. Con estertores de acordeones y gorgoritos de guitarras.

—Catorce pesos, Veinte pesos.

—¡A la... fresca!

Ojos sanguinolentos sobrenadaban las ondas luminosas que reverberaban en el patio, buceando en los huecos de los ranchos, donde, como en grutas oscuras, fulguraban coletazos de colores violentos.

Caían botellas vacías sobre el pedregullo.

Asfixiados, marcados por el cotorrerío, los eucaliptos estiraban hacia el cielo sus cabezas desgreñadas, queriendo encasquetarse las esponjas hinchadas de las nubes oscuras que de rato en rato, llegaban.

—¡Al camino, señores! P'al camino.

—Los gallos se ven en la cancha.

—A enfrenar.

—¡Al camino, señores!

Se derramó la balumba de ruidos en avalancha, ladera abajo.

Sonaron algunos alambres.

El pardo de la escarapela manoteó desesperado, avisando:

—¡Por aí, no, señores. Por la porterita. A dos reales y medio la entrada a la pista.

—¿Dos reales y medio? ¡Tás loco!

Los policianos ensayaron carreritas, validando el grito.

—¡Por la porterita. Por la porterita.

—Camiones cargados echaron tierra sobre la escena.

—Abajo hervían las sendas.

Marginánonlas, en un santiamén, vehículos de todas clases, improvisando miradores, despachos, reparos. Entre ellos, callejones truncos. Conductos para la exasperación o el marasmo de una multitud abigarrada.

Cerca, a la sombra de un tala, erguida la cabeza en dirección al tumulto, Chasque, —como un puñal desenvainado— enarbolaba un desafío con la muda insolencia de sus líneas estilizadas, brillando al sol, cortantes, afiladas.

Junto a él, Pablo, serio, recibía el espumarajo de la ola constantemente renovada, impasible ante admirativos.

—¡Tá lindo! — Hurgaba los rostros entresacando, buscando, agresivos desplantes.

—A las órdenes, señores...

De tanto en tanto, gente del oficio medía el alcance de una decisión, valorando.

—Hijo de "Sereno"... Ha de ser diablote.

—Material tiene.

Y soslayaban el trance, concediendo socarrones:

—Será güeno, nomás...

Fontes ensoberbecido, enumerada malicioso para el corro de paisanos ingenuos los desvíos.

—Ni don Gadea con su mentao patas blancas, ni los Aguilera, con sus tostados sangrudos, ni el tordo de Gutiérrez, ni... — y seguía la lista, alentado por los:

—¡Déjeme! —¡Salga d'aei con eso! —¡Fíjese usté!

Pablo parecía querer ayudar con los ojos las vueltas de la fusta que giraba en sus manos. Arriba, las nubes oscuras desbordaban los penachos de los eucaliptos, avanzando despacio sobre la cancha.

A pie, llevando de la rienda un caballo de gran alzada, un hombre ridículamente pulero se incorporó al círculo.

Sonriendo amistoso, examinó detenidamente al oscuro. Palpó su estado en las tablas del pescuezo y comentó obsequioso.

—Preciosidad de animalito Puso la mano en su lomo, y ya, dirigiéndose directamente a Pablo, repitió el cumplido, agregando:

—Lindo y bien hechito. —Dándose vuelta, miró al suyo largo y cogotudo, iniciando una lastimera comparación:

—Mi doradillo está muy estropeao —explicó. Caballito de tropear, p'al trabajo sólo sirve.

Sorprendiendo miradas incrédulas, puso a salvo su buena fe.

—Pudo haber sido sueltito de patas, no digo que no, antes cuando nuevo. Yo no lo conocí entonces. Habló como disculpándose de no ofrecer más datos.

Continuó:

—Si no fuera atrevimiento...

Resuelto, Pablo concretó ofreciendo:

—Elija tiro, amigo.

Cortado, el hombre, restó importancia.

—A los dos nos conviene todo lo carpido, ¿no?

—Ahá.

—Y... ¿atamo por cincuenta pesos?

—Trato hecho.

—Macanudo. Satisfecho, mandó gentil:

—Usté dispone los abanderaos y jueces. Las personas de su confianza, son de la mía.

—Gracias, amigo.

—A más nos entenderemos fácil.

—Yo creo.

Fontes salió a buscar las personas indicadas.

Corrida la carrera principal, las nubes negras, cubrieron el cielo.

Una expectativa apretada había caído sobre la cancha, ahora gris, alineando al público, silencioso.

Los caballos partían.

Con movimientos precisos, dóciles, coordinaban sus pasos para desdeñar en última instancia el volteo de los pañuelos, en lujo de nervios.

Se sabía que soltarían, cuando quisieran.

Pablo, anegado de ansia, saboreaba el momento, demorando la crisis.

Con emoción veía agrandarse a cada tranco al mancarrón doradillo, transfigurado.

En una de las vueltas le vió un garrón, afiligranado, de hoyitos pequeños.

El otro también estaba así. Puntas de fuego, pensó. Termocauterio. Remedio de hipódromo. Estaba patente. Era algún deshauciado de las pistas. Sabe Dios quién. Se le enredó el placer de saber a su enemigo fuerte, con las ganas de descubrirlo.



Por un respeto casi místico al pasado del animal, sólo dijo, cara a cara, a su dueño:

—Usté me pela, amigo.

Masculló el hombre:

—Deande. Y ya no hablaron más. Los pechos hinchados, los puños apretados, se fueron costilla a costilla, ras a ras.

Amartillados, pasaron la primer señal y quince pasos más adelante el último abanderado, echándose instintivamente hacia atrás, levantó con cara congestionada, todo lo que pudo, el trapo.

Apenas los ollares desmesuradamente abiertos, tocaron el filo de su brazo, partió el aire con él.

Arrancando, los caballos se tendieron hacia abajo, como si zambulleran salpicados por el vocerío, para emerger, entre azorado estupor, un trecho más adelante, corriendo de firme.

Apenas si se vió caer sobre ambos, rayando una misma congoja, dos o tres chirlazos secos. Los jueces los vieron llegar y pasar, venir e irse y sobre el fondo de un poncho, marcaron la cruz precisa.

Breve, austera, monosílaba consulta. Uno de ellos, para la concurrencia:

—Ganó el doradillo, señores, a fiador.

La gente hizo eco.

—El doradillo, doradillooo, ooo! Juntando todas las voces en una sola.

Pablo estiró la mano, pagando y felicitando.

—Ganó amigo.

—Como pude haber perdido. Así, así. Su potrillo ,más fogueado, va a ser duro.

—Puede ser.

—Se separaron cortésmente.

Fontes gritó medio borrado:

—Nunca estos gringos vieron correr tan ligero.

Las nubes oscuras taparon el cielo y en remolinos cada vez más bajos, se fueron acercando. Repentinas rachas de viento pasaron como escapando.

Desde una faz violeta, relámpagos epilépticos hicieron muecas y gesticularon a una noche prematura.

Hecha la desbandada, recogió el boliche los fieles que encenderían la luz mientras la tormenta arañara y el camino envainó a los demás en galopes cortos.

Caían las primeras gotas, suaves, desparejas, cuando Pablo rebasó el boliche.

Bultos distorsionados salían y entraban en él como a una extraña cueva luminosa.

Ya desembocaba en la portera de corralito cuando montado en un bayo, una rígida silueta se le interpuso. La imprecación cacheteó a Pablo insólita, inaudita.

—Abrite, cara c...

Ciego sofrenó, sólo para calcular mejor el golpe. De lleno el en-

cuentro de Chasque dió en el bayo mal pisado que se volcó hacia atrás, entre ruido de palos rotos.

Rápido boleó la pierna. El jinete yacía boca abajo, convulsionado.

Lo dió vuelta y un vómito nauseabundo bañó sus botas.

—Mirá si te mato, borracho — bramó.

Lo arrastró hasta un altito. De nuevo volvió a mirarlo .Su cara roja, chorreaba viscosa.

—Ya te vas a lavar — rabió. La camisa chillona y ordinaria estaba rota; el traje también.

—Ha de ser uno de los rusitos de las quintas —reflexionó, ya blando.

Montó y tomó el camino a media rienda. La lluvia era ya una cortina cerrada. Machucaba su rostro. Enceguecía sus ojos. Para lo único que servía era para hacer gárgaras. Aplastaba las crines de Chasque. Si hubiera luz se la vería dibujando finísimas redes entre los pelos de su cuero.

Volaba el animal cansado, afirmándose en áspero jadeo.

Batían las riendas flojas su pescuezo.

Deslumbrábanlo, destellos de luz vivísima que parecían brotar de la misma tierra.

Entraban en una zona brava.

El camino en pendiente se acanalaba, gredoso, resbaloso.

Precavido Pablo iba a descalzar los estribos cuando lo sorprendió una pérdida de equilibrio. Casi agradable, duró un segundo.

Enseguida lo sacudió un tremendo golpe tal como si la oscuridad endurecida, lo golpeara por todos lados.

Maldiciendo quiso incorporarse, en amago de lucha.

Pero allí sólo había un peso enorme que, increíblamente quieto, inmovilizaba su pierna izquierda.

Tanteó alrededor reconociendo. Aquel bulto, era la cabeza de Chasque. Metió los dedos debajo de la cabezada y los fué corriendo. Pasó el ojo y siguió hasta el hocico. En su extremo un soplo tibio los detuvo. Se dejó estar así, cara al cielo, bajo el agua que; cosa rara, no lo molestaba.

Debajo de sus riñones la tierra vibraba. Se estaba lindo así. Recién se dió cuenta.

¿Qué apuro tenía él?

Ninguno. Total...

Estaba en el bajito de los Larrosa, no?

Sí, seguramente. A media legua apenas su casa, también esperaba, estaqueada, con todas sus bocas abiertas.

¿Sería Fontes alguno de aquellos locos, que corrieron al palenque del boliche, cuando él pasó?

Quién sabe.

Un estremecimiento movió el peso que tenía encima.

—Chasque, viejo, Chasque — llamó. Una sacudida fuerte y única le contestó.

Dejó de alentar el soplo en sus dedos. Y sintió el cuerpo del caballo, como una garra monstruosa que lo enterraba en la tierra.



# LOS PAYRO

*por*

*Andersen Banchero*

Sentado en el corredor de baldosas desparejas, el viejo Payró tomaba mate cuando llegó "Cocoliche" con la muchacha.

—Esta es la María, le dijo por toda explicación.

El viejo la miró con un gesto indiferente. Luego de un instante se limitó a decir, frunciendo las cejas: "Ta bien...".

La pareja se metió dentro de la casa y el viejo siguió mirando tarde arriba. Desde la muerte de la mujer, habían vivido solos con el hijo, en aquella casita al fondo del callejón. Hablaban poco entre ellos, lo necesario apenas. De la existencia de María había sabido el día anterior.

—"Ando con una "cosa", le había dicho "Cocoliche". "Aura" los patrones la van a echar y yo la vía traer "pa'cá".

—Y ande la vás a meter, inquirió el viejo.

—Un sitio siempre se hace.

Al rato y a modo de explicación agregó: "No la va'dejar en la calle...". El viejo se llevó sus cosas a un pequeño cuarto del fondo, donde guardaban los arreos del carro y los cajones de verdura. "Por un lao, mejor", había pensado, sin saber porqué, a ciencia cierta.

De adentro de las piezas llegó la voz de María. El viejo sintió una vaga molestia.

En la calle, frente a la casa la desvencijada "carrindanga" que utilizaban para el reparto de verduras, apoyaba sus varas en el suelo, como para no desarmarse. En el baldío de enfrente, sembrado de latas y desperdicios, pastaba el "Golondrina", el mancarrón viejo y huesudo de los Payró. Alguna chimenea lejana manchaba de humo grisáceo el cielo de la tarde.

Cuando su mujer vivía, solía sentarse frente a él, remendando alguna vieja prenda, en silencio. Llevó treinta años de vida dura, estrecha al lado de Payró. Ahora de ella no le quedaba más que ese silencio que de ordinario llenaba la casa. Cuando el viejo "mataba el tiempo", fija su mirada en el vacío, con una expresión lejana ablandando su gesto de desdeñoso cansancio, parecía entablar un mudo diálogo con las cosas. De tardecita se iba al café. Se sentaba en una mesa, junto a la ventana y bebía. Bebía mucho, hasta que los ojos se le ponían vidriosos y los gestos torpes, indecisos. Entonces, ante la indiferencia de tres o cuatro jubilados, viejos como él, y las burlas de algunos muchachos hablaba amargamente de la vida y de los hombres. Volvía tarde, vacilando sobre sus piernas, como una sombra más sobre el fondo oscuro del callejón.

En el amanecer del barrio brillaba la ventana madrugadora de los

Payró. El sueño de los hombres, atravesado de gallos lejanos, parecía sentirse sobre la tierra como una presencia. Una luz aguachenta diluía, los astros. La noche se refugiaba en el callejón y de ella salía la "carrindanga", rumbo a lo cotidiano.

"Golondrina-a-a-a... sonaba la bronca voz solitaria de "Cocoliche". Entre las varas, el matungo parecía sacudirse los últimas brumas del sueño. Se iban hacia el día formando una sola sombra, el caballo chueqeando su cansino trote, el carro bamboleándose hacia los costados y "Cocoliche" semidormido sobre el pescante. En esa hora el ensueño le hacía evadir ese destino que arrastraba día a día junto al viejo "mancarrón".

—Cualquier día, largo todo a la m..., decía a veces al padre. Me meto en una fábrica o a vender diarios.

—Pa'mí qu'es lo mismo más o menos, — le contestaba el viejo.

En Carnaval habían salido con el "Flaco Juan" a cantar por los tablados. El "Loco Vera" que los acompañaba "tiraba la manga" Los otros salieron de "buscavidas" que eran. En "Semana Santa" vendían ramitas de "olivo bendecido" en la puerta de las iglesias. "Cocoliche" se tomó en serio su papel de cantor. Se compró una corbata negra, de moña, y se peinaba "a lo Gardel".

—Hay que cuidar la pinta", les explicaba. Es lo principal.

La tercera noche terminó la aventura. "El Flaco" que había bebido de más se confundía. "Cocoliche" cantaba haciendo gestos dramáticos. El público al principio les oía con sorna benevolente. Luego de algunas estrofas se empezaron a oír silbidos. "Cocoliche" intentaba seguir, pero su voz se ahogaba en el bullicio. "Váyanse", gritó alguien. Tuvieron que bajarse del tablado. De regreso, sus compañeros comentaban risueñamente el suceso. "Cocoliche" iba serio. Se despidieron en la entrada del callejón. Fué la última noche que salieron.

—Todo es "custión" de suerte, comentaba después. Sale cada uno qu'es pa matarlo.

En el barrio lo supieron todo por Vera. Desde entonces le llamaban "Betinotti" con el placer mordaz con que los humildes se burlan de sus propios sueños.

"Cocoliche" arrastraba su suerte día a día, recorriendo las calles. "Traigo escarolas y radicha-a-a-a...

"A-a-ajo, porro y zanahoria-a-a-a...".

Sentía desdén por todo eso. Le llamaban de alguna puerta: "Verdulero, ¿tiene papas? ¿A cuanto?

—A dicciocho.

—¡Qué caras! Recién pasó uno que las vendía a quince.

—Y le hubiera compraо..., contestaba malhumorado.

Seguía caminando, llevando de las riendas al "Golondrina" que tranqueaba meneando cansadamente su peluda cabeza.

El negocio daba "para ir tirando" apenas. Volvía a la casa pasado mediodía, con una magra carga de verduras. Mientras descargaba el carro y desensillaba, María le alcanzaba algún mate. La mujer andaba todo el día en quehaceres. Una resignada humildad emanaba de su figura. Los cabellos desteñidos, con mechones rubios, enmarcaban su ros-



tro recubierto de bozo, en el que sus ojos miraban como con dolorosa sorpresa. Tenía una hija. Se lo había dicho a "Cocoliche" mirando el suelo. "La tiene el padre. Yo no puedo"...

Cuando hablaban de eso, "Cocoliche" sentía una especie de humillante excitación. Sin embargo no podía dejar de preguntar, de saber.

—"Taba" bien con él, contaba la mujer. Nunca me faltó nada. Cuando yo "taba de la nena "arquiló" una mujer pa la tarea. Era muy "güeno".

"Cocoliche" le preguntó por qué se "habían abierto".

—Y... andá'saber... no me "quedría"...

El se sentía despechado. Cuando hablaba de María le decía "la cosa".

—Vi'a ver "la cosa", decía a los amigos.

Al cabo de un tiempo "el flaco" le preguntó: "Vo'no te "tarás" metiendo"?...

—¿Sos loco?, contestó "Cocoliche", evasivamente.

Un día borracho le hablaba al "loco Vera": "Un suponer. Vo'pasás con la mujer y el tipo está con unos amigos. Vo'no sabés y el tipo se ríe e'vo...".

"El loco" oía sin decir palabra.

—Vo'm'entendés?, insistía "Cocoliche". Andaba con el tipo y "aura" anda conmigo.

Vera, apoyado de codos en el mostrador, dejaba vagar por la estantería repleta de botellas una mirada aburrida.

Cuando el invierno apretó contra las casitas del suburbio, el humedo aletazo de las primeras lloviznas, "Cocoliche" empezó a toser, una tos seca persistente. Su carácter se agrió, una melancolía profunda se apoderó de él. Se pasaba horas echado en la cama, con las manos cruzadas en la nuca, mirando por la ventana cruzar las lentas nubes grises que el viento corregía. Le molestaban la humildad de María y el silencio del viejo. A veces le sacudían accesos de tos y las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Hay que cuidarse, le había advertido el padre con su sequedad habitual. El oía los consejos con indiferencia. Cuando el sol amarillento, como enfermo, entibiaba la tarde sobre el callejón, salía a la puerta. En los alambres había ropa colgada. Un perro negro, con el hocico y las patas blancas, hurgaba en un montón de basura. Una vecina reprendía a una criatura. Las cosas emanaban un hastío profundo. Sobre la tierra se desmayaba el cielo invernal, pálido, casi blanco. En la calle frente a la casa, la "carrindanga" apoyaba sus varas en el suelo. En el baldío de enfrente el "Golondrina" echado, dormitaba. Era la vida de siempre, como si el tiempo no pasara en el callejón. Hacía años y años era lo mismo. En los recuerdos de su infancia encontraba esa paz baldía, el barro, el cielo pálido... Ahora el perro se revolcaba en un montón de inmundicia. Pensaba en el cansancio desdeñoso del viejo. En la amargura con que hablaba de la vida y de los hombres en el café donde se aburrían algunos jubilados y los muchachos bebían o se entretenían con bromas crueles. En una oportunidad emborracharon a una vieja

limosnera que dormía bajo el puente. Fueron a buscar a Perico, el idiota. Entró en el café mirando a todos con expresión de temor animal. Los llevaron a los dos para el fondo. A la vieja le desnudaron y la pusieron de espaldas sobre las baldosas mojadas de orín. El idiota la poseyó gruñendo con satisfacción bestial. La vieja gritaba. Una excitación insana brillaba en los ojos de todos. Reían. Cuando la dejaron, la mujer se encaminó hacia la puerta, atontada. Recordaba aquellos rostros deformados por una mueca de risa cruel. El también había reído. Al llegar a la puerta la borracha se volvió y les dijo: "Gracias, jóvenes. Gracias".

Alguien estalló en una carcajada forzada, pero inmediatamente calló, enrojeciendo. El idiota rebosaba satisfacción. Desde una mesa, un viejo miraba la escena tranquilamente, fumando su pipa. Había algo absurdo, que era incapaz de comprender en todo aquéllo. Ahora sentía una amargura enorme por aquella vida llena de hastío, baldía. Una amargura sorda, desesperanzada.

El viejo salía en las madrugadas con el carro. El frío invernal abofeteaba su rostro curtido de mejillas hundidas, recubiertas por una barba de tres o cuatro días. Después la comisura de los labios partían hacia el mentón dos profundas arrugas, como si en su boca apretase constantemente una frase desdeñosa.

—"Golondrina-a-a-a ...". Matungo-o-o-o...".

Con los dedos entumecidos de frío liaba malamente un cigarrillo. Encendía. La llama del fósforo arrancha su rostro de las sombras por un instante. Luego se veía la lucecilla solitaria de la brasa avanzar calle arriba junto a la sombra bamboleante del carro. En el cielo frío brillaba la pureza perfecta del lucero.

Una luz aguachenta iba humedeciendo las sombras de la tierra.

Por las tardes, al volver, se encontraba el silencio de "Cocoliche" y la mirada humilde de María. A veces hablaba con el hijo del precio de la verdura o del tiempo. "Cocoliche" oía con desgano, como si estuviera atento a otras cosas, a esa tristeza que crecía dentro de su ser enfermo y que asomaba a sus ojos claros que habían adquirido ahora un brillo afiebrado.

Se irritaba a menudo con la mujer y la insultaba, alguna vez amenazó golpearla.

—Te tengo acá e'lástima, la reprochaba... Pá qué no te vás con tu coso?

María agachaba la cabeza.

—"¿Tabas" bien con él?... ¿Pa qué no te vás?...

Cuando se agravó se internó en un hospital. María se empleó de sirvienta, sin retiro. El viejo se quedó solo en la casa. De tardecita iba al café, se sentaba en un rincón y bebía hasta embriagarse. Hablaba solo, cuando el alcohol lo vencía, su cabeza caía sobre la mesa. La gorra de cuero rodaba hasta el suelo y los mechones de cabellos grises se derramaban sobre el mármol.

Una noche el bolichero lo despertó zamarreándolo.

—Váyase, don Peyró, le decía. Es una vergüenza. Usté es un hombre viejo.



Pidió otra caña. Como el dueño se negó a servirlo se irritó.

—¿Yo no le pago?... bueno... si le pago... me sirve.

Tuvo un acceso de furia y derribó la mesa de un puñetazo. Lo sacaron para afuera a empujones.

—Yo pago... yo pago... — repetía Payró, intentando desasirse.

Lo dejaron solo en medio de la calle.

Caminó algunos pasos tambaleando. Se volvió, pero ya los otros habían desaparecido. La puerta del café brillaba solitaria en medio de la noche.

—Yo pago... — repetía el viejo. Nadie le oía.

Levantó el puño amenazante. Una ira sorda le dominaba. Una ira impotente, contra todo. De adentro del café llegaba el rumor de los parroquianos, ruido de bolas de billar. Alguien reía. Tropezó y tuvo que apoyarse contra la pared, luego, cobrando impulso, se puso a caminar noche abajo.

Había llovido, el cielo se reflejaba en los charcos. Algún perro lejano ladraba a una luna pálida, muerta. El viejo caminaba rumbo a la soledad, al silencio que le aguardaban al fondo del callejón. La noche estaba llena de una paz infinita, parecía que nunca hubiera pasado nada sobre la tierra.

# COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PREMIADAS

## *EL IDIOTA*

*Su autor aborda uno de los asuntos más interesantes de todos los que hemos visto en este Concurso. El personaje representa a una juventud acosada por la perspectiva de una vida burguesa, en la que teme perder la conciencia de estar viva, y en la que día a día, ve anquilosarse a los demás seres. Dice José: "Porque es más fácil enseñar a ser buenos. Pero, ¿cómo enseñar a respirar, a asombrarse, a vivir a grandes bocanadas, sin desmayar, sin caer en inercia o costumbre alguna; cómo aprender a festejar la gloria de estar vivos?". Con esto queda dicho que José no ama la aventura por la aventura misma. Su búsqueda de los Melgarejo, es la búsqueda de un perseguido en procura de sus hermanos. José presiente que en éstos, la bondad está inserta en una fuerza capaz de transformar el mundo, y él va en su busca, como un augur. Sin embargo, José ha de fracasar y, vuelto a su casa, resultará una presa más de ese mundo chico que él tanto detesta. El personaje adquiere así una dimensión auténtica, y si el autor nos escamotea ahí, los hilos de una fabulación que se iniciaba con la huida, logra, en cambio, con ese final, sorprender literariamente el drama de una juventud desconcertada y generosa a la vez.*

*A nuestro juicio, hay en este cuento algunos errores de composición. Tal, por ejemplo, la larga disquisición del personaje frente a la mujer.*

*Las descripciones están excelentemente hechas, y en el cuento existen momentos de verdadera creación. Sin embargo, el error que mencionamos más arriba, y algún otro atribuible a desconocimiento de ciertos tipos y ambiente, hicieron que desistiésemos del propósito –que existió en algún momento– de situar este cuento entre los primeros del Concurso.*

*L. F.*

*
* *

## *CUENTO DE NEGROS*

*Bien narrado. Está escrito con desenvoltura y los personajes vistos con claridad, llenos de una vida sana y directa. Hay una verdadera asimilación del lenguaje campesino, y una búsqueda muchas veces feliz de la poesía del habla popular. Yo creo que el autor debe saber hablar de esta manera y más aún, que ella debe ser en el fondo su habla natural, la que le sale más gustosa de la boca, pues de otro modo no podría escribir como escribe como no sea poseyendo un artificio tan encomiable poéticamente como la naturalidad. La constante utilización de giros populares adquiere frecuentemente el valor de una intensificación poética de la lengua, salvándose casi siempre de la mera exageración*



*costumbrista. Hay aquí un cuento dentro de otro o, mejor, dos estampas superpuestas que se apoyan mutuamente enlazando sus rasgos sin confundirlos. Todo lo que hay en este cuento está muy bien; ¡lástima que haya tan poco! Pero es una hermosa pequeñez que tiene su encanto particular de clara superficie.*

*G. C.*

*
* *

## *LA FAMILIA*

*En este cuento lo intentado supera a la ejecución, aunque es evidente en él la mano experta de un escritor que sabe narrar. Quizás el cuento habría requerido un desarrollo mayor, o, en algunas partes, un tratamiento distinto. Para sentir realmente la disgregación de la familia, sería necesario que el autor la hubiera hecho existir previamente. Los personajes son reales y auténticos, pero están aboceteados solamente, se ofrecen con rasgos demasiado esquemáticos. No obstante lo dicho existen allí virtudes innegables: facilidad en la narración, una prosa ágil que se hace leer y, en algunos momentos, auténtica emoción narrativa.*

*A. S. V.*

*
* *

## *CHASQUE*

*Hay aquí posibilidades narrativas estimables, desvalorizadas por la ejecución. Hay verdad en los personajes; el autor deja la sensación de conocer los personajes y ambientes con que trabaja; el cuento se abre con una escena que crea una atmósfera narrativa fuerte y limpia. Pero la ejecución total del cuento desluce estas virtudes. El estilo, ágil, adquiere por momentos exactitud en la expresión, logrando trasmitir limpiamente la intención del autor; no obstante, en los momentos en que el autor no ha podido encontrar el rasgo narrativamente significativo, se advierte la debilidad de ese estilo excesivamente telegráfico. Pero la falla más importante del cuento radica en la ausencia de una verdadera estructura. El trabajo se compone de tres escenas cuya única unidad la constituye la sucesión cronológica y el hecho de que en las tres aparezcan un mismo hombre y un mismo caballo. Nada ocurre necesariamente; no hay un desenvolvimiento temático preciso. El cuento carece de intención final. De ahí que se termine con una situación muy floja creada para cerrarlo de alguna manera. En conclusión: hay virtudes y fallas que, equilibrándose, producen un cuento que se lee con agrado.*

*A. S. V.*

*
* *

## *LOS PAYRO*

*El mismo título nos muestra que el autor no ha querido centrar su cuento en un personaje, sino en una familia. El tratamiento del asunto nos muestra más que una familia, un ambiente. El boliche, por ejemplo, adquiere, con la brutal escena de la borracha y el idiota, una presencia excesiva, que poca o ninguna relación tiene con la psicología de los Payró. Cuando se nos narra la vocación de cantor de "Cocoliche", el estilo decae y no se siente crecer el personaje. Las primeras páginas y las últimas son las mejores. El autor sabe narrar y conducir las situaciones con estilo penetrante y cuidadoso del que no está exento ni la intención poética ni la reflexión sagaz. Yo creo que este estilo, más que el cuento mismo, es el que nos muestra sus verdaderas cualidades de escritor. También es muy elogiable la preocupación que el autor demuestra por nuestros temas, y la manera como se nos aparece libre de toda influencia literaria.*

*D. L. B.*

---



## MENCIONES CON PUBLICACION

# LA TORMENTA

*por*
*Ana Hochman*

Cuando José Luis regresó a la casa, halló a su madre prendiendo el brasero.

Dejó el canasto. Se sentó en el banco cuyas patas había aflojado él mismo por tener la costumbre de hamacarse.

—¿Qué estás haciendo, vieja? —se animó a preguntar después de algunos instantes de silencio—.

—¿No ves, muchacho? No me estoy divirtiendo. Mirá que tenés costumbre de preguntar!

José Luis juntó las piernas. Dobló el cuerpo y tomó una de las astillas con las que su madre hacía fuego.

A medida que iba haciendo rayas en el piso, observaba a la mujer, como si la estuviera viendo por primera vez.

—¿Por qué llevará siempre alguna alfiler en el batón? —se preguntó con asombro—.

Luego miró las manos. Estaban estropeadas, pero lustrosas.

A él le agradaba ver el lustre de las manos y, más de una vez había tenido la tentación de acariciarlas para ver el efecto que producirían.

No lo había hecho de pura vergüenza. Además, eran cosas que no acostumbraban hacer en su casa.

Continuó rayando el piso con la astilla.

Se iba a poner linda la pieza con el calor del brasero y entonces, sí, haría los deberes.

—¿No llegó Catalina? —preguntó con cierta timidez—.

—¿Y no sabés que sale más tarde?

—Es que viene tormenta. ¿Viste cómo se puso el cielo?

—¿No lo voy a ver? Ya entré la ropa. Dios quiera que no llueva mucho porque se me atrasan los lavados.

José Luis había dejado la astilla. Atendía a su madre y le hubiera agradado continuar la conversación, pero la mujer parecía tener pocas cosas que decir.

Cada vez que había amenaza de tormenta y lluvia, el muchacho sentía lo mismo. Pero nunca decía nada y trataba de ocultar muy bien sus sensaciones.

Era seguro que el padre y el mismo hermano iban a burlarse de él. Para eso era hombre y debía comportarse como tal.

El frío y la oscuridad iban infiltrándose en el corredor.

—¿Vos trajiste plata? —preguntó la mujer haciendo viento en el brasero—.

—Gané siete reales.

—Bueno. Andá al almacén y comprá real y medio de yerba y tres cuartos de fideos.

—¿Qué fideo compro, vieja?

—Torniquete.

Sintió una intensa alegría. Era el fideo que más le agradaba. Miró a la mujer como para agradecerle la idea.

—Voy a poner agua. Tu padre no tardará en llegar. ¿Qué hacés que no vas a buscar la yerba?

José Luis introdujo sus dedos largos en el bolsillo de la campera. Sacó las monedas y apretándolas en el puño, salió a la calle.

El cielo se iba cubriendo cada vez más.

Nunca le había parecido tan larga la distancia al almacén. Entró apresuradamente como si alguien lo hubiera estado corriendo.

—¿Qué hacés? —dijo "el Ñato" cuando lo vió entrar.

—Nada.

—Te espero.

—Bueno.

Un hombre estaba parado apoyándose contra la barrica de yerba.

Don Jesualdo no parecía tener apuro para despachar. Tomaba un papel con tranquilidad, lo ponía en la balanza, sostenía la pala en el aire sin decidirse a nada. Conversaba sobre las cosechas y el último impuesto a la caña.

El muchacho lo miraba fijamente. En realidad no podía decirle que estaba apurado porque la tormenta lo asustaba.

Don Jesualdo podía burlarse de él. Por eso prefería esperar.

Cuando abandonaron el almacén, "el Ñato" tenía los dos brazos ocupados con paquetes.

—Vos sabés que hoy se armó flor de relajo en la escuela —dijo—.

El gringo puso un lápiz de punta en una silla, y cuando la gurisa se fué a sentar, pegó un grito como si la hubieran estado degollando.

José Luis miró nuevamente el cielo.

Le hubiera agradado festejar el hecho, pero estaba demasiado preocupado.

—¿No tenés miedo a los truenos?— preguntó como si nada de lo oído le hubiera interesado.

—No. Son fenómenos!— dijo "el Ñato" riendo.

—A mí me gustaría vivir en una casa cerca de un pararrayo. En la iglesia hay uno ¿sabés? Pero dicen que se necesita uno cada diez cuadras.

—¿Vos sabés lo que le hacen al que le agarra un rayo?

—No.

—Lo entierran hasta el pescuezo y lo tienen así un día entero para sacárselo.

—Andá!



—Sí, te digo! Si no querés creerlo preguntale al Pocho. El padre es electricista y se lo dijo!

Pero José Luis no quería averiguar más.

—Chau Ñato— dijo apresuradamente y entró a su casa.

Catalina había llegado de la colocación. Estaba bien vestida y con las uñas pintadas.

El la veía muy distinta a la madre. Pero, ¿quién era para decirle que no se pintara las uñas?

El brasero había prendido lindo y el agua para el mate ya iba a estar lista.

Mientras doblaba la ropa, la madre iba comiendo un pedazo de pan casero colocado cerca.

Catalina preparaba el mate. Sólo él estaba sin ocupación.

En realidad, tenía deseos de comer alguna otra cosa que no fuera pan. Porque cuando iba a retirar la factura para la venta, comía toda la cantidad que se le ocurría.

"En la casa del pobre, habiendo pan y yerba, ya hay de todo", había oído decir en una oportunidad a su madre.

Sin embargo, él tenía deseos de comer alguna otra cosa.

—¿Terminaste temprano hoy? —preguntó la hermana—.

—Sí— respondió José Luis.

El muchacho se había sentado en un banquito junto al brasero. No tenía deseos de hacer los deberes. Se divertía observando el carbón encendido cada vez que retiraban la caldera para cebar un mate. No veía bien claro por qué iba aún a la escuela.

La madre le había dicho: "Total! Ya que estás en sexto, terminala".

Pero él no entendía.

Si después de todo iba a trabajar. Porque eso sí... ya no iba a ser bollero!

Él se daba cuenta que no servía como vendedor y por eso tenía que cambiar de trabajo.

¿"Para qué moverse de allí y hacer los deberes?", —pensó—.

—Dame otro mate Catalina, dijo tocando el tarro de azúcar—. Ya se está levantando viento —agregó como si nada hubiera dicho anteriormente.

—Aha! —respondió la madre—. Dios quiera que lleguen antes de la tormenta.

José Luis miró nuevamente el fuego y recordó un hecho atroz. Una noche semejante, de relámpagos, truenos, lluvia, y a su padre que se le había ocurrido mandarlo hasta el almacén a pedir fiado un paquete de tabaco.

Se le hizo bien presente el relámpago que había dado en su cara. Cuando quedó como clavado en el suelo repitiendo: "Santa Bárbara bendita!... Santa Bárbara bendita!"

Tenía los pies y las uñas llenos de barro.

—"¿Sos hombre o sos nena?", —le había dicho el padre—.

—"Y bueno..., voy a ir!" —había respondido él lleno de angustia.

Juan no había dicho nada. Sólo la madre lo había defendido.

Ella comprendía. Pero no pudo menos que decirle: "¿Vas a morirte si no fumas una noche? Jesús!... ni que fuera un antojo!"

Pero el hombre se salió con la suya.

Sin embargo, José Luis sabía de niños de su edad que cruzaban las calles de las manos de las criadas.

—"Catalina tendrá que hacer lo mismo" —había pensado con pena.

El viento azotaba cada vez más. Ya reinaba una oscuridad absoluta. Los relámpagos atravesaban el corredor como hilos largos y tendidos. Las puertas se movían. Toda la casa vibraba.

—Qué lindo vieja! Vamos a comer guiso de fideos esta noche! —dijo José Luis como si regresara de un largo viaje—.

La madre lo miró sonriendo.

—"Estos muchachos tienen cada ocurrencia!" —pensó saliendo con la lata en busca de agua.

Una ráfaga fría invadió la pieza e hizo saltar chispas del brasero.

—A la m... que se puso feo! —dijo la mujer regresando con el agua.

El muchacho juntó las rodillas y dejó que una sonrisa se extendiera en su rostro.

—Está lindo el mate! ¿no vieja? —dijo como para comunicar lo que le estaba sucediendo—.

Luego pensó que debía hacer los deberes. Había sin embargo algo que se lo impedía.

El frío, estar frente al brasero prendido, sentir la tormenta, ver a su madre preparar un guiso de fideos torniquete, todo eso le hizo sentir algo que él no podía definir ni entender bien.

—Está lindo el mate! ¿no vieja? —volvió a preguntar sin darse cuenta de ello—.

La madre apoyó las manos sobre la pieza de ropa que estaba doblando y lo miró como desde hacía mucho tiempo no lo había mirado.



# EL SUPERIOR

*por*
*Jorge Arias*

Dentro del ómnibus no había más que ruidosas manifestaciones de alegría y rostros sonrientes. Todos se apretaban unos contra otros con benevolencia hacia los compañeros de viaje y también hacia el resto del mundo —allá, más lejos en el parque, las primeras parejas de enamorados, el heladero y su carro amarillo. En las conversaciones comenzaba a gestarse la efímera leyenda de cada domingo sobre las jugadas más emocionantes del partido. El calor aún se hacía sentir.

—No puede abrir esa ventana. Ciérrela —dijo de pronto un hombre desde el centro del pasillo. Su tono, autoritario y firme, se dirigía a intimidar a un muchacho de ojos turbios y camisa roja oscura que había abierto una ventana.

—Ciérrela, mocito, cierre esa ventana —apremió la voz firme y monótona. El muchacho vaciló, buscando apoyo a su alrededor. Un hombre rubicundo de gorra a cuadros dijo en voz alta y desafiante:

—¿Y usted quién es para dar órdenes a nadie? Si no le gusta se baja... No la cierres nada, Luis, no la cierres. Le bullía en la sangre el triunfo del club del barrio.

Pareció entonces como si girara el escenario y apareciera el hombre autoritario iluminado por el arco voltaico. Todos lo miraron. Vestía un traje marrón muy raído y usaba una corbata negra mal hecha. El no se dió por enterado.

—Guarda, —llamó—.

Ante el asombro de muchos el guarda se acercó sumiso, atravesando con habilidad profesional la doble fila y haciendo guiñadas de complicidad a los que estaban sentados. Quería dar a entender que estaba sobrando la situación. Interrogó al hombre con un levantamiento de cejas.

—Haga cerrar la ventanilla.

—Cerrala pibe, por favor —acató el guarda con aire conciliador. El ómnibus seguía su viaje, pero ahora había entrado en un lugar sombreado; los pasajeros, deslumbrados aún, entrecerraban los ojos, pendientes del caso con extrañeza y regocijo, pero todas las conversaciones habían cesado. Toda la escena se veía como a través de un vidrio empañado.

—¿Y usted quién es para mandar aquí? —tronó el gordo belicosamente, sacándose la gorra. Tenía pelo rubio y enrulado; sobre la roja piel del cuello nacían gotitas de sudor.

—Soy un superior— dijo con convicción el hombre. En los ojos

dilatados de algunas mujeres nacían temor y asombro. Había algo en el tono de su voz, en la rigidez de sus ojos, que suspendía el ánimo de quienes lo escuchaban. Otro cualquiera hubiese sido objeto de irrisión; él en cambio, desde su pequeña estatura y su corbata mal hecha imponía un imprevisto respeto. —Pare el ómnibus— agregó, dirigiéndose al conductor. Este obedeció, y la sorpresa paralizó al instante los pensamientos de los pasajeros, que miraron inquisitivamente a los funcionarios buscando en vano la clave del asunto. El gordo rubicundo hacía esfuerzos por sublevarse detrás de un torrente de imprecaciones. Pero él también había sido dominado por la magia extraña que emanaba de aquella mísera figura. Se esperaba todo; que el Superior echara a reír, transformado en un obrero bromista o que comenzara a hablarles en favor del aumento de salarios. Podía ser un loco o un hombre razonable, que fuese al fútbol, tuviese opiniones políticas y hablase de mujeres en la mesa del café. Pero todos sentían —más o menos frío— un velo sobre la alegría del triunfo.

—¿Qué pasa? —exclamó nerviosamente uno desde el fondo— ¿es un inspector o no?—. "Carlos!", susurró su mujer con temor. El la miró de reojo y sonrió, tratnado de impresionarla con su audacia. Siempre había deseado una oportunidad así.

—Un inspector de particular no es inspector, es como cualquiera. No manda nada —dijo un muchacho desde una segunda línea de defensa. Su intervención cayó en el vacío, y él, con un ligero encogimiento de hombros siguió recordando la película pornográfica que había visto.

El Superior no miraba a nadie, aguardando seguro de si mismo el cumplimiento de sus órdenes. La ventanilla fué cerrada, y el incidente fué perdiéndose tras el ruido del motor, las casas húmedas y los plátanos de la vereda sin resolverse en nada; era sólo un enigma que se oscurecía a la distancia.

Pocas cuadras después bajó el Superior. Había perdido algo de su aspecto mágico, y era un hombre como tantos; sin embargo, nadie se atrevía a mirarlo fijamente. Luego que, con estridencias de desahogo, arrancó el motor, exclamó el gordo:

—Menos mal que hoy ganó Cerro, que si no...— y meneaba la cabeza amenazadoramente.

Algunos rieron. Querían reír, lanzar sobre el abismo una cuerda que los uniera a aquel momento en que salían de la cancha de fútbol, cuando no pesaba sobre ellos la incertidumbre. Pero no era posible; y el ómnibus prosiguió su marcha, sin saber a ciencia cierta a dónde iba.



# LOS ESPEJOS

*por*
*Antonio Vega*

Nadie quiere que lo asfixie esa dura y musgosa almohada de la incertidumbre. De manera que me levanté. Andaba descalzo sin sentir el frío del suelo. Tenía la seguridad de que aquellos pasos cautelosos, cuyo rumor llegaba desde la calle, debían de ser de él. Me fuí apoyando en el silencio recordando de memoria los viejos muebles diseminados en el ambiente. La casa era chata y extendida, demasiado grande para tres personas; una hija de diez y ocho años y un padre de cincuenta. La mujer de los quehaceres, la diminuta Sofía, ocupaba menos espacio que ninguno; además, siempre se había movido en una timidez que parecía producto de su sordera. Nos venía acompañando desde que Alondra quedara huérfana, muy niña aún, perdida en ese vago y limitado mundo de la infancia.

Fuí descubriendo los contornos de las cosas a medida que avanzaba. Sentí una opresión ominosa, y terminé dándome cuenta de que retenía la respiración, como si el fino zumbido del aire pudiera delatarme. Respiré hondo. Mientras, los ojos querían bucear lejos, entre aquella niebla de luna filtrada por rendijas y gruesos vidrios de claraboya. Todas las puertas tenían sus visagras aceitadas, pero... yo conocía tan bien las de su puerta, que el menor susurro del hierro lo recogía en mi inquietud. Escuché. Nada. Algo... sí... un leve silbido. "Que se pongan todas las conciencias de pie, junto a las paredes; esas conciencias impenetrables que aman la sumisión de lo perfecto, y entonces se justificará mi sufrimiento". ¿Sabéis lo que son diez y ocho años, y esa salamandra amorosa despertando? Cuando miré su cara durante los últimos días, la cara de Alondra era perfecta; valgan, mis ojos de padre, su nariz fina, sensible en las aletas que vibraban imperceptiblemente. Y su frente, sostenida por las dos hojas azules, verdes, grises de sus ojos, los que parecían cambiar de color con las mutaciones del cielo. Hablar de una hija es entrar en la poesía. Contrariamente, yo quería ser en ciertos momentos extraño a sus encantos. De manera que la miraba profundamente queriendo descubrirla en sus pensamientos. Me preguntaba: "¿Esa cara inocente tiene el instinto detrás?" No viene a que explicar cómo llegó a mis manos esa sucia hoja arrugada en que unas palabras lacónicas buscaban concretar una resolución. El la citaba para esa noche, y exigía que lo acompañara. Parecía tener sobre ella gran influencia. Tanta como para esclavizarla en el deseo.

Desde pequeña ella, mi Alondra, había sido obediente. La obediencia está conformada para la adaptación de animalillos domésticos. La obediencia es también una ola de vuelta del afecto puro. Me desdoblé

en padre y madre, y velé por ella, cuidando desde sus bronceados rizos hasta su deliciosa alma tierna. "Ven aquí, quiero que tomes el sol, iremos al parque". Y allí íbamos seguidos por el paso cansino de Sofía. Se entretenía con los gansos del lago, tirándoles migas; y con las palomas, llamándolas a sus manos, con granza. "Tienes que comer más, estás endeblucha". Y allí me ponía junto a la mesa, tomando de le mano a Sofía la cuchara, y le daba en un oficio cuidadoso, la sopa. "¿Dónde te has lastimado esa rodilla?" Y hubiera querido estar siempre junto a ella, con ella, a ella sólo dedicándome. Hay que sumar estos minutos, horas, días, años; para comprender el desasosiego, mi cruenta incertidumbre. Yo descalzo, vigilando, amargado, asqueado de pensamientos torpes.

¿Y ese silbido que parece llegar del final de la calle? ¿Algún transeúnte aburrido? No, es él. Tiene que ser él, con su máscara de noche. ¡Asqueroso diablo joven! ¡El seductor! La venía envolviendo en su pegajosa telaraña. Me fuí enterando de todo. La sorprendió en la calle. La acorraló con palabras: corazón, piedad, locura, sacrificio, entrega, amor... Trampas, sólo trampas. La acompañó muchas veces. Le habló a escondidas. Intentó tomar taxímetros, cuyos chóferes ya saben ciertas direcciones, y ríen como sátiros. Ella aparecía con manchas de lágrimas en la cara encendida. Un temblor en las manos la hubiera denunciado. Yo imaginaba ver las manos de él marcadas alrededor de su cintura, en sus brazos, en toda ella. Feas marcas. La trataría de enlodar. Nunca dió la cara. Exacerbado, he querido encontrarme a solas con él. Nunca lo he conseguido. ¿De qué familia sale como una sombra? He hecho el papel infame de pesquisa, sin que ella, Alondra, me pudiera sorprender. Posiblemente la he criado sin defensa. Y ahora tristemente me parece cursi, con su carpeta de estudio de piano, su sombrero reformado tres veces, su rodete sobre la nuca, con su paso presuroso y menudo, y esas polleras, que he querido siempre lo más largas posible. Una vez... sería tarde, él se animó a llamarla bajo esa ventana, hizo portavoz con las manos, y salió una voz sorda: "Alondraaa". Ella esperaba la llamada. Hablaron largamente y me fuí enterando —ellos creídos en mi sueño— de sus propósitos halagüeños, disimulados. Estuve tentado a gritarle: "Malvado". ¿Y qué reacción hubiera provocado en ella? Eso siempre me detuvo. He temido su acción impulsiva. Es él un hombre que vive de corretajes, con un traje marrón o gris, veintitantos años, gesto audaz, posiblemente criollo, sin paradero fijo; las únicas referencias para una credencial imaginaria. ¿Soltero? Un enigma.

¡Ah, gira su puerta! Sí, la oigo.

Yo estaba detrás de una cortina, próximo al hall, por el cual ella infaliblemente debería pasar. Pero... ¿es que yo admitía esa posibilidad. Sí. Sí. Sí. Golpeaba en mi nuca. Ya en mi frente era otra cosa, allí se encendía como en un luminoso la palabra: "Integra". Sin embargo... desde allí atrás, del estrecho corredor que llevaba a su puerta percibía un ruido muelle. Cuando la alcancé a distinguir era una figura leve, ambigua, inmaterial. Forma imprecisa en una ondulación de contornos esfumándose hasta morir en los rincones más negros. Al darme cuenta de que era ella, Alondra, el estómago pareció contraérseme, asfixiándome. Náuseas, repulsivas náuseas. Miraba intensamente a esa mujer joven que ya no quería que fuese mi hija. Esperaba su determinación. Tendría que pasar cerca mío, para irse con él. Yo, podría salir a su encuentro. Abofetearla, pisarla, hundirla en nuestro pasado antes de que saliera. Mas... si su alma se iba lo mismo, que me importaba ya. La dejaría irse, si ella misma no era capaz de reflexión, de honda cordura, de mirarse en esos infinitos espejos que son las acciones, y que en perenne exposición constituyen en el largo salón... ese salón por donde desfilamos con nuestro razonamiento... constituyen nuestra moral, nuestra mezquina historia de reflejos. Yo me hubiera puesto de rodillas, pidiéndole a mi Alondra, que mantuviera sus espejos limpios. Es lo menos que tiene que hacer una joven de su hogar. Porque una muchacha que tenga un espejo íntimo sucio, por pequeño que sea, lo llevará sin ella quererlo, por delante suyo como un reflector dando una luz parda y pestilente.

Ella se detuvo en mitad del hall. Adelantó un brazo. Yo esperaba. Pareció decir algo que no alcancé a comprender, detrás de mi parapeto. Fué a seguir con un pie sin ruido, enfundado en la madrugada. ¿Escucharía la voz de su madre viniendo desde lejos? ¿Sabía que yo estaba allí? Ni lo imaginaba. Parecía debatirse en la incertiumbre, esa que asfixia. "Si quieres irte, vete. Vete. Pero estarás muerta en mí. Odiaré tu presencia". ¡Qué cosas de pensar y decir en aquellos momentos. Cosas tontas que ella no oiría, y yo no diría nunca. Ella quería avanzar. Parecía buscar a tientas la puerta. Un poco más y estaría en la calle con él. Y silenciosos desaparecerían. ¿La habría perdido? No podía quedar indiferente, por más que me lo hubiera propuesto. ¿Saldría? La retendría de los brazos mientras le explicara lo de los espejos, pero con palabras que empleaba cuando ella era niña y me entendía con enseñanzas sencillas y ejemplares. Todo antes que ella se fuera. Sin embargo... si él fuera otro que yo desconocía, leal y puro, y tuviera más fuerzas que yo, tendría que cedérsela. "Dejemos que se vaya, y vete tú, viejo padre, carcomido padre, a meterte en tu espiral de caracol, sin sueño, a disecarte lentamente, agobiadoramente, sin tiempo". Estas y muchas otras reflexiones me hacía a todo galope en estos momentos supremos. ¡Ah, vértigo! Con fruición tira de la sangre hasta desmayarnos.

Su mano se apoyaba en la cerradura de la puerta de calle. Estaría haciendo girar la llave. El le había prometido casarse, tomarían un diminuto piso cerca de esta casa, buscarían la reconciliación pasado el disgusto. El seguiría con sus corretajes, ella podría dar clases de piano. La libre e independiente vida de dos. Y ese satélite de diez y ocho años que salía de su órbita y rodaba. "Alondra, detente". "Mi voz muda viene de mis entrañas". Ella retrocedió frente a la puerta. Sus brazos parecían temblar separados de su cuerpo, y su cabeza se inclinaba hacia adelante, la barbilla sobre el pecho. "Vuelve, Alondra". Un silbido leve filtró la madera de la puerta. Ella se sacudió y quiso avanzar, pero sus pies eran de estatua, y quedó en el lugar. Sólo su cuerpo se balanceaba en una marea de angustia. "Resiste unos momentos más y estarás nuevamente tranquila. El es el engaño. Te engañará y te despre-

ciará. Tengo por seguro. ¿Cómo lo sé? Por favor, no me lo preguntes. Perdóname si no puedo explicártelo, pero yo sé que pasa así". Ella giró súbitamente como un trompo de gasa. Levantó sus brazos que se movieron en el espacio de niebla, y terminó apoyándose las manos en la cabeza. Así pareció caer, correr hacia el estrecho corredor por donde había venido. Yo estuve a punto de romper el vidrio de la puerta con la frente en ese intento de seguirla. Una languidez me recorrió fría y lacerante. Me pareció que un sollozo venía desde el corredor. Estaría tendida en su cama, hundiéndose en la almohada, sollozando. ¡Ah, el magnífico espejo de esa noche, centelleante luna dándole entera y pura! Un alma reflejada en un espejo de cuerpo entero. ¡Todo un cuerpo vaciado para un alma, más, para una conciencia!

—"Gracias, hija mía".

Me iría a dormir tranquilo, mientras ese silbido, ya mellado se debatía en la madrugada como víbora herida.

Aún no. Ella sufre. Sus ojos estarán transformándose en llagas. Esa incertidumbre que nos lima hasta agotar nuestras energías. Dudé de mi mismo, de mis razonamientos. Y pensando que ella sufría, pensé que le hubiera gritado con mis escasas fuerzas: "Vete. Vete. Atraviesa esos imperturbables espejos. Fríos, helados, jueces. Vete con él, y que la suerte vaya contigo". Porque la vida no es más que la oportunidad egoísta de la felicidad. Y nuestro paso debe ser de triunfo sobre todos esos fragmentos de espejos, viejo sistema de estrellas muertas.

¿Te deberías ir? No sé. ¿Dirá el hombre del silbido su verdad cuando te pida que lo sigas? ¡Qué se yo. Ya no te puedo decir nada. No te sé decir nada.

Un aparente silencio llenaba toda la casa. ¡Bendita tranquilidad! La diminuta Sofía estaría en su cuarto, tapia contra tapia, dormida. ¡Tranquilidad! Y ella y yo, distantes polos... Debe haberse cansado de esperar porque no se escuchaban sus silbidos.

Yo también me fuí a dormir. No, a llorar. Sí, a llorar torpemente.

¡Los malditos espejos!



# CHONGUITO

*por*

*Alfredo de la Peña*

—Te digo, que no.

La voz de la madre resonó como un latigazo en sus oídos. Con las manos en los bolsillos del pantalón, se dió vuelta y pateó la pared, refunfuñando.

—Pucha, digo.

—¿Cómo dijiste? La madre se dió vuelta con la mano en alto, pronta para la cachetada.

—Nada, pero si yo no dije nada—. Y reculaba calculando el viandazo.

—Claro, eso lo aprendés en la calle y después querés ir a juntarte con esos gandules.

Salió de la cocina y agarró para el patio. Que rezongara sola si quería.

Gandules, gandules, siempre gandules. Si el único que era más grande que él era el Escupidita.. Y en lo único que lo ventajeaba era en que fumaba cigarrillos de verdad, que le afanaba al viejo. Bueno, a trompadas también le ganaba. Pero nada más. Los demás eran de su edad, de diez a once años.

Justo esa tarde que le había dicho al Arrigo que salía a jugar, a ella se le antojaba no dejarlo salir.

Y ¿porqué? A ver: ¿porqué? Era injusta como... como no sabía qué.

—Pucha digo—. A ella se le ponía que no y era no. Estaba harto.

Un día de estos agarraba, se hacía un atadito y se iba con el Arrigo por ahí. Después iban a llorar, seguro. Y le pedirían perdón llorando. Pero nada, se iba y chau.

Total, de hambre no se iban a morir. Si apretaba, manga. Dirían que eran huérfanos. Así los viejos se morderían de rabia.

Y si no, se moría y sanseacabó. Entonces sí que se arrepentirían. Que lloraran todo lo que quisieran. No reviviría para darles el gusto de que se alegraran otra vez. O a lo mejor lo cascaban después. Se moriría del todo.

—Chonguito.

La voz de la madre lo sacó de sus maquinaciones.

—Ah, sí, ahora mucho Chonguito, pero con Chonguito no lo iba a comprar. Primero palos y después: Chonguito, mi hijito y así por el estilo. Estaba arreglada.

—Qué querés— preguntó malhumorado.

—Vaya a lavarse y póngase el traje de la comunión, las medias blancas y los zapatos nuevos que va a venir su madrina. Y antes tiene que hacerle un mandado a su madre. Vaya, apúrese.

Iba a contestar: —No voy nada—, pero, pensándolo mejor, no era momento. Además le agradaba lo de su madrina.

Pero, ¿porqué no se lo dijo antes en vez de chillar tanto? Hubiera ido hasta lo de Arrigo a decirle que no podía ir y se habría vuelto enseguida. Siempre lo mismo, como si él fuera nada más que un chiquilín.

Se lavó orillando el agua lo mejor que pudo, se peinó, se vistió y se presentó ante la madre que le arregló el cuello de la blusa, le aplastó el remolino mojándose la mano con saliva, le acomodó el saco y luego lo contempló medio echada hacia atrás.

—Bueno, así parece gente. Tome, vaya derechito hasta lo de don Oscar y le pide los bizcochitos que le encargué. Y que le den bien el vuelto. ¿Oye?

Por el camino pensaba en su madrina.

El y su mamá le decían señora. Señora para aquí, señora para allá.

No le gustaba la manera como se conducía su madre frente a ella. Tampoco la forma en que lo hacía portarse a él. Parecía ese muñeco que un tipo hacía hablar en el tablado, mientras lo hamacaba en sus rodillas. Y las dos le decían Chonguito y le decían nene.

La madrina decía mucho "Tú" y se reía de cualquier cosa que él dijera, como si todo fuera gracioso. Y le acariciaba la barbilla.

Nunca había ido a la casa de la madrina, pero debía ser como las que hay en 18 de Julio. Allí sí que hay casas fantásticas y llenas de luces.

Debía ser una con garaje, porque siempre venía a buscarla un negro todo lustrado en un auto grande. El Arrigo se acordaba la marca.

En otro tiempo su mamá había trabajado para la madrina. Por eso era su madrina. Debía ser muy rica.

Lo que más le impresionaba eran los vestidos que traía y el perfume, que luego, al irse, quedaba flotando en el comedor.

Después de noche, soñaba que venía a buscarlo y se lo llevaba a su casa que estaba llena de señoras como ella, que lo acariciaban, lo mimaban, sin rezongarlo para nada.

Por indicación de su madre se sentaba frente a ella, derechito en la silla, cada vez que venía. Estaba un ratito y se iba. Se quedaba quieto, extasiado, contemplándola.

Por eso, por el placer que le daba verla, no le incomodaba vestirse con el azul de la comunión ni calzarse los zapatos nuevos que le apretaban.

A veces le traía golosinas. Pero la vieja se apuraba a esconderlas para que no se atracase.

De regreso de la panadería, se topó con la barra de chiquilines en la esquina. Se empujaban unos a otros, se revolcaban por el pasto de la vereda, se tiraban piñazos. No estaban ni el Arrigo, ni el Escupidita, ni Antonio.

Cuando lo vieron tan paquete se pararon para cargarlo. Uno, que conocía de hacía poco se contorsionaba todo y le gritaba haciéndose



bocina con las manos: —Chonguito es un pituco... Pituquito... Marica...

Le mandaron de carnada a Felipito. Se le acercó riendo y cabriolando. Era un chiquitín vivaz, rubio y sucio que no pasaba de los siete años. Yéndole a la zaga y con grandes ademanes demostrativos, cómicos e intencionados, lo azuzaba.

—Pero que nenita... miren la nenita...

Y como Chongo le amagara un revés, se le puso delante hecho un gallito.

—A ver, a ver, pegame pituquito, pegame a ver.

—Salí, botija—, y Chonguito lo empujó para sacarlo del paso.

Mientras, los otros se aproximaron. Alguno lo amenazó. Vó, no toqués al chiquilín que te la ligás.

La sangre le hervía, pero ni el traje ni el paquete de bizcochos lo dejaban pelear. Seguía caminando medio de costado; pero se le escapó: —Andá vó, manga e'podridos—.

Le cayeron arriba. Un grandote le robó el paquete y disparó. Quiso correrlo. Lo voltearon. Lo arrastraron por la vereda .Peleó, mordió, pataleó. Al fin, lo dejaron tendido, sofocado y huyeron dispersándose. Lloraba de bronca. Ahora sí que se la ligaba en serio.

Temía mucho más las iras maternas que todos los pugilatos callejeros juntos. Y a estos desgraciados los iba a agarrar uno por uno. Y para los grandes traería al Escupidita.

---

Remolineó antes de entrar. Al fin se decidió. Sabía que con explicar no arreglaba nada. Ni le daría tiempo. Estaba calculando donde iba a recibir más golpes, para cubrirse y la manera de eludirlos ,cuando vió el auto de la madrina en la puerta.

El corazón le saltó de gozo. Por ahora se salvaba. La madre se ponía mansa cuando había visitas. Lo que sí, que la cosa sería después. Pero confiaba en que se olvidara. A menos que pudiera acostars antes. No, si lo iban a cascar lo cascaban igual.

Entró. La madre se agarró la cabeza y comenzó a lamentarse. La madrina sonreía como siempre. Dijo: —Cosas de chicos, ¿eh, galopín? No entendió pero le dijo que sí.

Se fué a cepillar. Cuando regresó, ya la madrina estaba de pie y le decía a su madre: —Bueno, María, dile entonces que se presente mañana; ya sabes que tendrá allí mejor sueldo; además yo se lo recomendé al gerente.

La madre toda confusa agradecía con mucho aspaviento.

Nunca se había ido tan pronto la madrina. Justo hoy. Si se quedara un rato más en una de esas a la vieja se le pasaba la bronca. Estaba tentado de decirle: —Quédese señora, quédese hasta la cena. No se animó.

La madrina le dió un beso y se fué con su madre que la acompañó hasta la puerta.

Bueno, ahora se venía la gorda; pero no importaba; él agarraba y se iba. Porque él tenía razón. Lo habían provocado. Y el padre le había dicho: —Cuando te den dá vos también.

Ahí está, por hacerle caso. Pero ni se quejaría. Después de la biaba hacía el atadito y se iba. Tenía que pensar para donde.

En eso llegó su madre. Lo miró, hizo un gesto de desaliento, y le dijo: Andá "galopín", sacate esa ropa para que la limpie. —Cuando aprenderás a portarte como Dios manda—.

No podía ser. La desconocía. Bueno, siempre la desconocía. Ahora que él creía que le iba a pegar no le pegaba y ni siquiera un grito. Era el colmo.

Entonces no podría pensar para donde se iba. Justo que se le estaba haciendo lindo el irse.

Medio malhumorado se fué a cambiar.

—Se cree que soy nada más que un chiquilín—.

—Pucha, digo—.



# HE DE MORIR, ARMONIA

*por*

*Andrés de Armas*

El veinticinco de julio de 1948, a las seis de la mañana.

Los párpados cerrados aún, pero ya lo suficientemente alerta como para tener conciencia de que estaba despierto. Y tanto como pocas veces lo había estado, al punto de que pudo escrutar rápidamente —como podría hacerlo con peces o agujas escurriéndose por un tubo transparente— en detalle y en conjunto, todo su melancólico trabajo nacional, seccionado en ese momento. En primer término sacaba a flote cosas y circunstancias, que posteriores sentimientos, en parte determinados por ellas, empañaban; inventaba pasajes, que en realidad habían transcurrido, pero no en la forma que él hubiera deseado. Sentía un escozor en un pie, un ligero malestar en el estómago, humedad en los sobacos y, llevando la batuta, aquel feo ardor debajo de la garganta, adentro, como el oscilante reflejo de una serpiente negra. Sintió, en otra forma, un trueno que irrumpía; pero lúcidamente lo clasificó como el ruido de los tranvías saliendo de los hangares de una estación distante dos cuadras. Su reloj está al margen; de pronto lo atiende y se graba, acentuado ,su ritmo en el silencio y la oscuridad, que se aprietan a las cosas del cuarto como una corteza. Y ondulaba, subía, bajaba, variaba su intensidad, el mar de mercurio de sus emociones, en el que bogaba todo el resto de su vida. Como un hombre encaramado en lo más alto de un eucalipto, hamacado por un viento potente, sintióse inclinado a un lado y otro, tirado por una tensión periférica, centrifugado. Lo sentía con más fuerza ahora que ya no trataba, en manera alguna, de gobernar el tablero de instrumentos en esta móvil espiral incesante.

Camethó lentamente descendió, entonces, de la cama.

Masas oscuras de eucaliptos inmóviles fué lo primero que se le presentó en la ventana, a la cual se dirigió descalzo y tiritando. Arriba de los árboles, el extremo de la chimenea de una fábrica de neumáticos, humeaba dulcemente hacia el sur. Sobre el fondo oscuro, la torcida vaharada asumía personalidad fantasmal al ser iluminada a través de las claraboyas por las luces dèl trabajo nocturno. Tan absorto quedó ante la ventana —mientras las vedijas luminescences se renovaban, arrastradas por el viento norte, pero con más coherencia que él mismo —que rompió toda correlación con lo que tenía delante y le parecía captar, en el mismo plano de autenticidad, la ligera modulación que en ciertas madrugadas se sabe —sabe él— que son las hojas del maíz en razón, frotándose entre los dedos de un leve soplo, en los augurios del amanecer. Con amargura sin decepción, reflexionó en que esas cosas, sauces y trebolares, dulcísimo aire del norte, tibios rumores eran casi la sola

herencia que podía dejar a los ocho años pimpantes de su hija. Una herencia quizá excesivamente indeterminada y universal. Una vez más deseó que ella creciera y viviera rápidamente antes de que tales cosas pudieran ser barridas de sobre la tierra, donde él pensaba que pronto se perdería hasta el derecho de enviar cartas íntimas.

Se acostó, agarrotado, a esperar el alba. El tecnicolor subiría en dinámicas franjas y masas, que bruscamente se derrumbarían quedando una escoria gris y blancuzca.

Dormitó y pronto se despertó, sobresaltado como si una araña se paseara en su mejilla.

—¿Qué hago yo aquí? — se preguntó. Había tenido un breve sueño de vertiginosa intensidad y respondió a esa flotante oleada con una pregunta que prolongaba al mismo sueño en su intención más cardinal; pregunta dicha con la voz ronca de cuando uno se sienta en medio del colchón, desconcertado y banal, todavía con imágenes nocturnas, como sombres fluyentes de nubes, pesando sobre la piel, sobre las cuerdas vocales y sobre la retina, que aunque alerta, no clasifica bien.

—¿Qué hago aquí? Esto, aquí, es algo para enfermos adultos. ¿Cómo? Enfermos adultos. Sí, es razonable, puesto que tengo cuarenta y cuatro años. Y que estoy enfermo.

Una conmoción lo trastornó.

También él había leído el aviso y decía: enfermos adultos.

—"¡Arrodillarse junto a Armonía y acariciar sus cabellos! ¡Quisiera eso, sólo eso!". Pensó con fuerza. .... .... .... .... .....

Sintió necesidad de fumar. Como primer medida le habían quitado sus cigarrillos. Era duro, pero tendría que habituarse también en ese aspecto. ¡Ah, si al menos vinieran hoy, y le trajeran a Armonía! Quizás la trajeran. Sí, la traerían, después de todo.

Tratando de no tragar mucha saliva, acomodó las dos manos entre la almohada y la cabeza. Los ojos se volvieron a la ventana y entonces entrevió como cada minuto, todo momento vale por sí mismo, por lo que en sí contiene y aporta, no en relación a otras cosas, a teorías pendientes, a explicaciones. Y pensó aún en que si cada uno de esa barbaridad de millones de minutos vividos por todos los hombres se aporta, es únicamente por la posibilidad de que el minuto venidero sea mejor. Pero, tal como ellos se aproximan a nosotros, no contienen ni siquiera un propósito útil de esos llamados "fines", con los que se regatea la vida fácil. A esto quedaría reducida toda noción de eternidad.

Un veneno.

Eso sí, sería excelente. ¡Si antes de todo se procurara un veneno que proporcionara la máxima lucidez antes de matar! Y con dolorido y quebradizo deleite se imaginó una lucidez colmada ,al rojo vivo por el frágil incendio vítreo de la risa de Armonía; y que él mismo se extinguiera verificando como esa risa lo sobrevive, maravillosa y triunfal, quemando cosas que desagradaban, recuerdos que no les eran comunes, bajas ocupaciones, la vida odiosa en que recaían. !Quemando, ah, quemando tanta!...

Ardió su esófago al tragar abundante saliva retenida, descuidada



su vigilancia al ser estremecido por una visión de Armonía, vestida de organdí blanco y el sol de costado transfigurando sus cejas y brillando en su labio inferior. El recuerdo persistió largamente.

Camethó sabía que fué él, el otro, Gerardo Lazo, quien vió el aviso y trató con la dirección de este Sanatorio.

—No te olvidaremos. Iremos a verte seguido — dijo Lavinia rápidamente.

¡Ah, le mostraban piedad! ¿Habrían querido humillarlo hasta en ese momento? No... Lavinia es... distraída. Es que, a veces, es distraída, sí.

Lavinia era contadora. Además, él, Camethó, estaba casado con esa mujer. Diez años hacía ya que había mirado con simpatía y hasta afecto, las pecas copiosas y la nariz griega de aquella joven, ciertamente fría y orgullosa, a quien se unía. Ella, apenas recibida en su carrera había consentido en aceptar enamoriscarse, discretísimamente, de la elegancia y el buen porte de un joven que ennovió con ella y que se hizo humo a los pocos días de pedir formalmente para visitarla en la casa. Desapareció sin explicaciones. Se vió entonces como el sentido común más estable, puede, aguijoneado por el orgullo, conducir, como una reacción en cadena activada por una descarga eléctrica, a un plano en que el manejo de la energía liberada se vuelve difícil. El crac fué tremendo. Es que se trataba de algo que se había estado cultivando tenazmente y la disciplina largamente depositada fallaba en un mundo horrosamente mal organizado, donde aún ni siquiera estaba reglamentada y codificada la inviolabilidad de las promesas matrimoniales. Fallaba algo que se había silenciosamente elaborado, con infancia dura, juventud sin expansiones, devoción a la posición y a las cosas bien hechas.

—Ese muchacho no hace las cosas como se debe — dijo la madre de Lavinia.

Y muchos meses después, aún no olvidaba la resonante fisura que dejó tan mal parada la consideración de Lavinia, en lugar de aquella frase, la madre se atrevía a decir ahora, si que algo acoquinada por el vuelo mecánico meteórico de la autoridad e importancia de su hija:

—Lavinia, hace dos años que tienes auto y aún no me has sacado a pasear con él.

Pero la contadora le ofreció, en cambio, una lección de sentido de la posición que había ganado, cuando, por intermedio de otra empleada, desahució como postulanta a oficinista a una prima suya, que precisamente, su madre habíale recomendado.

—¿De la familia? No. Dígale que ya ocupamos el puesto.

En medio de "la" familia apareció después Gerardo Lazo. Más joven que Camethó, aunque más calvo, era un ser estimulado y estimulante. Estimulado por los elogios, que referidos a sus éxitos y a su figura, lo envolvían como un esmalte. Estimulante era su cordialidad jamás declinada. Gerardo Lazo, espléndido y seguro como un autobote lanzando espuma a diestra y siniestro. Imposible imaginarlo sin su bigote de foca y sus anteojos de armazón metálica.

Camethó, allá en el Sanatorio, se interrogaba sobre si sería cáncer; pregunta que él no podía contestarse. "Nadie sabe aún", se repite.

"Van a diagnosticar". Para eso está. Nadie sabe, nadie sabe. Cáncer cáncer en el esófago. Una motocicleta pasó, ensordeciéndolo.

Gerardo Lazo había arreglado todo, aquí. Habían arreglado todo, antes Gerardo y Lavinia. ¡Cuántos recuerdos! Lo veía ahora. ¡Cuántos recuerdos se pudrían, como residuos vegetales en su memoria! Aquí no había barrotes. Oscuridad, silencio, frío, presagios de una soledad aún mayor, sí. ¡Ah, si tuviera al menos a su lado algo flexible, dulce y claro! Entregaba demasiado certeza: algo como Armonía, haciendo repiquetear el tambor que él le compró y que ponía furiosa a Lavinia: "Esos no son juegos propios de una niña!". Se volvió a tirar de la cama al suelo, con miedo y torpe resolución, como si tuviera que defender a su hija. haber sido llevado a la cárcel por coima y cohecho, haber sido destituído.

No había barrotes aquí. Pero los había allá y era mejor. Mejor ¿Por qué tarda tanto en amanecer? ¿Y no podría llover? ¿No llovería nunca? Desear que llueva o amanezca, o haya olor a sauce recién cortado, a savia de álamo.

¡Haber sido destituído del mismísimo empleo que le gestionó Gerardo Lazo! Era en la sección Proveeduría y Almacenes, de un Ente Autónomo.

—La cosa, tal como me la propuso Naciniegas estaba bien. No sé que detalle se frustró. Me sentí tentado. Tenía que ponerme, en dinero, a la altura de Lavinia. Poder, yo también, lograr para Armonía algo resistente y duradero. Después fué humillarme a pedir, a esperar de Gerardo Lazo, la ayuda, el apuntalamiento. Una palabra: perendengue, me la dijo.

—Eres un perendengue — dijo Lavinia.

—¿Un qué?...

—Eso no era para vos.

—¡Cómo se habrá sentido cuando se vió en la picota! — dijo Lazo.

"Pensé, o debí, contestar: —No, nada. Me encontraba magníficamente. Eran... las "grandes circunstancias". Exactamente lo contrario de lo que ustedes llaman grandes circunstancias. Pues que aluden a bodas, fiestas, homenajes y honores fúnebres. Pero no lo dije porque se transparentaría la mordacidad. ¿Qué derecho tenía yo a ella? Y mal podía malquitarse conmigo, a pesar de Lavinia, y yo lo necesitaba".

—Yo jamás transijo con estas cosas — dijo el padre de Gerardo, influyente correveidile de un partido político. Y agregó: —Usted ha jugado muy sucio. Ha querido velar viva a una organización del Estado!

Y allí, mirando para la calle, disciplente, con su cara de papel en blanco, sus maneras melosas y blandas como masilla, Gerardo pidió para él, otro empleo, puesto que la reposición era imposible. Vigiló de no tragar saliva. Tres o cuatro sirenas de fábricas se abalanzaron aullando y silbando en varios tonos.

En la garganta del minuto que ha llegar, del que se aproxima, de éste que nos está rodando, y espera turno, nadie sabe qué subirá a la superficie, ni que prevalecerá, si un recuerdo, una decisión, una preocupación o el asco que se rehuye, el asco a secas, bombardeando puntos vitales de la confianza. ¡Atención! Cuidado con que no vuelva el asco



cubriendo la piel, crispando, lanzando espasmos de fría sangre en el vientre, haciendo brotar arcadas en el píloro. Por eso el mismo se insta a desembocar otra vez, a saltar de un extremo a otro —de infinito a infinito— en ese sueño que le aprieta la garganta. Expresión lograda y cabal de ese retorcimiento imaginativo frente a la plenitud total del minuto venidero, de ese no violado con nuestro disentimiento.

—¡Papá! ¡Guau, guau!

—No, queridita. No es guau, guau, es una ovejita. Una "vequita".

—No sé como te pones tan cursi con la niña — dijo Lavinia, mientras manejaba.

¡Cuántas veces lo sostuvieron las extrañas satisfacciones que en su memoria segregaban esas escenas! Cursi... Ahora ya no. Posiblemente ya no pudiera interpretar bien o mal cualquier cosa o conducirse así o de otra manera, en uno u otro caso. Lo incuestionable era que, aunque fuera más bien mal, no importaba ya. ¿Pero a quién confiar su hija en este amazacotamiento de batracios, alacranes y serpientes? Por lo menos debió haber pensado en hacerse un seguro de vida a favor de Armonía. No podía imaginar que Lavinia... ¡Con ese feo vestido color mostaza, que vestía ayer, manteniendo la boca entreabierta, pensando brevemente su cosa falsa o su disimulo, y pestañea, se encoge de hombros con urbanidad y camina enérgicamente hundiendo en el aire sus gordas y recias rodillas! No podía imaginar, Camethó, no podía imaginar cuando cada gota, cada soplo de su cuerpo rezagado y friolento los aplica en restaurar, a través de las concavidades de sus oídos, la vocecita aquella que arrebata el rocío de todas las enredaderas del mundo. ¿Cómo dejar así aquellas largas pestañas, la frente redondeada y regular, la sonrisa donde pájaros y hojarasca dorada se enderezan furtivamente; el cuerpecito, difundido adentro del organdí fresa? El mismo cuerpecito que hacía pocos minutos su imaginación, colocada entre la trivialidad y la trascendencia como entre la espada y la pared, había hecho sobrevolar por encima de su organismo deteriorado y la ceniza de sus obsesiones, lo había despegado de la impotencia de tanta sangre sentenciada y tanta lágrima recóndita y fútil y trazado en un solo bloque el empaste de rápida ensoñación del que emergió gritando: —¿Qué hago aquí? — como derivación natural de ella y que condensaba mucha vida anterior y se proyectaba a resumir todo anhelo futuro, cuando ese futuro era, para él, puro alquitrán anegando.

"Yo tenía que llevarme conmigo a una muchachita que probablemente fuera mi hija. Tenía la sensación de que debía apartarla urgentemente de un peligro, o una situación perjudicial o cosa así; Viajamos hasta un lugar montañoso, en medio de una oscuridad donde la respiración se agotaba. Llovía. Llovió varios días seguidos. Y nosotros estábamos sitiados en una habitación donde había una chimenea. Repentinamente apareció el sol y hubo una súbita y absorvente primavera. El mundo parecía estar lavado o curado o algo así y podíamos confiar y alegrarnos".

¡Ah, y qué él no pudiera ya elegir!

Al reanimar el sueño quedó vacío y se ablandó y arrastró como un primus que se extingue. Aparentemente su cerebro rechazaba toda cosa

que no fuera sentir deslizarse esa sugestiva imagen, lentamente como la miel o la valvulina.

¿Razones? ¿Para qué?

La madrugada es fría como el cuarzo o la mica. Se oyen ruidos adentro del Sanatorio.

Toda esta masa de cosas que se entrechocan —se dijo Camethó— que se chocan y se contraponen como colisión de troncos o electrones, no tendrá existencia más que en esta oscuridad, pero es posible que sea la única forma de desenvolver su significación completa. Toda, toda la verdad y la realidad de la existencia están abarcadas en un solo minuto. Ahora en éste, por ejemplo, en éste que está creciendo; y no estaría del todo mal pues que tiene tantos y tan vibrantes elementos para cargarlo.

Vuelve a pensar, Camethó, en aquellas moles montañosas. En una laguna entre ellas. Mira esa pequeña playa remansada. Vagabundos por entre los pinos y los cedros al pie de poderosos y escarpados ventisqueros desnudos. Imagina tu vida allí. Imagínala, haz un esfuerzo. ¡Ah, si se pudiera! ¡Si fuera posible que emergieras purificado de esa inmovilidad acuosa, en esa playa. Pisar, libre, esa tierra para ti y Armonía y no sentir más esta angustia a flor de garganta.

Nadie espía allí para ver hasta dónde resiste uno. Nadie acecha a que uno salga corriendo y gritando, a que no pueda más, a que se quiebre uno como una madera seca, a que tome su bicloruro un domingo de mañana.

"Me escudriñan los síntomas, me observan solapadamente, las manchas de la córnea, el color de las mejillas y se dicen: —Tres meses. ¿Cómo? ¿Se arrastra aún? ¿Y ese cáncer? Se esfuerzan en pronunciar mentalmente la palabra que falta para el sensacional problema de palabras cruzadas que yo soy: MUERTE.

Saben "Muerto está su corazón". ¡Y qué curioso será verlo saltar, desquiciado y lamentable, como un pollito, de súbito en la calle, o saber que se tumbó de perfil con un fragmento de vaso aún en la mano. Me recordarán brevemente y dirá uno: —Era algo mamarracho aquel perendengue. ¡Y no amanece nunca! El congelado resplandor del humo lo veía hacer muecas y acongojarse.

He de morir, pensó y el pensamiento fué como el chasquido con que una sierra eléctrica termina de cortar la madera.



# VALERIO VA A UNA CITA

*por*
*Saúl Pérez*

La luna de la tarde asoma sobre los montes lejanos. Serían las siete, cuando Valerio salió de su rancho, muy apurado, con un paso de zancudo que se aproxima a la presa, un viejo que lo vió salir, le gritó desde la puerta de un rancho.

—Valerio... ¿Dónde vas tan apurado?

Valerio no respondió, llegaba la tardecita y había que apurar el paso; levantando un blanco polvo como cal y entre los ladridos de los perros, Valerio pasó muy apurado.

Ya el sol se iba ocultando y una tristeza honda caía desde los últimos eucaliptos; poco a poco las ventanas de los ranchos iban prendiendo sus lucecitas aunque todavía no era de noche. Era asunto, de andar ligero y no detenerse con nadie.

Por el camino adelante y llevando una bolsa al hombro va Valerio, alto y flaco, con un pantalón muy ceñido y por la mitad de las piernas; la camisa entre roja y blanca moviéndose en la brisa y los brazos, y las piernas larguísimas como si no pertenecieran al tronco moviéndose apresuradamente.

—Che Valerio, vení a ayudarme, que se me quedó el coche en la cuneta—. Es la voz del doctor Silva que echando pestes, lo llama mientras hurga en un motor que suelta vapor.

—Vení hombre que te voy a dar unos reales...

Por el camino adelante va Valerio, siente hambre y la lengua se le llena de saliva. Al diablo los doctores, cuando hay algo más importante que hacer ¡hay qué hacerlo!

La tarde más se oscurece; desde las islas lejanas viene algo así como un sueño.

La boca de Valerio entre los largos pelos de su barba está húmeda y fresca como trocitos de granizo. Su cara de choclo (barba y grano), está iluminada por una alegría enorme, pierna y mano se mueven como si fueran aspas.

Cerca del último rancho vive Juan José el guitarrista, al pasar él oye risas; alguien hace sonar la bordona. —Estaría bueno, mandarse unos tragos— piensa, pero no se detiene; lo único que mira son las puntas de sus zapatos que suben y bajan.

Un cordero bala en el anochecer. Blanca luna, aire de monte, un sonar de música triste en los álamos. El olorcito del pasto que ya espera el relente. Aplastando terrones y bostas secas, Valerio pasa.

Al cruzar el alambrado de los Mendizábal, alguien le grita:

—Che Valerio; vení a tomas unos mates.

Valerio mueve las manos y ríe y brinca, pero desaparece tras un carro que en ese momento sube la cuesta.

—Subí que te llevo— le dice un viejo con los bigotes teñidos de nicotina—. Tu casa queda lejos.

No, Valerio tiene una cita; su flaco cuerpo tan huesudo que a cada movimiento parece que va a tener un derramamiento de huesos, va como alma que llevan al purgatorio.

Una vieja que saca agua de un aljibe, lo mira, esconde una cuerda larga. Es la vieja Ramona que hace un mes le mataron un hijo. La vieja está vestida de luto y en la luz de la tarde que se va, tiene los ojos encapotados debajo de los ojos, lágrimas. Tiembla todo su cuerpo. Hace unos meses tomó querosén para...

Valerio, no se para, que lo perdone Dios, pero lo que es él... Camino adelante... El corazón golpea las costillas y él en cada latido cuenta un segundo.

Se siente el chas-chas de la Usina de luz eléctrica. Va por el asfalto de la carretera, cortará luego campo pasando por los potreros del Municipio.

Un perro con una lata atada a la cola, corre como enloquecido; Valerio tiene locura por los perros; pucha si a él le fuera posible detenerse. No puede. —"Hay que darle mucho a las patas —se dice— La p... qué queda lejos...".

Suenan dos pitadas tristes en el otro extremo del pueblo.

—¿Estará por llegar el tren?... Por el camino llega una majada de ovejas muy sucias y cansadas; los reseros, ponchos blancos y botas rústicas con enormes espuelas, le gritan algo que no entiende. ¿Cómo entender si va para una cita?

Cuando él piensa en ella se le hace agua la boca. —¡Pucha, si está tan güena!

Teme que le hagan una brujería, que le pongan un mechón de pelo canoso mojado de vinagre ensartado en un clavo de herraduras entre hojas de ombú y rodajas de queso duro! Pero qué importa!

Ya en el cielo, el sol es un pedacito de limón casi sin luz que es como decir, sin alma. Eso sí, aún ilumina medio de lado esta tierra de porquería

Al cruzar por la quinta, ve enormes sandías. —¿Qué güeño llevarse algunas?... ¿Pero para qué?... Apúrate Valerio, que llegas tarde —se dice a si mismo—. Apúrate que si no...".

Ya ve el monte; le cuesta respirar, el aire frío se le entra como si le llenara de agua fría el pecho, una puntada dolorosa en la cintura le hace dar dos o tres gruñidos. Está cansado pero sigue; los zapatos cada vez suben más altos con pegotes de barro y todo...

Oh!, si pudiera llegar a tiempo; el corazón se le aprieta pensando que no esté. Tiene que apurar más el tranco. Las lavanderas con enormes atados de ropa en la cabeza retornan del río; una negra vieja que pita un grueso cigarro de chala, al verlo le dice:

—Ajá! Con qué esas tenemos! Así que vos sotreta, andás jorobando



a mi ahijada... La negra hace un mohín socarrón, cerrando y abriendo los ojos y concluye:

—Andá, andá nomás tranquilo, que la chirusa esa te espera en el río.

Valerio pasa como un ventarrón entre el mujererío.

Cerca del agua, haciéndose la inocente, la que no espera a nadie, está Juana, buenas ancas, buenas piernas vista bajo la pollera arremangada hasta la rodilla; cuando lo siente acercarse, le dice:

—No te hagas el zonzo Valerio y no me toques...

Valerio piensa en la última noche en que estuvieron entre el yuyerío, encima de un montón de pasto. Había cerca una vaca que los tenía nerviosos. Ella al principio estaba que era puro chuchos y miedo, no quería.

El empezó a amansarla, era como ponerse a tocar el anca de un potro, saltaba para acá y para allá; tenía vergüenza y se reía como una boba; luego se ponía quietita y le metía los codos. El parecía leche hervida. ¡Fué macanuda la noche en el yuyerío!...¡Ja qué mujer!...

Bah, pero Valerio no está hoy para ella, que le puede importar aquella muchacha; total ¡psé! El tiene algo más importante que hacer, la deja. ¡Qué rabie, nomás, qué lo insulte! El ya no está para eso, se puede hacer la querendona, él ya no es hombre para eso, él tiene algo más importante que hacer.

Allá va Valerio, subiendo el cerro pelado, sin árboles, desde lejos parece que fuera con los brazos abiertos para agarrar la luna... La luna ahora es grande y amarilla como flor de zapallo; en la tranquilidad nocturna solo el rechinar de los zapatos de Valerio interrumpe la música que llega desde algunas lagunitas.

Camino adelante, ya el corazón se le sube, se le sube, está cerca; ve la casa blanca, ve el balcón, toda la casa parece estar vacía; pero él está seguro, pero segurísimo que tiene que estar...

Entra silenciosamente al patio, salta una cerca donde se araña la pierna en las espinas de un rosal, va despacio, sigilosamente hacia donde tiene que estar; la emoción lo sofoca, se le encienden los ojos como si fueran brasas, la boca se le queda seca. No se oye nada. Ya pasito a pasito se va acercando; cae una luz desde la ventana media abierta; pisa cada vez más despacito, se agacha y cruza en cuatro patas para ocultarse detrás de un aljibe; está a unos metros de donde descansa...

Suena un estampido seco; dando un salto escapa Valerio, salta la cerca sin tocarla, huye como un avestruz, pierna y mano suben y bajan con increible velocidad...

Por el camino adelante, alicaído, con el rabo entre las piernas va Valerio.

Ya no habrá un fueguito junto al río, ya no habrá carne (1) sabrosa.

¡Al diablo!... Ahora ya nadie lo llama... Ya no está Juana. Bueno cuando uno anda en la yeta, hasta los perros...

(1) De pollita.

# LA FIESTA

*por*

*Otto G. Benítez*

José decidió que aquel domingo sería para él un día de fiesta especial, o que tendría, al menos, una hora hermosa para recordar más tarde. No le gustaban mayormente las reuniones, pero todo el día se le había ido quedando entre los dedos, delgado y amarillo, y al fin no había sabido qué hacer con él. Por eso, al llegar las siete de la tarde, salió de su casa vestido con su traje nuevo, no sin haberse examinado antes al espejo muy despaciosamente.

En la calle, lamentó no haber previamente ajado un poco las rayas del pantalón, que se le antojó de pronto demasiado planchado y casi presuntuoso. El pañuelo que asomaba sus puntas en el bolsillo del saco tal vez sobresaliera con exceso, y lo hundió hasta el fondo.

Se puso a imaginarse llegando a la fiesta, saludando a sus compañeros de la fábrica, y su molestia desapareció. Sin embargo, no dejaría de ser un mal rato, acaso ridículo, el de entregar el regalo. Pero, ¿a quién, a la madre de la niña o al padre, Andrés? "Que los cumpla muy felices, qué grande está la nena, tres años, quién diría!" Acaso fuera, por el contrario, muy pequeña, pero el problema se solucionaba con sólo cambiar el adjetivo.

Encendió un cigarrillo antes de empujar la puerta; al entrar se dió cuenta de que había mucha gente para él desconocida. Se sorprendió al ver que se bailaba y no pudo evitar un rápido cálculo sobre lo que la fiesta podría costarle a Andrés.

Una mujer alta y delgada salió a su encuentro; vestía una pollera demasiado amplia que la hacía aparecer por contraste, aún más magra. La blusa amarilla dejaba ver los finos brazos morenos.

—¡Qué tal, José, tanto tiempo sin vernos! Yo siempre pensando en Vd., le decía a mi marido: Por qué no invitás a José que venga un día a almorzar; tan buena persona, no es porque esté presente... Que de los compañeros de Andrés, todos son muy buenos, ¿no?, pero sin despreciar... Pero, ¡qué bien que está usted!...

Lo examinó rápidamente de arriba abajo, guiñando un poco los vivos y pequeños ojos de pájaro.

—Y, doña Rosa, se hace lo que se puede...

Ambos rieron.

—Está animada la reunión— continuó José, con admiración que sabía habría de agradar a la mujer; ella sonrió complacida mostrando los dientes orificados Y su nena, que no la veo.

—Ah, mire, duerme. Usted sabe, una les prepara las fiestas, pero ellos son los que menos las aprovechan.

José apretaba en el bolsillo el paquetito del regalo sin atreverse a sacarlo. Por fin lo extrajo con un brusco movimiento y lo puso en las manos de la mujer que lo miró con fingida sorpresa.

—Una pavadita para la nena... Y perdone que no haya traído algo



mejor...

—¡Pero José, irse a molestar!... Ah, no, otra vez no lo invito...

("Ahora va a revisar el paquete...").

—Ahí viene Andrés; lo dejó con él. Entre hombres, estará más cómodo. ¡Y muchas gracias, José, muy amable! Irse a molestar...

Andrés tenía los ojos enrojecidos; ("ya está en pedo..."); se llevaba con frecuencia la mano al cabello como para ordenar un imaginario mechón rebelde, y olía pronunciadamente a alcohol.

—Hola, botija —saludó—. Llegás a tiempo. ¿Qué te parece? Hizo un amplio ademán abarcando toda la habitación. José echó una rápida ojeada al cielorraso del que pendían cadenas y farolillos de papel multicolor; se imaginó a los esposos subidos a las sillas colgando los adornos, discutiendo sobre la disposición de todas aquellas pequeñas cosas ridículas, lavando el piso de tablas desparejas, mojados y malhumorados, y no pudo evitar un escalofrío.

—¿Y qué tal, si hasta orquesta conseguí?— tartamudeaba el anfitrión.

En un rincón de la pieza se hallaban los músicos; eran tres: el primero, con la cabeza echada hacia atrás desmayadamente, producía la penosa impresión de hallarse degollado. Entre sus gordas manos velludas gemía y roncaba profundamente un bandoneón. De los dos "guitarristas", uno, alto y flaco, se mantenía gravemente sentado al borde de su silla; al igual que su compañero, llevaba lentes negros que daban, a su rostro arrugado de mico, inquietante expresión. El otro, atildado y compuesto, apoyaba su pie en el asiento de una silla, de modo de dejar ver el calcetín de brillante seda negra. Sostenía en la rodilla su guitarra adornada con incrustaciones de nácar.

Los tres rostros tan distintos tenían grabada sin embargo la misma expresión de inescrutable hieratismo, de presumible pena, de tristeza digna. Es que se hallaban celebrando la liturgia del tango y no podían siquiera soñar en ejecutar la música de otro modo.

Andrés se inclinó, confidencial:

—Son los cieguitos, ¿sabés? ¡Qué los peló, cómo tocan! Fijate vos: ¡ciegos y tocan!

Era evidente que percibía en el asunto cierta antinomia, cierto contraste que hacía más admirable y meritoria la actuación de los músicos. A José, los dos guitarristas ciegos le fueron aborrecibles desde el primer momento. Le parecía ver que levantaban las cabezas exclusivamente para hacer notar los lentes negros que delataban la "desgracia", exigiendo al mismo tiempo, admiración y lástima.

Finalizaba la música; las parejas arrastraban los pies en los últimos acordes. Andrés saludó con la mano al acordeonista que se limpiaba concienzudamente el sudor que corría por su pescuezo. El hombre contestó con una sonrisa mecánica, pero sus grandes ojos de batracio permanecieron impasibles.

—¡Atorrante, —comentó Andrés en voz baja—, cuánto habrás chupado mejor que ahora!...

José le echó una rápida ojeada. ("Si no te divierte, ¿para qué hacés fiesta?")

Una anciana se acerca trayendo una bandeja; los vasos eran distintos unos de otros y al mirarlos, José se sintió inexplicablemente triste e indeciso.

La mujer urgía:

—Sírvase, sírvase... Y con gesto orgulloso y satisfecho, señaló con énfasis:

—Este es "güisque", éste coñá...

Andrés sonrió sarcástico.

—No te clavés que los hice yo. Con esencia, ¿sabés? Para los maturrangos. Después salen contentos de haber chupado ""fino"... Agarrá éste, que es de caña.

La vieja abrió mucho los ojos, simulando escandalizarse.

Andrés paladeó con lentitud el licor, chasqueando la lengua, y luego hizo las presentaciones:

—Mi tía Juanita..., vino a ayudar a mi mujer. Este es José.

Se estrecharon las manos; la de la mujer era muy pequeña y dura, como la patita de un pájaro. Cuando ella reía, mostraba unos dientes demasiado blancos y parejos para ser propios; el dentista les había agregado algunas incrustaciones de oro, tal vez para dar una apariencia más acabada de naturalidad, aunque fácilmente se echaba de ver la superchería.

A José, aquella sonrisa sobre todo, acabó por disgustarlo; de pronto, resolvió embriagarse de cualquier manera. De allí en adelante, se dedicaría a "pescar" los vasos llenos.

El baile se había reanudado. Claudio pasó a su lado, rozándolo. Iba abrazado a una mujer muy gruesa que reía y zapateaba con entusismo. El muchacho le hizo una guiñada mordiéndose los labios. Pretendía así hacerle pensar que el tal baile representaba para él un verdadero sacrificio, aunque sus carcajadas y piruetas posteriores lo desmintieran.

Confundida entre las parejas vió a Clara que bailaba con languidez, la mirada fija en el cielorraso, y pensó burlonamente que nada existía allí que pudiera dar lugar a tal ""romanticismo".

Encendió un cigarrillo y notó que le temblaban las manos; el licor comenzaba a hacer sentir su efecto, un agradable calor corría por sus venas llenándole de beatitud e incitándole a reír. Empezaba a encontrar agradable aquel bullicio que, un instante antes, le pareciera ridículo y sin sentido. Creyó necesario demostrar simpatía a alguien, como una expiación por su desprecio anterior, y buscó por la pieza con la mirada.

Clara se le acercaba esquivando ágilmente a los danzantes. Respiraba agitadamente y el rubor que caldeaba su rostro le daba una curiosa expresión de inocencia, haciendo pensar en un niño sorprendido en falta.

—Hola, Clarita, te ví bailando. ¿Y tu compañero?

Ella hizo un gesto de contrariedad. José sonrió malicioso.

—Se fué, ¿eh?

—Sinverguenza! Se creen que una...

—¡Cada uno más de cuatro!...

Ella le clavó su rubia mirada y José se sintió desorientado. En realidad, ¿de qué podría hablarle ahora?

—¿Viniste sola?



como un murciélago en la arena. Una mujer lo esperaba en algún sitio, estaba muriendo y pensaba en él. Entonces, ¿qué hacía allí, no le importaba que ella muriera? De manera que cuando llegó aquella voz, que él confundió al principio con el rugir del mar, sólo tuvo que echar a andar internándose...

Sacudió la cabeza, pero le resultaba imposible despejarse; el alcohol lo hacía naufragar entre dulces balanceos. Recordó que cierta vez a la orilla de una calle nocturna, tenía miedo de cruzarla, esperaba a la voz que le daría una carta "para llevar al otro lado". Pero entonces no llegó y él tuvo que volverse con las manos vacías.

—¡Qué estoy haciendo! Si no me hallara tan bo-rra-cho... —pensó.

De repente comprendió que había estado hablando todo el tiempo sin que ella contestara apenas. ("Cuando mañana se me haya pasado, me dará vergüenza, pero ahora, ¡bah!... Bendito alcohol.

Nuevamente sintió la voz:

—¿Se encuentra usted mal?

—No... Tuvo un arranque de sinceridad. Jamás me he sentido igual. Estoy seguro de haber dicho muchas... inconveniencias..., y sólo es eso lo que me molesta. Y más de lo que pudiera usted imaginar.

Ella rió.

—Es raro... Sin embargo, ¿si me gustara escucharle?

Largo rato permanecieron en silencio. El se sentía cada vez más unido a la voz tan joven que había oído en la oscuridad, flotante, despégada del cuerpo. Experimentó un agudo placer casi doloroso en sentirla sobrenadar en la noche, pero le agradecía también que callara a veces. Pensó que ella no era como las demás mujeres, que temen al silencio porque están vacías, y necesitan hallarse vomitando continuamente deliciosas molestas tonterías.

Tampoco él sentía deseos de decir nada; temía quebrar, hablando, la oscura alegría que pesaba sobre su corazón, el vínculo secreto que empezaba a unirlo con "ella". Se dijo que no debía perderla.

—Martha, Martha..., ¿usted se llama Martha, no es cierto?

Ella rió, divertida:

—No; pero, no es absolutamente necesario, ¿verdad?

El se sentió, de pronto, muy ridículo

—Perdone, fué una tontería. En realidad, hace rato que estaba llamándola así, Martha. Es un nombre..., como su voz, grave, misterioso. ¿Recuerda? "Ahora el viento llega —solitario a la puerta. Trae un pañuelo blanco —y un ladrido de perros...— Martha y María llegan — a Lázaro, como el crepúsculo;— sus sombras en la arena, aproximan silencio...".

Calló, sentía sonar su vestido de seda blanca.

—¿Volvemos?

Atravesaron juntos el patio. A la luz de la puerta, él comprendió definitivamente que ya no podría olvidarla. La vió oscilar, pequeña y fina, ante sus ojos, vió la larga cabellera negra cubrir los hombros delicados, el lunarcito sobre el labio, un poco al costado; la mirada oscura, tranquila, como una noche entre pinos, clavada en la suya.

Se hizo calladamente a un lado para dejarla pasar.

—Con mi prima...; una morochita, con un lunar en el labio. Hizo un gesto. Es una estudiante, ¿sabés? No le gustan las reuniones. ("'Debe ser algún lorito"...) pero si no venía con ella, mi vieja no me dejaba. Tal vez ande por el jardín...

—¿Romántica? ("Novelera"...)

Mirándolo a través, se echó a reír:

—Francamente, ¿por qué no vas a verla? A lo mejor...

—¿No me harás ensartar?

Andrés se les unió. Se había mojado la cabeza y ya no daba muestras de embriaguez; sin embargo, su mirada tenía una extraña fijeza, como si algún pensamiento oculto lo atormentara. En silencio, sin mirar siquiera a su amigo, tomó de la mano a Clara que lo siguió dócilmente. José los vió girar muy unidos entre los demás bailarines; al principio le pareció que discutían sobre algo animadamente, luego ella calló y siguió danzando con los ojos obstinadamente bajos. Y sintió la desagradable sensación de hallarse a la orilla de una situación que no le pertenecía, y a la que no podía por otra parte entender aún sospechando su probable contenido amoroso, puesto de lado sin explicaciones. ¿Celos? A pesar de todo, no tenía derecho a sentirlos. Pensó que su estado de ánimo podía compararse sin esfuerzo al del primitivo que veía raptar a una hembra del clán, y rió para disimular su turbación ante sí mismo.

La fiesta le pareció, nuevamente, miserable y ridícula; reían y gritaban en algún sitio, y tuvo la seguridad de que lo hacían para demostrarse unos a otros su pretendida alegría.

Se dirigió a la puerta procurando pasar desapercibido. En la cocinita vió a Atanasio sentado ante una mesa engullendo alguna cosa. ("Mientras tanto, pensó, tu mujer se divierte con Claudio...") Pero su maligna alegría le causó vergüenza.

—Después de todo...

Lo que los dueños de casa designaban pomposamente como jardín, era un pequeño rectángulo donde crecían sin orden algunas matas de claveles y rosales hirsutos José alcanzó a ver, en un costado, una gran tina de lavar hecha de cemento; la pesada gota que a intervalos regulares se desprendía del grifo, sonaba gravemente al caer. Se detuvo un instante; el pequeño ruido de péndulo en la oscuridad lo impresionó de pronto, llenándolo de indefinible tristeza.

Un amargo perfume de malvones aleteaba en la noche. Las estrellas cubrían el mundo. Alguna cosa dulce y dolorosa quería llenarle el corazón. Acaso se tratara tan sólo de la simple belleza directa de la noche; o acaso su misma embriaguez... Y se dió cuenta de que no estaba solo en el jardín. Percibió, no lejos de él, una vaga forma blanca. Se acercó.

—¡Oh, perdone, creí que no había nadie; recién "lo" veo a usted... (Pero, ¿porqué mentir, si sabía que era "una mujer"?)

—No es nada; por mi parte, tampoco quisiera molestarle...

El se estremeció. ("Esa voz...") Hacía miles de años que estaba aguardándola. También era una noche; él pudiera haber estado a la orilla del mar, el sordo latir del agua adormeciéndolo. Sintió la gran lengua negra que venía a tocar la orilla, el viento del mar se echaba



# COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PUBLICADAS

## *LA TORMENTA*

*Hay aquí un personaje visto con veracidad y simpatía, y un clima narrativo que el lector vive sin esfuerzo. Los elementos con que se compone el cuento, a pesar de su trivialidad, adquieren valor significativo: todos ellos contribuyen eficazmente a la creación de un personaje verdadero, aunque no profundo ni complejo. La autora ha sabido hacer interesante la realidad, sin problematizarla artificialmente. En conclusión: es este un cuento que se lee con agrado, y cuya lectura nos hace rememorar vagamente cosas que en una u otra forma todos hemos vivido.*

*A. S. V.*

*
* *

## *EL SUPERIOR*

*Está contado con simplicidad pero ágilmente. La situación, muy sencilla, está al servicio de la creación de un personaje. Se siente la fuerza interior de ese hombrecito de traje raído y corbata mal hecha. Pero se siente también que el personaje no está totalmente creado; que está visto fugazmente. No es sólo que el autor no lo explica ni se lo explica, sino que no llega a ofrecer de él datos suficientes para crearlo con verdadera profundidad. Pero aunque apenas entrevisto, el personaje es un hallazgo, y el cuento se lee con un interés que se sostiene hasta el final.*

*A. S. V.*

*
* *

## *LOS ESPEJOS*

*Está bien escrito y se siente que hay verdad en la situación de ese solitario personaje que nos comunica su drama en un monólogo lleno de intensidad. En este cuento, el personaje —que no adquiere perfiles totalmente nítidos, pero trasluce suficientemente su alma— está al servicio de la situación. Pero es importante la creación de esa situación que tipifica —por la intensidad con que está contada— una verdad psicológica más frecuente de lo que quizás se suponga.*

*A. S. V.*

*
* *

## *CHONGUITO*

*El tema es pequeño, pero está expuesto con gracia y habilidad.*

*Las reacciones del niño, naturales y simples, están observadas con agudeza.*

*El autor no infla la psicología infantil, ni la problematiza inútilmente, tendencia corriente de las personas mayores cuando escriben sobre los procesos de la infancia. Se tiende a olvidar esta verdad: la rapidez con que el niño sufre, se alegra u olvida. Es verdad que para ellos no hay, como se ha dicho, penas pequeñas, pero también es verdad que su apasionamiento por los seres y cosas le quita a dicha intensidad casi toda permanencia. El autor de este cuento no ha querido apartarse en ningún instante de esta profunda veracidad. Nos apresuramos a comprender que este cuento no guste a cierto tipo de gente que, por no tenerlos, no cesa de inventarse tremolinas y problemazos. Finalmente debemos destacar el estilo vivaz y directo que hace presente las calles y los pibes del barrio.*

*D. L. B.*

*
* *

## *HE DE MORIR, ARMONIA*

*El procedimiento de valerse de un solo personaje que resueña sucesos anteriores está aquí bien logrado, permitiendo que con naturalidad se instalen en esos sucesos, los demás personajes.*

*Creemos además, que el cuento alcanza a crear una atmósfera, no obstante el contrapeso de algunas expresiones, tales como: ..."llevando la batuta", etc., expresiones que no se armonizan dentro del dramatismo de esa atmósfera. Asimismo, encontramos poco feliz cierta preferencia del autor por algunas imágenes comparativas, que se apoyan en el uso de expresiones referidas a cosas y hechos técnicos o científicos.*

*Lo que hemos anotado, sin embargo, no nos impide ver en este cuento un excelente trabajo, ni tampoco dejar de pensar, que en su autor hay un buen escritor.*

*L. F.*

*
* *

## *"VALERIO VA A UNA CITA"*

*"Valerio va a una cita", más que otra cosa, es una bien lograda estampa que alcanza a crear, con un ritmo casi cinematográfico, una bella imagen plástica del personaje. Para la marcha de Valerio desplazándose urgidamente, el autor pretexta una causa que no se ha ocupado de validar, seguramente porque este trabajo fué hecho más que nada pensando en los efectos de esa marcha. Los personajes que intentan detener a Valerio en su carrera, al tiempo que le sirven al autor para colocar una nota costumbrista, proporcionan graciosamente la idea de esa prisa un tanto absurda, de Valerio.*

*Todo ello alcanza para hacer de este trabajo, ya que no un verdadero cuento, una hermosa estampa, como queda dicho más arriba.*

*L. F.*



*
* *

## *LA FIESTA*

*Las cualidades de este cuento, compuesto con elementos triviales pero bien organizados dentro del marco de una estructura simple y limpia, son esencialmente formales. Está en general bien escrito; el cuadro de la fiesta está logrado (aunque algunas observaciones acerca de los cieguitos son de dudoso gusto). La unidad de los diversos elementos del cuento está creada por la situación afectiva de José, personaje que centra el cuento. Y es precisamente este personaje el que deja una sensación de inautenticidad. No se trata de que José no sea posible en la vida real, sino de que no está literariamente creado. El autor presenta un antagonismo cortante entre José y la clase social a la que pertenece (por lo menos en lo que se refiere a algunas de sus costumbres), y no motiva las causas de ese antagonismo. El personaje aparece así poco o nada real. El lector recibe la impresión de que el autor se ha limitado a comunicar sus propias reacciones ante un ambiente como el que describe, sin lograr la creación objetiva de un personaje.*

*A. S. V.*

# COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES SIN PUBLICACION

### *E S Q U I N A*

*Si como presumimos es de un autor muy joven, hay aquí algunas posibilidades literarias. Un fuerte poder de visualización es su mejor calidad. El autor ve y hace ver a sus personajes. Pero falta experiencia de vida. Es más bien un cuadro, la anécdota soslaya los personajes. Tiene algunas frases realmente hermosas a base de lugares comunes que se han encarnado en el autor, quien al final, parece hacer una profesión de fe diciendo: "El tango reinaba aquí erguido y solo". Siempre puede esperarse algo de quien tiene el coraje de frases como éstas.*

### *E L  G O R D O*

***Hay un personaje, pero se diluye al final. No se cierra, y el personaje no termina de "resolverse" Hubiera sido necesario quizá un final revelador, inusitado. Se trata más bien de un retrato.***

### *LA TAPA DE LA REVISTA*

***Está bien escrito aunque se hace el "profundo". Tiene un hermoso empuje lírico pero es muy confuso. La intensidad no es siempre natural: se siente el esfuerzo por hundir al lector en un mundo que él no acepta del todo. Más bien es una fantasía lírica en donde el autor no domina su divagación.***

### *VENDRA LA PRIMAVERA*

***Un cuadro bien escrito, aunque excesivamente estereotipado. Afean: el título por lo sensiblero, la reflexión del Bayano que le da origen; y el final, pueril e innecesario. Su virtud más estimable radica en la frescura del diálogo, y en el sano fervor con que mira vivir.***

### *D I S T U R B I O*

***Es recio y tiene personajes, pero carece de intuiciones profundas. Se resbala por la superficie de la realidad sin lograr hacer sentir su alma. El escritor ve sólo los aspectos vulgares, aliterarios. En su conjunto el cuento es un relato de un acontecimiento policial hecho sin mucha alma pero con habilidad.***

### *D E S O L A C I O N*

***Si bien su anécdota es pequeña está escrito con habilidad. Los diálogos vivos y de un lenguaje adecuado. No ha tenido más preocupaciones que la de hacer costumbrismo.***



### *L A  H U I D A*

***Creemos que se trata de un escritor. Hay frases y momentos de verdadera hermosura frente a tonterías insufribles. Se hace el malo, cree que crueldad es sinónimo de hondura, chapotea dentro del personaje, se entrevera y ya no se sabe lo que pasa. Pese a todo esto y a su manía por torturarse, repetimos, que estamos en presencia de un escritor, si atendemos a la precisión de su lenguaje y a la agudeza con que intuye y trasmite sus sensaciones.***

### *J O S E C I T O ,  E L  C U E R V O*

***Tiene verdad y frescura en la narración. El personaje debe crecer más para que el cuento tenga verdadera tensión. El asunto daría para un buen cuento, pero el autor no lo sabe desarrollar. No hace sentir bien al niño y exagera por momentos las situaciones con una retórica excesiva.***

### *M A Ñ A N A  M I S M O*

***Historia de un presidiario. Muy verosímil, y con hallazgos en los detalles que describen la muerte de la mujer. Un poco confuso y desdibujado el personaje principal. Bien el almuerzo en la fonda, precipitado el final.***

### *E L  I N D I O  G O M E Z*

***No está mal escrito, el autor ha logrado lo que se propuso, pero se propuso muy poco. Es la narración de un caso vulgar, realizado correctamente.***

# OTROS COMENTARIOS

A continuación publicamos algunos juicios sobre cuentos que lo merecen por presentar algunas virtudes, o por el carácter de sus fallas.

***LA RISA. — La escena de la entrada y la reacción de la mujer y el negro están bien hechas. El final debió haber sido más trabajado. Hay profundidad y tensión, pero en la realización fracasa. El autor de este cuento parece ser el mismo de "Fugacidad", "Los Gatos", "Miedo" y "La Huelga". Y en algunos de estos cuentos, al contrario del citado en primer término, se cuenta bien pero no se ofrece nada.***

***LA PESADILLA. — Acumula todos los lugares de lo horrible, espantoso y escalofriante. El autor se enfrenta a sus lectores con la psicología del que oficia de "cuco" para asustar a los niños. No debe quedar en olvido una frase como la que, en la encrucijada de todos los espantos y refiriéndose al corazón, dice: "y sin embargo el generoso órgano resistía".***

***....POR ESO LE DIGO. — Interesante. Sabe lo que cuenta. Voluntariamente "virtuosea" con sus conocimientos camperos.***

*RESURRECCION. — Convencional enteramente. Todo pudo haber sido concebido sin conocimiento de los ambientes que trata, porque no hay ningún detalle que nos muestre; o la observación aguda, o la imaginación capaz de inventar con audacia y clarividencia, en el mismo sentido que la vida. Sin embargo está narrado sin tropiezos, con limpieza de intención que logra escapar a la cursilería siempre inminente. Hay momentos en que crea atmósfera; por ejemplo, el viaje a Carrasco, de la prostituta. El cuento en su conjunto, ha sido bien resuelto, aunque malogrado por las objeciones ya apuntadas.*

*SIN PODER VOLAR. — Se va en cuadros, tiene algo que no alcanza a concretarse con fuerza; esto no sería un defecto, si a su vez estuviera completado con otros elementos narrativos. Pero todo no es más que una escena, el resto es paisaje, sin embargo hay una autenticidad y frescura de sentimientos que logra impresionarnos.*

*UNA DOCENA DE ROSAS BLANCAS. — Divertido, no se propone, otra cosa. Está escrito con agilidad y logra dar vida a las situaciones.*

*LA VUELTA DEL BOYERO. — Como su autor bien lo subtitula, esta es una semblanza más que un cuento. En efecto, no hay trama, ni escena principal, ni desenlace. Pero hay sin embargo expresiones vívidas, llenas de plasticidad que sin duda han sido recogidas de fogones gauchos.*

*EL CAMARADA. — Es simpático su propósito de enviar un cuento al concurso, no ya con la intención de competir, sino con el íntimo deseo de rendir homenaje a un héroe anónimo y querido.*

*EL POZO. — Lamentamos que se pierdan elogiables cualidades de narrador, incidiendo en un tema que pretendiendo ser profundo no trasciende lo pornográfico.*

*EN LA ALTURA DE MI MUERTE. — Anecdóticamente el cuento se construye sobre una situación muy vulgarizada por cierta literatura contemporánea: el aborto. Las conclusiones éticas que se extraen de la situación, no pasan de superficialidades desdeñables, también en boga en alguna literatura de hoy. Por otra parte el autor las expresa con bastante vacilación. No hay tampoco personajes significativos, nítidos. Pero en general está bien escrito y se lee con facilidad.*

*UN OJO EN LA TINIEBLA. — Se ve la mano de un hombre maduro al cual le ha sido fácil escribir este cuento; un viejo periodista, posiblemente. Nos gusta el ambiente de ese Montevideo de principios de siglo que ha sabido comunicarnos. Pero concibe al cuento como una pura anécdota, y si bien interesa en su desarrollo, se resuelve en un final intrascendente, aunque sorpresivo.*

## SOBRE LOS CUENTOS RESTANTES

*Hemos clasificado los cuentos restantes en dos grupos. En primer término: El Límite; El Espejo; La Palmeta; La Luz; Lucho; El Derrumbe; Manos Amarillas; Jacqueline; Espérame Mañana; El Viaje; El Sombrero Nuevo; El Cuarto Mundo; La Huelga; La Níspera; El Oficio; La Derrota; Fugacidad; Los Gatos; Miedo. En estos cuentos alter-*



*nan en diversa proporción: 1.° El falso enfoque narrativo determinado por inexperiencia literaria y que hace que muchas de estas composiciones no sean verdaderos cuentos sino confusas divagaciones, monólogos, retratos, descripciones de ambiente, análisis psicológicos, sin ninguna de aquellas excepcionales virtudes que permiten a un autor salirse de las normas tradicionales del género. 2.° La ausencia de verdadera imaginación, o sea de aquélla que no es mera escapatoria gratuita de la realidad sino expresión de una necesidad interior que en el plano de lo irreal alcanza una verdad objetiva. 3.° Inexperiencia de vida (desconocimiento de ambientes o personajes representados). 4.° Inautenticidad emocional: proyección de ese sentimentalismo ocioso, sólo posible en la comodidad, sobre seres y cosas que están muy lejos de la realidad del autor.*

*En segundo término: El Franciscano; El Rostro Cambiado; La Careta; La Batella; El Torbellino; La Madre; El Mensaje; Ayer; Entierro en la Luna; Calavera de Pájaro; La Nochebuena de Miguelito; Mary; El Cuento; El Mendigo de San Francisco; Asma; Hermano Dolora; El Molino; El Sátiro Cojo; Mal de Amores; La Tragedia de Miguel; Juan Ramón; Los ojos duros.*

*Estas composiciones agravan aún más los errores ya señalados con respecto al grupo anterior. En algunos de ellos, incluso, se revela una ausencia total de conciencia literaria. El lector se podrá hacer cargo de lo que queremos decir, al juzgar frases como éstas: "Tengo la íntima certeza de que el amor es un sentimiento individual y subjetivo"; "Fué allá en el arrobador paisaje de los pocos años, en el cálido regazo de un hogar sereno, donde el llanto y la risa formando coro, brindaban el sublime espectáculo del ritmo acelerante de infantilidad"; "Pero soy viejo. Tengo cincuenta años y soy tan viejo como el tiempo. Guardo siglos enteros entre mis sienes y el gorro".*

*El cuento "Millones de puertas" no fué juzgado por haber antes aparecido en "Mundo Uruguayo" con el título "La ciudad vacía" y firmado por Saúl Pérez.*

# CONSIDERACIONES SOBRE EL CONCURSO

*La esperanza que ponemos en nuestros concursos supera los resultados de los mismos, pero estos resultados son siempre superiores a lo que una fría apreciación objetiva de conjunto pudiera suponer.*

*Primeramente, llamamos nuestros a estos concursos de ASIR porque ellos son mucho más que una iniciativa —con honrosos antecedentes en el país—: ellos son la consecuencia de una acción literaria que postula el fomento de la obra de creación imaginativa, preferentemente en prosa.*

*Así, se busca tanto dar cabida en la revista a trabajos capaces de resistir la crítica, como brindarla a las creaciones imperfectas, cuyos autores prometen. El jurado, hasta cierto punto cerrado, que se ha dispuesto con cierta permanencia, responde a la medida en que sus integrantes se sienten capaces de pelear entre sí, con pasión y descomedimiento, pensando menos en agraviarse que en defender sus puntos de vista. De todos modos, por diferentes que éstos sean, tienen un común denominador: nada importa tanto como la literatura.*

*Fueron objetivos de nuestro primer concurso: librar la suerte de una entrega de la revista —la correspondiente al número 12— a la calidad de los trabajos seleccionados, vincular a sus autores —jóvenes de hasta veinticinco años— a una tribuna literaria que les brindaba sus páginas y, por fin, crear una manera de orientación crítica constructiva.*

*Los dos primeros objetivos se cumplieron plenamente. El número doce impuso un tiraje más ambicioso, que hemos podido mantener. Algunos de los concursantes han vuelto a publicar en la revista y, durante estos dos años transcurridos, se han producido incorporaciones valiosas.*

*Conjuntamente con los trece cuentos publicados y premiados en distintos grados, se insertaron noventa juicios sintéticos correspondientes por lo menos a uno por trabajo, incluyendo los no publicados, y, además, opiniones que generalizaban acerca de tres grupos de composiciones que por sus imperfecciones no se prestaban para un comentario particular: las de asunto imaginativo, las de trama realista y las de tema sentimental.*

*De todas maneras, aquí tuvieron constancia de que se les había leído y juzgado los cincuenta autores restantes. Por ciertos indicios que permitieron apreciar circunstancias posteriores, creemos que no fué debidamente fructífero aquel esfuerzo. Tal vez no se ha pensado con alguna detención lo que significó entonces reunir, considerar y armonizar, los juicios de más de quinientas fichas de opiniones. para rodear el fallo del jurado de todas las garantías —salvo la falibilidad del juicio de sus miembros— a que tienen legítimo derecho los concursantes. Tal vez, fuimos excesivamente optimistas en cuanto a los resultados.*

*No obstante, reproducimos aquella práctica en este número, pero*



*veremos y expondremos aquí el por qué lo hicimos en aquel entonces, y lo repetimos ahora.*

*Lo primero es la literatura. Por lo menos debe serlo para el escritor y, aún, para el joven escritor en agraz. En nuestro país ocurre además un fenómeno muy especial que refuerza esta afirmación: no es posible vivir del producto de la labor literaria. Las profesiones liberales, el profesorado y el empleo público absorben preferentemente las energías, las preocupaciones, el tiempo y el gusto por el ocio fecundo de los literatos vocacionales. Cabe agregar la política. La literatura queda relegada, pues, a mera función de relleno; como complemento a menudo desnaturalizado de la actividad básica del descontento, tal vez, del fracasado; por fin, puede ser entretenimiento de jubilado. Esta tendencia a trasladar la literatura para las horas o el tiempo de la fatiga —tal es el tiempo que se cree libre—, no responde siquiera al concepto del arte como juego que primó en alguna época. "Para distraerse de sus negocios, de sus trabajos o de sus estudios, los hombres juegan al dominó, a la baraja, al ajedrez" — escribe Alberto Zum Felde enjuiciando este concepto del arte. "Pues del mismo modo, colorean de imaginación y de lujo la monotonía utilitaria de la existencia cotidiana, con novelas, comedias, cuadros, versos, sonatas. El juego de los ritmos y de las metáforas sería igual al juego de los naipes. Y un drama, no tendría más sentido que una partida de ajedrez". Y concluye con estos términos: "Pero, este concepto del arte es perfectamente escéptico —o, si queréis, agnóstico— y se emparenta íntimamente con la concepción mecánica y hedonista de la vida, predominante en los períodos de la decadencia histórica; y que, en el último tercio del siglo pasado halló, como ya sabemos, su teórico representativo en Hebert Spencer, Aristóteles de la burguesía liberal". Para que nuestra actividad literaria diferida fuera objeto de esta crítica tendría que reposar en el concepto del arte como juego. Y no es así. Nuestra literatura responde al concepto del arte como necesidad, pero de una necesidad menor, que puede ser postergada a la necesidad de vivir bien. Es la literatura que cabe desarrollar en el seno de una fuerte clase media burguesa y arribista.*

*En el plano de las influencias foráneas, la libre inspiración y el ejercicio integral, vitalista, de la actividad literaria, también ha sido sojuzgada por la presión de otras preocupaciones tenidas como más importantes: la agitación, los deberes y derechos sociales; en fin, la literatura comprometida.*

*Y bien, nosotros hemos pasado por todo eso; y no es —felizmente— en la postración de la edad provecta que nos detenemos a dar el alerta a los jóvenes: nada importa tanto como la literatura. De exprofeso nos abstenemos de exponer las razones que validan esta afirmación. Quien no sienta la voz de alerta es improbable que comprenda la fuerza de las razones.*

*El defecto más generalizado que hallamos en los autores de los trabajos presentados a estos concursos (los no mencionados y, en nuestra*

*opinión, varios de los publicados) es que no se intuye en ellos la capacidad de perderse por la literatura. Sus motivos, tomados a la realidad, a la imaginación, a la fantasía o al sentimiento, no tienen la fuerza de exigencia vital. No nos dicen: esto o nada!; apenas nos informan que esto o aquello es así (porque lo han vivido, visto u oído, imaginado o sentido), con muy poca convicción y, las más de las veces, con muy visibles señales de que no es como lo dicen.*

*Otro defecto que se observa es la ausencia de la imitación saludable. Cuando se es joven y se lee mucho, —con pasión de idólatra,— salta a la vista del lector, el maestro o la tendencia que influye y hasta ocupa gran parte de la originalidad que se tiene como propia.*

*Lo cual es una forma legítima de ser original. Pero a través de todas estas lecturas que hemos hecho, descubrimos con dolor, que nuestros jóvenes no tienen maestros, que no existe la pasión por la lectura, que no hay una literatura gravitando sobre ellos.*

*En los temas del campo, por ejemplo, tan explicablemente gratos a los jóvenes narradores del interior, surge la evidencia del desconocimiento de la obra de Acevedo Díaz, de Viana, Sánchez, Fernández y Medina, Bernárdez, etc. Esa línea que han podido continuar Francisco Espínola, Yamandú Rodríguez, Juan José Morosoli, José Leandro Ipuche, García Saiz, Serafín J. García, José Monegal, Julio Da Rosa, A. Gravina, porque del conocimiento apasionado de sus antecesores han sabido apartarse de lo ya logrado, abriendo nuevos horizontes a un mismo escenario.*

*En los cuentos del campo, con todo, generalmente los jóvenes autores se mueven con mayor soltura, y si los tipos que pretenden describirnos, las costumbres, los hechos o la anécdota que nos refieren, no nos interesan, y aún adolecen de graves errores, el campo por lo menos, y los elementos que se manejan entretanto, responden a un género de realidades bien presentadas.*

*La ciudad del interior, la capital, los arrabales, el conventillo, el hospital, el asilo y los tipos que hieren la sensibilidad de un joven ordenado y limpio, permanecen impenetrables para nuestros escritores principiantes. Es que del campo escriben los que lo viven; de estos otros ambientes y temas, tratan los estudiantes. Las inclemencias del campo no impiden que uno de sus tipos (el joven inquieto, poco culto, aislado, etc.), tome la pluma y escriba de su realidad. Lo hará mal o bien pero puede hacerlo. La ciudad, los pueblos y sus inclemencias, no capacitan a quien los padece, para que nos lo cuente. Lo mismo ocurre con la alta burguesía, impenetrable para el joven estudiante. Y así éste siente la suerte de sus prostitutas y de sus delincuentes a medias, que conmueven la claridad y belleza de sus calles, pero desconoce el juego finísimo de la brega por posiciones, que ese sí prepara los males que concluirán con la sociedad, tranquila o no, pero basada en un orden, que el joven debería guardar u orientar revolucionariamente.*

*Por lo menos falta en nuestros jóvenes, imaginación, una imaginación poderosa, capaz de imponer nuestra realidad y de trascenderla audazmente.*



*Y no hablemos de la fantasía, muy pobre casi siempre en nuestros jóvenes, sin gracia, sin optimismo, sin alegría. Alarma, de veras, comprobar, cómo ella abunda para vivir con desenfado y desvergüenza, y sin embargo no proporciona elementos para la creación literaria.*

*En cuanto a los prostíbulos —jactancia inocente, o única y demorada influencia de antiguas literaturas místico-sociales; de crónicas policiales o de películas cinematográficas— conviene advertir que ya no satisfacen la curiosidad del lector, pero, sobre todo, que su realidad le importará menos cuando sólo se recurra a ellos como un escenario propicio al desahogo de dramas intrascendentes, cuyo verismo se trasunte a través de una descripción prolija de sus enseres, y de cómo están dispuestos. Esta es una realidad que se nos impondría por lo que el protagonista sufra con ella. Sufrimiento que sin duda omitirá el inventario de lo que objetivamente se vea allí.*

*La ficha pormenorizada aunque sintética del juicio que merece cada cuento presentado, ofrece una garantía incuestionable a los concursantes. Sin embargo, éstas son de una relativa utilidad. Los defectos pequeños de composición, de análisis, etc., etc., pueden ser corregidos así, pero se deja intacto lo esencial. Y es que para escribir no sólo se requiere saber hacerlo. Para ser escritor no basta el dominio de la técnica. Hay que jugarse en literatura entrando en ella con todas las fuerzas de la vida, porque ambas cosas en verdad son las que forman a un artista.*

---